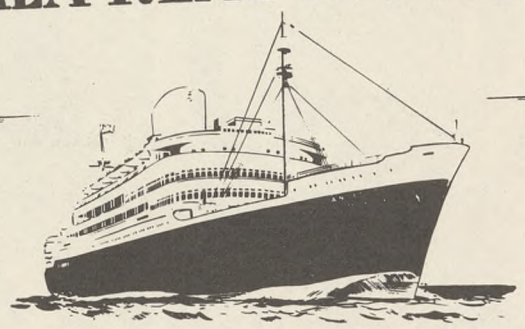
MUNDO HISPANICO

119

LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

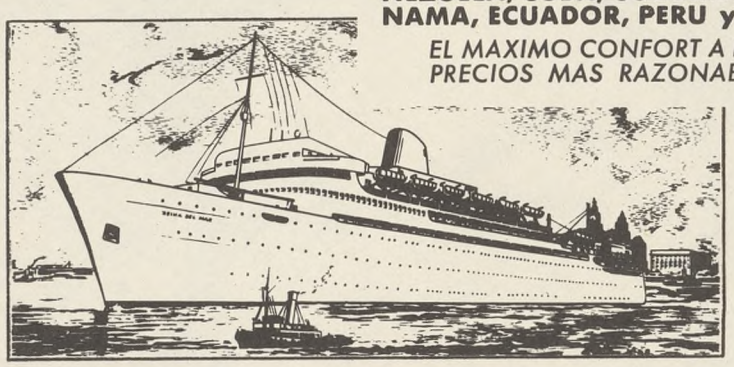
VAPOR	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
ALCANTARA.	7 de Febrero	8 de Febrero	11 de Febrero
Highland Brigade. . . .	11 de Febrero	12 de Febrero	14 de Febrero
Highland Chieftain. . .	11 de Marzo	12 de Marzo	14 de Marzo
ANDES.	15 de Marzo	16 de Marzo	18 de Marzo
Highland Princess. . . .	1 de Abril	2 de Abril	4 de Abril

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular de los grandes transatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

"Reina del Pacífico"
De Santander: 18 de Abril
De La Coruña: 19 de Abril

"Reina del Mar"
De Santander: 28 de Febrero
De La Coruña: 1 de Marzo

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246
MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22·46·43 - 22·46·44 - 22·46·45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

SOBRINOS DE JOSE PASTOR
Edificio Pastor: LA CORUÑA y VIGO

RETRATOS

ESTUDIO DE PINTURA DE

JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro, al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES, COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION

PELIGROS, 2 MADRID

NAVIERA AZNAR

SOCIEDAD ANONIMA

IBAÑEZ DE BILBAO, 2 :-: BILBAO

Dirección telegráfica: AZNARES, Bilbao - Teléf. 16920
Apartado núm. 13

LINEA DE CABOTAJE

Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona, escalas intermedias y regreso.

LINEA DE CENTROAMERICA

Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan de Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana y Veracruz.

LINEA DE NORTEAMERICA

Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LINEA DE SUDAMERICA

Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa, con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN PASAJEROS Y CARGA GENERAL

☆

PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISION DE CARGA, DIRIGIRSE A LAS OFICINAS:

NAVIERA AZNAR, S. A.: Ibáñez de Bilbao, 2, BILBAO
LINEAS MARITIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel Palace) - Teléf. 21 30 67 - MADRID

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Director: JOAQUIN CAMPILLO
Director adjunto: MANUEL SUAREZ-CASO
Redactor-jefe: JOSE GARCIA NIETO
Jefe de confección: JOSE FCO. AGUIRRE

NUMERO 119 ☆ FEBRERO 1958 ☆ AÑO XI ☆ 15 PESETAS

SUMARIO

Págs.

CULTURA:
La hazaña estupenda de la cristianización de Filipinas, por Francisco Javier Conde. (Ilustraciones de Iraola.) 19

LITERATURA, NARRACIONES, POESIA:
Dos premios de Periodismo 22
Asunción y sus poetas, por Justo Pastor Benítez. (Ilustración de Juan Segarra.) 24
Caballos a galope, poema de Antonio de Zubiaurre 37
Cuentos de circo de Pinito del Oro. (Ilustraciones de la autora.)... 55

ARTES PLASTICAS:
Las «escolinhas» de arte del Brasil, por Luis González Robles... 38
El escultor José Capuz y su obra, por Francisco Pompey. (Fotografías: Basabe.) 42

ECONOMIA:
La inversión de capitales en Venezuela 47

GEOGRAFIA:
La isla de Bonaparte, por Carlos Martínez de Campos 9

CIENCIA Y TECNICA:
El hombre teme al universo, por el R. P. Puig. (Fotografías: Cifra. Gráficos del autor.) 4

ARTESANIA:
El signo de Sagitario en la artesanía española, por Iñigo Serrano Sánchez. (Fotografías: Kindel, Mora, Albert Otto, Mamegan.) 12
Labores españolas, por Arcadio de Larrea. (Fotografías: Kindel.) 14
Espaderos y damasquinadores en Toledo, por José Antonio G. de Villajos. (Reportaje gráfico en color y negro: Basabe.) 28

MODAS:
La Unión Latina de la Alta Costura 44

DEPORTES:
La escuela de equitación de la Casa de Campo de Madrid, por Fernando Arévalo 34

VARIA:
Las casas para obreros de monseñor Kosling. (Reportaje gráfico: Pío Campos Samánez.) 40
Actualidad 46

Colaboración artística de Iraola, Juan Segarra, Ismael, Enrique Ribas y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Teléfonos:
Redacción 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción. 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E.I.S.A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid)—Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

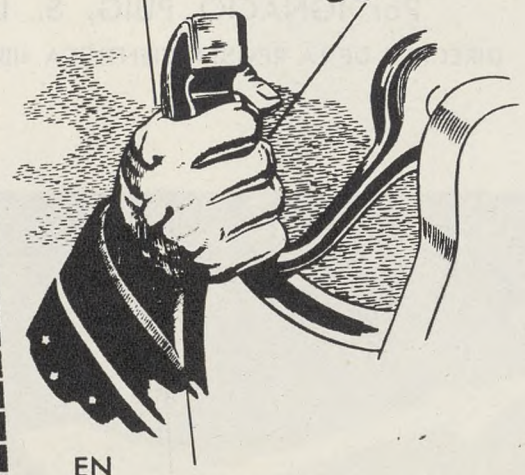
PRECIOS
Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1958. NUMBER 119, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

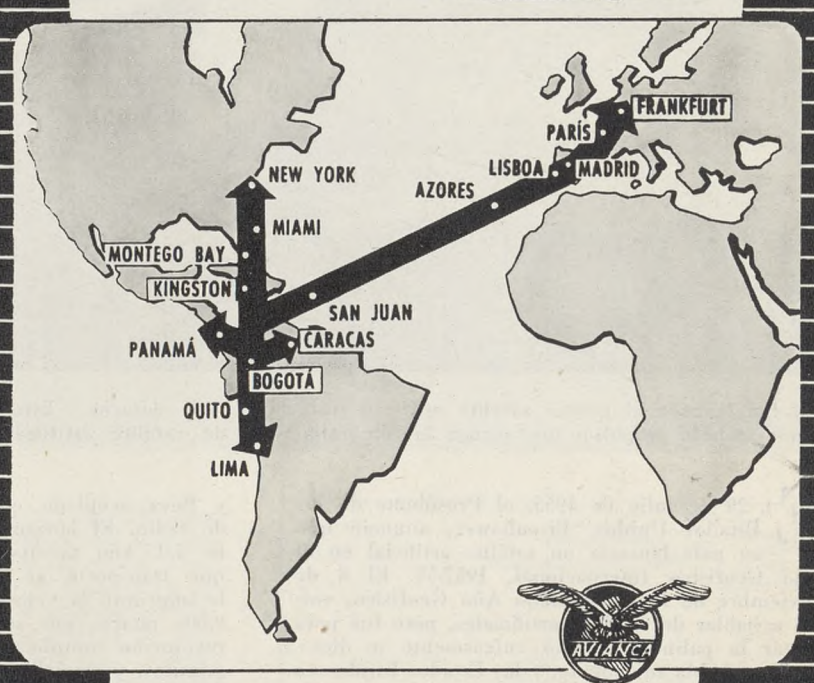
NUESTRA PORTADA

El tema hispánico queda fielmente representado en la sugestiva estampa que ofrecemos en nuestra portada. Ante la máscara precolombina que nos habla de un país de costumbres ancestrales, misteriosas y bellísimas, la real persona de esta guapa española de nuestros días. Fotocolor: Lara.

RUMBO
PUERTO RICO, COLOMBIA, ECUADOR y PERÚ...



EN
Super G Constellation



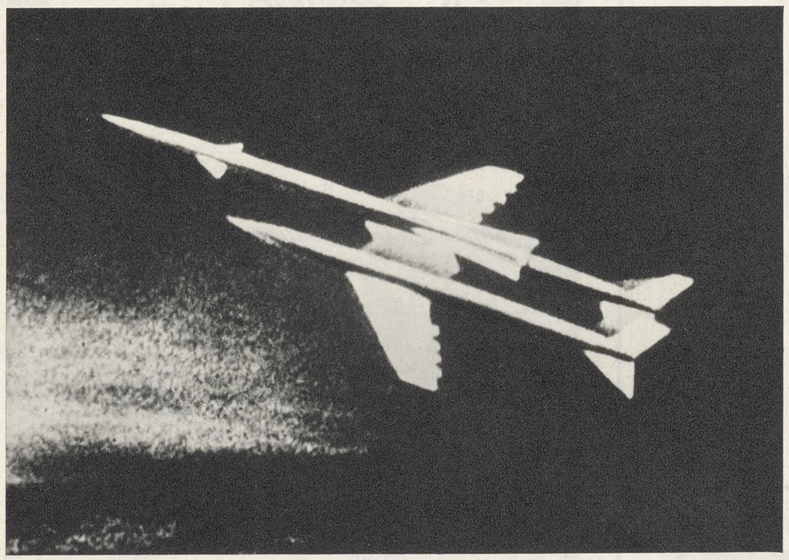
AVIANCA
AEROVIAS NACIONALES DE COLOMBIA
LA EMPRESA DE AVIACION MAS ANTIGUA DE AMERICA
MADRID: EDIFICIO ESPAÑA
PL. ESPAÑA - TEL. 47·14·03

EL HOMBRE TEME AL UNIVERSO

Interrogantes ante la conquista del espacio

La verdad sobre los satélites artificiales

Por IGNACIO PUIG, S. I.
DIRECTOR DE LA REVISTA CIENTIFICA «IBERICA»



Así fué lanzado el primer satélite artificial ruso: con el cohete propulsor que recoge la fotografía.

A la derecha : Este es uno de los modelos rusos de satélite artificial de los llamados terrestres.

EL 29 de julio de 1955, el Presidente de los Estados Unidos, Eisenhower, anunció que su país lanzaría un satélite artificial en el Año Geofísico Internacional, 1957-58. El 8 de noviembre de 1957, en pleno Año Geofísico, volvió a hablar de satélites artificiales, pero fué para cantar la palinodia, como vulgarmente se dice: Rusia se había adelantado, y los Estados Unidos no habían aún lanzado el satélite anunciado con tanta anticipación.

EL «SPUTNIK I» SOVIETICO

El mensaje soviético de Radio Moscú, lanzado a los cuatro vientos la noche del 4 al 5 de octubre de 1957, decía así:

«El primer satélite artificial del mundo ha sido lanzado satisfactoriamente en la Unión Soviética el día 4 de octubre. En estos momentos se encuentra rodeando a la Tierra a lo largo de su trayectoria elíptica a una altura aproximada de 900 kilómetros. El satélite tiene forma esférica; su diámetro es de 58 centímetros, pesa 83,6 kilos y lleva acoplado en su interior un transmisor de radio. El lanzamiento del satélite forma parte del Año Geofísico Internacional. El cohete que transportó al satélite hasta la estratosfera le imprimió la velocidad sobre la órbita de unos 8.000 metros por segundo. El satélite dará una revolución completa en una hora y treinta y seis minutos, y su órbita está inclinada en un ángulo de 65 grados respecto al plano ecuatorial. Tiene instalados en su interior transmisores de radio que están emitiendo señales continuamente en una frecuencia de 25.000 y 40.000 megaciclos, en una longitud de banda de 15 y 7,5 metros, respectivamente. La potencia de estos transmisores asegura la recepción en cualquier receptor de radioaficionado. Las señales son parecidas a las telegráficas, de una duración de 0,2 segundos, con una pausa idéntica. Los cálculos han demostrado que, debido a la tremenda velocidad del satélite, al final de su existencia se incendiará, cuando entre en contacto con las capas más densas de la atmósfera.

»Como resultado de unas investigaciones en grande escala llevadas a cabo por los laboratorios soviéticos y los organismos diseñadores, el primer satélite artificial de la Tierra ha sido desarrollado en la Unión Soviética. El lanzamiento de este satélite es no solamente un tremendo acontecimiento científico en la vida de la humanidad, sino también la primera fase necesaria para la conquista del espacio interplanetario. Se puede decir con confianza que, dentro de unos pocos años, los vuelos a la Luna serán una realidad, como lo es ya el lanzamiento del satélite artificial. El día 4 de octubre de 1957 pasará a la Historia de la humanidad como el día en que el hombre fué capaz de construir un cuerpo artificial que diera vueltas alrededor de la Tierra y a una gran altura.»

Hasta aquí el mensaje soviético.

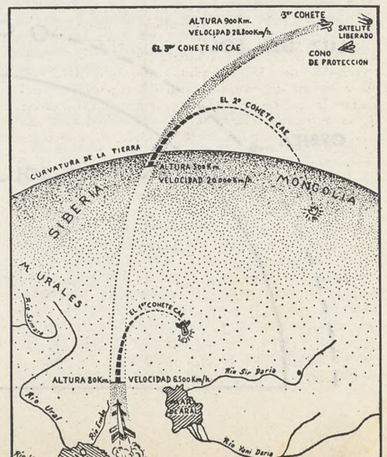
La sorpresa por semejante mensaje, seguido de la comprobación de su veracidad, fué enorme en todo el mundo, particularmente en Norteamérica, en donde se registró una gran depresión colectiva, por entender que el satélite ruso significaba que los Estados Unidos habían perdido la carrera del espacio.

Antes de comentar el hecho, por demás sensacional, hay que precisar el significado de «satélite». Tratándose del sistema solar, se llaman satélites los astros que giran alrededor de los planetas principales; la Tierra tiene uno (la Luna), Marte tiene dos; Júpiter, 11; Saturno, 10; Urano, cinco, y Neptuno, dos. Pero todos ellos son satélites naturales. El cuerpo lanzado por los rusos es también un satélite, pero artificial, por haber intervenido en su colocación en la órbita la mano del hombre.

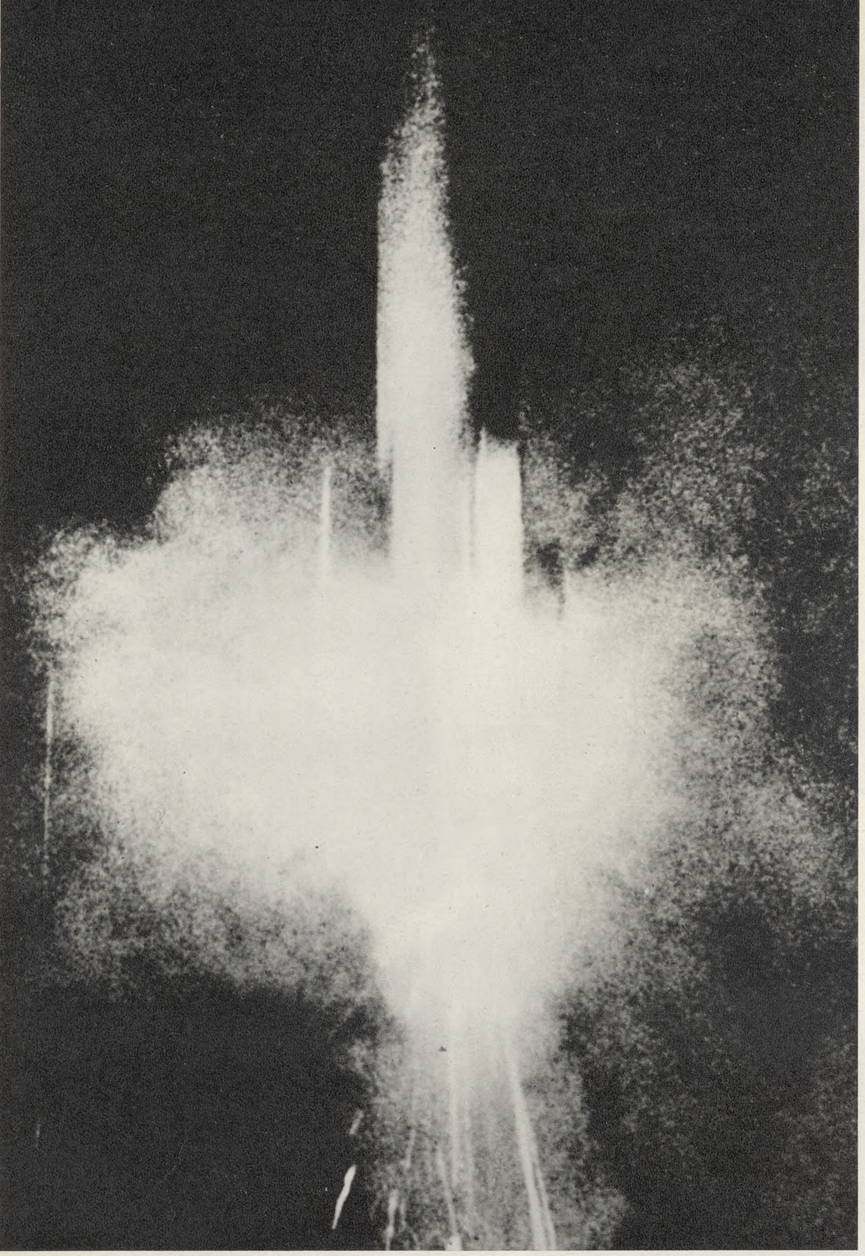
El satélite ruso ha recibido múltiples nombres, tales como «satélite ruso», «satélite soviético», «satélite rojo», «luna artificial», «luna bebé», «Sputnik» (compañero de ruta), «sateloide» (pequeño satélite), «selenoide» (pequeña luna), etc.

El satélite ruso ha podido observarse por varios métodos: auditivo, por radar, fotográfico y visual. El más fácil es el auditivo, puesto que basta que pase por cualquier parte del lugar de observación para que pueda ser captado por un radiorreceptor corriente. Los métodos fotográfico y por radar ya son más difíciles, puesto que se deben dirigir hacia el artefacto los aparatos correspondientes, en lo cual no siempre se acierta; con respecto al radar, para que el «Sputnik» pueda aparecer en la pantalla, es necesario que tenga material reflector de las ondas hertzianas, cuales son los metales. La dificultad máxima en localizar el satélite se halla en el método visual: primero, por aparecer como una estrella de sexta magnitud, lo cual quiere significar que se halla en el límite de la visibilidad a simple vista, como las estrellas de sexta magnitud; segundo, por desconocerse con rigurosa exactitud la ruta y la hora de su paso; tercero, por su rápido movimiento aparente, pues sólo emplea unos pocos minutos en cruzar el horizonte; cuarto, por poderse ver únicamente al tiempo de los crepúsculos vespertino y matutino, cuando la Tierra se halla ya casi en tinieblas y el satélite, por circular a tanta altura, recibe todavía los rayos del Sol.

El lanzamiento de los satélites se hace por medio de cohetes múltiples, o sea, divididos en tres secciones: desde tierra se prende el combustible

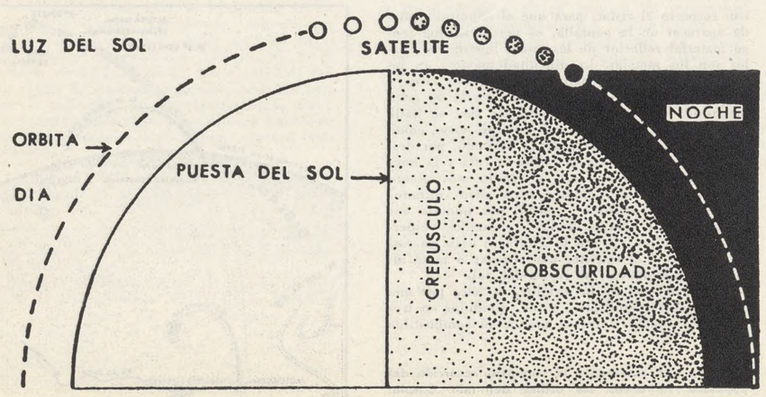


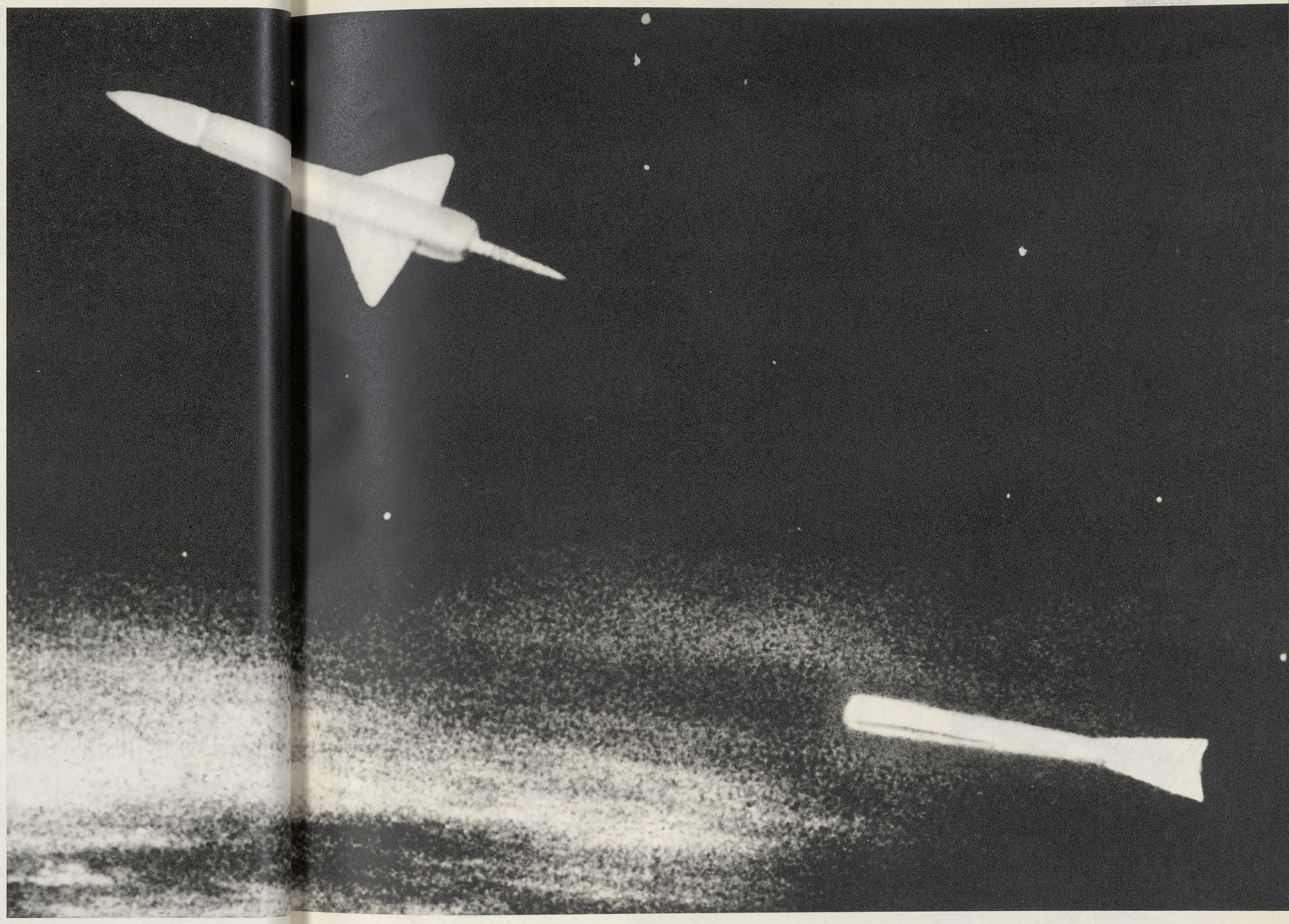
Esquema que representa el supuesto recorrido del «Sputnik I» desde las orillas del mar Caspio.



Arriba: Lanzamiento de un cohete propulsor de los empleados por los rusos en sus satélites artificiales.

Abajo: Este gráfico explica por qué el «Sputnik» sólo se puede apreciar durante los crepúsculos.





Esta fotografía recoge una de las fases del lanzamiento del primer satélite artificial de los rusos.

del cohete inferior, y cuando aquél se ha consumido, se desprende la carcasa correspondiente y entra en funciones el cohete segundo. Una vez éste ha agotado su combustible, se desprende también, y actúa el cohete tercero, que cobija en su cúspide al satélite, el cual, en el «Sputnik I», era una esfera de 58 centímetros de diámetro. Este tercer cohete, al llegar a la altura prevista, deja libre al satélite y le da un empuje tangencial, con el cual el satélite marcha a la velocidad de 29.000 kilómetros por hora. El cohete, de suyo, debería caer en la Tierra; pero, de hecho, fuese o no previsto, siguió el curso del satélite, al principio llevando un retraso de 1.000 kilómetros, pero después lo adelantó.

Muchos se maravillan de que el satélite no caiga inmediatamente a la Tierra, sino que esté dando vueltas en torno de ella durante meses enteros. Si la subida hubiese sido siempre vertical, efectivamente hubiera caído a la Tierra en seguida, lo mismo que si hubiera llevado poca inclinación; pero al aumentar ésta, y a la velocidad de 29.000 kilómetros por hora, ya no cae, sino que se convierte en satélite, por estar sujeto a dos fuerzas: una tangencial, que tiende a llevarlo fuera de la Tierra, y otra en sentido de ésta, o sea, de la gravedad. Es lo mismo que sucede con la Luna respecto de la Tierra y con todos los demás satélites respecto de los distintos planetas. Una diferencia hay entre los satélites naturales y los artificiales, y es que los naturales dan vueltas indefinidamente, por no encontrar resistencia sensible en el medio; en cambio, el satélite artificial, a los 900 kilómetros, encuentra todavía vestigios de aire, lo que paulatinamente le obliga a descender, hasta que, por el aumento de la resistencia del aire, se eleva su temperatura y se volatiliza. Esto es lo que ha sucedido ya al cohete, que antes de dos meses desapareció, por haberse calentado más aprisa que el satélite, dada su forma poco aerodinámica.

No había transcurrido un mes del lanzamiento del «Sputnik», cuando dejó de oírse, por haberse agotado las pilas; pero el artefacto continuó dando vueltas y, por consiguiente, pudo seguirse en lo sucesivo, observando, por radar, por fotografía o directamente por la vista. El día de Navidad había dado ya 1.232 vueltas en torno de la Tierra.

No podemos menos de señalar varias anomalías en el lanzamiento del primer satélite ruso. Una de ellas fué el haberlo lanzado sin previo aviso, siendo así que, como los mismos rusos decían en el mensaje reproducido al principio, lo habían lanzado para los estudios del Año Geofísico Internacional, y, por otra parte, se habían concertado con los norteamericanos que se comunicarían mutuamente estos lanzamientos y los resultados que con ellos se obtuviesen. Precisamente, en los días del lanzamiento, se encontraban reunidas en Wáshington las comisiones norteamericana y rusa tratando de esto, y al día siguiente se daba comienzo en Barcelona al Congreso Internacional de Astronáutica, tan íntimamente relacionado con los satélites.

Otra anomalía fué que el primer satélite, según los occidentales, emitía señales de fenómenos observados en clave, que ellos no podían interpretar por desconocerla. Los rusos negaron que hubiese tales emisiones fuera de las que ellos anunciaron para localizar el satélite; sin embargo, el director del Observatorio de la Smithsonian dijo taxativamente: «Se puede afirmar casi con certeza que el satélite artificial lanzado por Rusia transmite datos meteorológicos mediante señales de radio en clave; clave que, a menos que sea revelada por los rusos, no tendrá significado para los observadores norteamericanos.»

Una tercera anomalía fué el empleo de ondas prohibidas por convenios internacionales, cuales son las de 15 y 7,5 metros. Lo hicieron para mayor divulgación del satélite, ya que estas ondas pueden ser fácilmente captadas por los radioaficionados; en cambio, los norteamericanos proyectan el empleo de ondas de tres metros, no prohibidas, que no pueden ser captadas por los simples radioaficionados por precisarse receptores no corrientes.

EL «SPUTNIK II» SOVIETICO

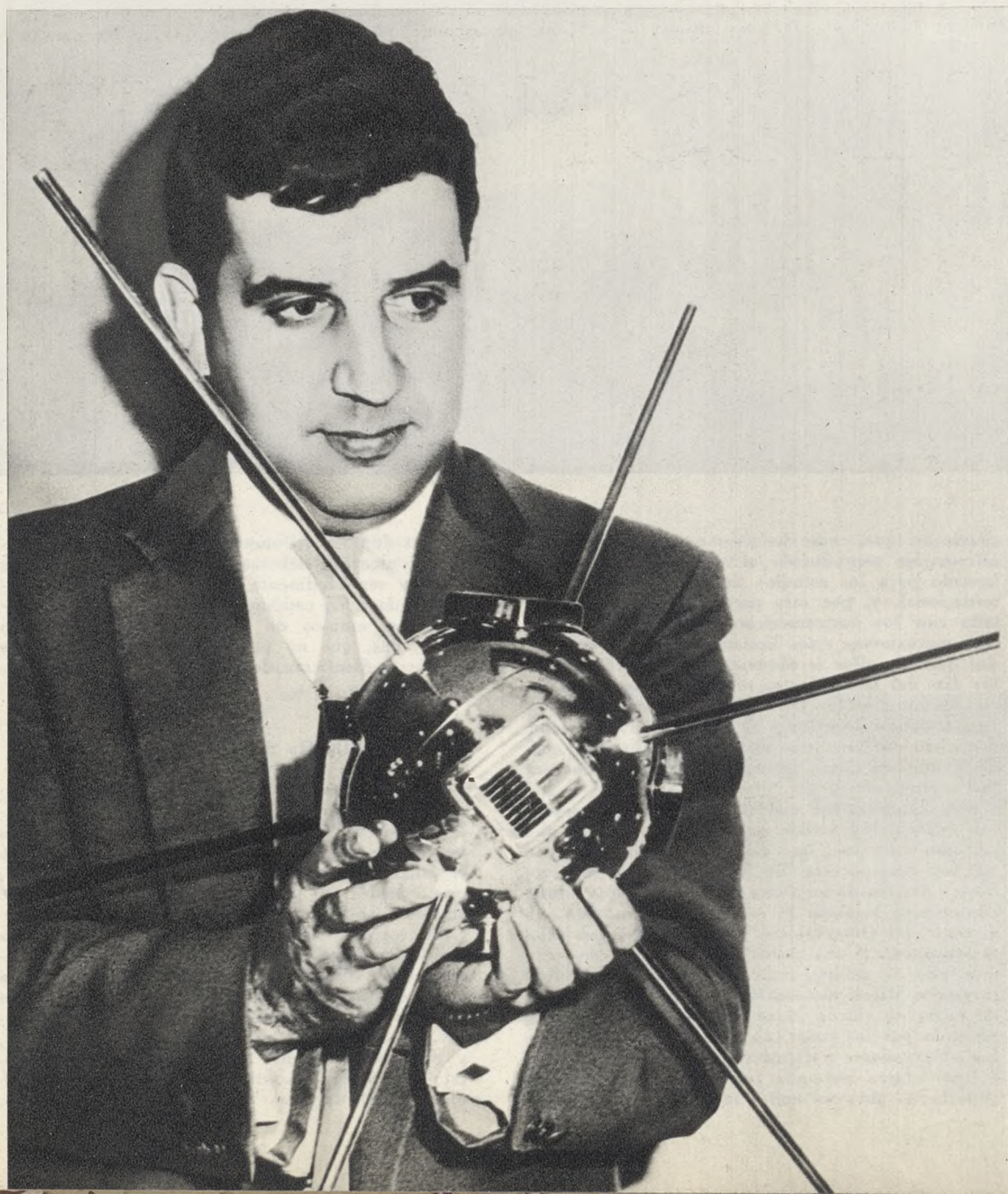
El mundo occidental no se había aún repuesto de la honda impresión recibida con el lanzamiento del satélite del 4 de octubre, cuando el 3 de noviembre del mismo año. Radio Moscú anunció el lanzamiento de un segundo satélite artificial, que, desde un principio, comenzó a llamarse «Sputnik II». He aquí los términos del mensaje:

«El segundo satélite artificial fué lanzado en la Unión Soviética el día 3 de noviembre. Según información disponible, ello representa la última etapa de un cohete que llevó al satélite, dotado de instrumentos científicos y transmisores de radio. El satélite, con sus aparatos, pesa 508,3 kilos, y lleva un recipiente con un animal experimental: un perro. Desarrolla el satélite una velocidad orbital de unos 8.000 metros por segundo.

Abajo: Roger Easton muestra el satélite artificial cuyo lanzamiento en Cabo Cañaveral fracasó.

Arriba: Vean ustedes al «Sputnik II», lanzado el 3 de noviembre, con su «morro» en pimer plano.

Abajo: Esquema del recorrido de un satélite artificial alrededor de la Tierra, hasta volatilizarse.



Su máxima distancia de la Tierra excede de 1.500 kilómetros, y el tiempo de una vuelta completa alrededor de nuestro planeta es, aproximadamente, de 102 minutos.

»El segundo satélite artificial lleva instrumentos para estudiar las radiaciones solares con rayos de onda corta, ultravioleta y X; instrumentos para el estudio de los rayos cósmicos; instrumentos para estudiar las temperaturas y presiones; un recipiente hermético con un animal experimental, un sistema acondicionado de aire, alimentos e instrumentos para estudiar el proceso vital de las condiciones del espacio cósmico; instrumentos de medida para transmitir los resultados de las medidas científicas de la Tierra; dos transmisores de radio operando con frecuencias de 40.000 y 20.000 kilociclos, en ondas aproximadamente de 7,15 y 15 metros, respectivamente, y las fuentes de energía necesarias para accionarlos.»

Al anunciar el segundo satélite los rusos han dado más detalles técnicos. Una de las cosas que más ha llamado la atención en él es su enorme peso, lo cual significa que, para lanzar el satélite, han tenido que usar un combustible de mucha mayor potencia que los combustibles conocidos en el mundo occidental. Otra particularidad de este segundo satélite es que *(Pasa a la pág. 51.)*

El viejo puerto de Bastia, al pie de un cudillero amplificado, en que las casas tienen más de cuatro pisos y están casi vacías. Cuando anochece, las persianas de madera no se mueven. Continúan como estaban, como estuvieron todo el día. Nadie se asoma. El conjunto se asemeja a un viejo Nápoles que se ha parado.

LA ISLA DE BONAPARTE

Córcega es, sin duda, la conquista firme de Napoleón I

POR CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

La motonave acosta lentamente. En el muelle espera un autobús ligero a los futuros huéspedes del mejor hotel de Córcega, sobre cuyo césped y en cuya fachada se halla escrito en letras muy visibles: «Napoleón Bonaparte».

Desde la mar, parece que «l'Ile Rousse», un pueblecillo de muy pocos habitantes, con una «concha» de arena fina, en que se bañan los turistas —algún anglosajón y mucho americano—, ha sido bautizado con el nombre y apellido del gran emperador de los franceses. Pero es que el hotel, por ostentarlos, ejerce primacía sobre todo lo demás, incluso, al parecer, sobre el precioso fondo, cuyos montes se aproximan a la costa, como estrujando la Balaña, que tanta «guía» recomienda a los de fuera.

En efecto, el hermoso hotel, igual de rojo que la piedra de los varios promontorios inmediatos, se halla dedicado íntegramente a Bonaparte. En el *hall*, ante su entrada, está la copia enorme de un David que lo presenta en su caballo blanco, pasando el San Bernardo. En la escalera hay varios óleos que recuerdan sus victorias; y en los

Esta es la casa de Ajaccio donde nació Napoleón I. Y hoy Ajaccio lo recuerda con fruición y orgullo.

El puerto de Ajaccio. En Ajaccio todo está relacionado con Bonaparte. «Le Bonaparte» se llama el mejor cine; «Le Petit Caporal», un céntrico bar; «Chez Létitzia», una tienda de sombreros; «L'Imperial», un gran bazar. Y tales tiendas y recreos son los más antiguos y acreditados de la alegre población.

salones hay vitrinas historiadas con objetos muy diversos, de interés o sin valor, dignos de mirarse o no atrayentes, mas siempre conectados con la historia o con la figura del insigne Bonaparte.

* * *

Por su orografía, la isla de Córcega parece como el resto o la osatura de un inmenso dinosauro. Todo en ella forma parte de los Alpes, que resurgen después de su hundimiento prematuro. Algunas crestas de su dorso acarnerado rebasan los 2.200 metros, e incluso ocurre que las cimas de sus grandes contrafuertes laterales son más altas aún y alcanzan con frecuencia los 2.500. Salvo en las inmediaciones de la costa de levante, las montañas llegan a la mar, y, en consecuencia, la isla no se cruza sin pasar un puerto de suficiente cota, y sus poblaciones más antiguas están en las alturas o en los valles, que se estrechan imprevisiblemente.

Camino de Bastia, el *maquí* famoso, que cedió su nombre a los *maquis* de Francia, está cuajado de matorrales y de helechos, que sombrean el tapiz de jara, de mirto y de otras hierbas olorosas. No hay un solo pueblo, ni una casa; no hay más que arbustos y alimañas: madroños y culebras, encinas retorcidas y feroces jabalíes, que disfrutan de la paz en que los hombres han sumido ese litoral bravío, después de mucha guerra y de que el sol queme su broza.

Kirnos, en efecto—la vieja Cyrnos de Fenicia—, ha pasado por tantas manos y ha sufrido tanto, que el propio historiador se pierde en el recuento de las luchas sostenidas por los muchos que pelearon con etruscos y romanos, con vándalos y godos, con bizantinos y hasta con los sarracenos que invadieron nuestra patria. Se pierde cuando esquiva las mayores embestidas y entra a fondo en las contiendas a favor del que ha ofrecido un beneficio positivo o en contra del injusto que se quiso apoderar de la que, en fin, se llamó Córcega. Se pierden, sobre todo, los más trabajadores, al estudiar las guerras que originan la *vendetta* y que produjeron la desgana o la desgracia de los hombres que no saben imponerse o conseguir su libertad.

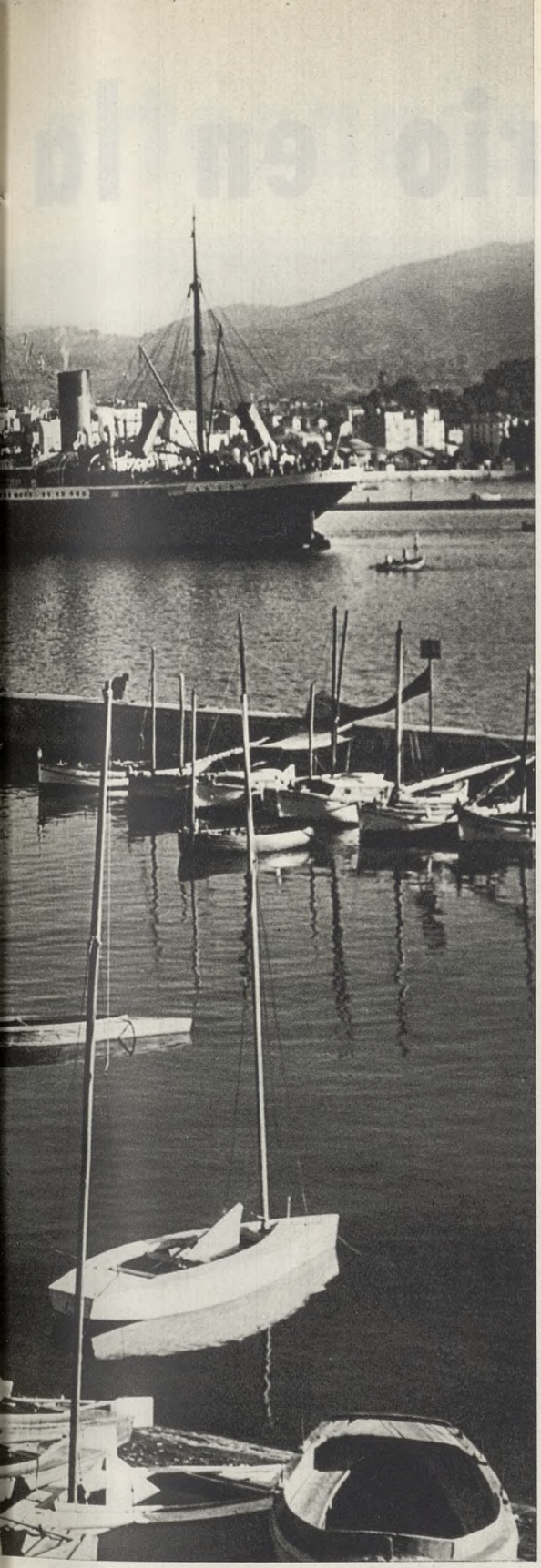
Córcega, sin duda, ha sufrido la tragedia más tremenda de los tiempos conocidos. Su historia se desliza entre invasiones imprevistas, dominaciones esporádicas, levantamientos naturales, gritos angustiosos y otras invasiones más crueles. Un rosario que no acaba, porque está siempre cerrado. El Viriato se levanta hasta que muere traicionado por los suyos; y ese «viriato» se renueva a cada vuelta de la noria, que se para solamente cuando el rocín fallece o el cataclismo se produce.

En época reciente, la isla de Córcega ha pertenecido—entre no pocos otros—al conde Bonifacio de Toscana (año 995), al obispado de Pisa (1080), a Alfonso V de Aragón (1420), a la Banca Genovesa de San Jorge (1453), a la propia Génova (1559), al barón tedesco Teodoro de Neuhoff (1756) y, en fin, a Francia (en 1769), etapa esta final que dió principio el día en que vino al mundo Bonaparte: el 15 de agosto del año que se acaba de citar. Pero entre cada dos dominaciones sucesivas, las sublevaciones de los patriotas corsos—Sambucci d'Alando (año 1001), Guidicce della Rocca (1348), Vicentello d'Istria (1419), Sampiero Corso (1551), Pascual Paoli (1755)..., por sólo citar a los más célebres—dan lugar a situaciones caóticas, de las que sólo llegan a librarse los desgraciados corsos a fuerza de lucha y de agotamiento. Mas tanto esfuerzo da lugar a atraso y a miseria; y por eso el camino de la costa septentrional de Córcega parece un páramo. Se halla deshabitado, y sus campos no producen.

La vida empieza sólo en San Florente, junto al precioso golfo, en cuyas aguas se refleja el ocre de la orilla. Un castillo antiguo está en el límite. Pasado el puerto montañoso de Teguime, el *maquí* cede su puesto a una hermosa zona de árboles frutales y a una serie de escalones que están plagados de lirios y geranios. Jardines de colores, frondosísimos. En el centro de uno, un convento se destaca. Tiene un recinto medieval, de cuya almena surge un fraile capuchino, que parece vigilar el horizonte para ver si llega el sarraceno o si el peligro genovés se intensifica. El sayal que lleva es de otro tiempo, y el autocar no le interesa; diríase que no lo ve pasar.

* * *

Una revuelta peligrosa, y el puerto y aeropuer-



to de Bastia surgen lo mismo que maquetas. Pero al bajar la cuesta, que es muy empinada, se convierten pronto en realidades.

La ciudad está bien situada, y, sin embargo, es lúgubre. Da sensación de pocos habitantes. Su *porto vecchio*—semiabandonado, porque el fondo es reducido—está al pie de un cudillero amplificado, en que las casas tienen más de cuatro pisos y están casi vacías. Cuando anochece, las persianas de madera no se mueven. Continúan como estaban, como estuvieron todo el día. Nadie se asoma. Nada nuevo surge. Hay pocas luces y muchísima quietud. El conjunto se asemeja a un viejo Nápoles o a un pueblecillo de su costa. Lo recuerda a estilo cine: un cine de *ralenti*, que se ha parado.

El cuadro es fascinante, y la vista no lo suelta fácilmente. El castillo levantado por Leonello Lamellino en 1300, el recinto amurallado que lo rodea, las casas nunca revocadas, la antigua catedral de Santa Cruz, en que hay un Cristo que fué hallado sobre las olas entre cirios encendidos..., atraen al forastero que se instala, junto al agua, en la vieja *trattoria* del muelle abandonado.

Sobre ese cuadro, que se estira cuando surge el gran satélite, estallaron bombas que lanzaron los franceses, con el fin de recobrar su isla perdida, en 1944. Pero lo desmantelado no justifica la negrura del macizo, que más *(Pasa a la pág. 52.)*

La antigua torre de la Porta, esbelta y bellísima. La iglesia y el monumento a los muertos.

El signo de Sagitario en la artesanía española

BALANCE DE 1957:

- UN MILLON DE ARTESANOS
- LA PRODUCCION TOTAL SE ESTIMA EN MIL MILLONES DE PESETAS
- CIEN MIL TALLERES EN LA GEOGRAFIA ESPAÑOLA

Por IÑIGO SERRANO SANCHEZ

UNA gran esfera, el universo. Arte y naturaleza cubrieron su superficie en antiguas edades. Pinceladas sin contornos precisos entremezclaron ambos conceptos a través de los tiempos. Porque es común considerar naturaleza los fenómenos que se encuentran establecidos en el cosmos; arte, todo aquello que se produce con esfuerzo intelectual y físico. Mas no existe una línea rígida e invariable que delimite los dos campos. La misma naturaleza, ¿no es acaso por sí sola una gran obra de arte? De la contemplación razonada del universo, de la observación de sus leyes, surge la ciencia, pasiva, en contraposición a la creadora actividad del arte. Y también en el binomio ciencia-arte se difuminan las fronteras, desde el momento en que toda ciencia tiene su arte, si se quiere instrumental, pero que se manifiesta en los métodos para llegar a resultados propios de cada rama. En este sentido el nombre de arte aparece por primera vez en las ciudades mercantiles de la vieja Italia. Existía allí un «arte mayor»: pintura, escultura, música. Y otro «menor», artesano.

En épocas posteriores hubo un momento en que el concepto de arte se restringió de tal modo, que quedó reducido a las bellas creaciones ideales. La artesanía, por su faceta de ejercicio mecánico, no se consideraba arte. Hoy la realidad ha desbordado esas limitaciones, hermanando las artes ideales con las industriales. De tal simbiosis, cerebro creador y mano diestra, participa, sin duda, el artesano. Una gran esfera, el universo. Arte, naturaleza, ciencia, artesanía, técnica, enlazan sus actividades en la curva superficie.

AUTOMATISMO, ARTESANIA

La división del trabajo se desarrolla en espiral a través de los siglos. Cada vuelta es más amplia. Se empiezan a destacar sus círculos con los primeros gremios del Medievo. La especialización se generaliza progresivamente a partir de la gran revolución industrial del siglo XVIII. Avanza. Se diversifica, se atomiza en la época actual. Aparece el automatismo. La máquina adquiere importancia decisiva. Sirve al hombre sin error, sin cansancio, después de haberla servido éste durante generaciones. Parece que va a desplazar a los herederos directos de sus pioneros, los artesanos gremiales de la Edad Media. Pero existen varias clases de necesidades humanas: vitales y culturales, normales y suntuarias, individuales y colectivas. Los bienes para el cuerpo puede facilitarlos, en general, la máquina. La artesanía debe dar bienes al espíritu. Bienes cuyas más altas producciones no son económicas en sentido estricto, por faltarles, como a los brillantes, el concepto de utilidad, pero que pueden adquirir valores insospechados por su rara belleza. Tal ocurre con el airoso abanico que contemplamos abierto, posado como una mariposa con alas de encaje; con la talla soberbia de un retablo de estilo; con la policromía de un tapiz flamenco; con la transparencia característica de una porcelana de «china».

Pero la gama variadísima de artículos artesanos no termina ahí. Gran número de ellos añaden, a la estética y maestría de su confección, una utilidad práctica muy estimable.

Muebles, zapatos, ánforas, enrejados; trabajos en vidrio, en piel, en barro, en hierro, en madera. La producción de unos y otros se puede considerar altamente remuneradora para la economía nacional. Tanto, que el pasado año 1956 se estimó el valor de la totalidad de las obras salidas de manos artesanas españolas en 1.000 millones de pesetas. Unos 12 millones importaron las ventas en territorio nacional y ciento y pico—exactamente 7.571.833 dólares—la exportación al extranjero.

GREMIOS; CENSO ARTESANO

Grandes factorías industriales. La máquina, elemento básico de producción. Talleres artesanos. El hombre se ayuda con escaso instrumental. El trabajo y la pericia del operario son decisivos. Unos 800 gremios de carácter local, comarcal y provincial dan cabida hoy en España a un millón de artesanos de todas clases. Pasa de 100.000 el censo de talleres que se extienden a lo largo y a lo ancho de la geografía patria. Todos ellos estuvieron representados en el primer Congreso Nacional de Artesanía, celebrado recientemente, bajo los auspicios de la Obra Sindical de este nombre, después de ocho meses de estudio y apreciación de problemas y soluciones, para lograr que los trabajadores de las distintas especialidades tengan en el futuro una auténtica seguridad técnica, social y económica.

Se formó un nomenclátor, resumen de la artesanía española, que cuenta en su variado arco iris desde los famosos damasquinadores de Eibar y Toledo, los marroquineros de Ubrique, los ceramistas de Valencia y Talavera, hasta los modestos artesanos que atienden determinadas necesidades de uso, consumo, vestido y habitación. Con criterio moderno se ha clasificado el campo de acción de todos esos trabajadores en cuatro grupos:

Alta artesanía artística, integrada por una minoría muy preparada para realizar verdaderas obras maestras; artesanía exclusivamente artística, en cuyo campo entran más de lleno los efectos recreativos; la utilitaria, encargada de producir artículos de buen gusto y de uso cotidiano: lámparas, ceniceros, tabaqueras, etc.; el último grupo corresponde a la artesanía de servicio o fungible, la más práctica y de censo más numeroso.

Los distintos gremios quedan así perfectamente coordinados en esas agrupaciones profesionales, evitando recelos y facilitando cualquier empresa común.

EL HOMBRE

La raza, el medio y el momento influyen en toda producción artística. El espíritu de cada pueblo, como la boya hundida, sale a la superficie inevitablemente a través del torbellino de los cambios de cultura. Las circunstancias físicas y sociales modifican la posición de las manos creadoras. Ambas fuerzas se combinan en el instante preciso para forjar la inspiración del artesano «noble».

El medio y el momento, solos, condicionan la calidad de la «baja» artesanía. Los hombres de los dos grupos precisan aprendizaje. Precisan formación profesional más o menos intensa, no sólo en el propio interés particular del artesano, sino desde el punto de vista social. Si el trabajador no gana lo suficiente, se traslada a otra actividad más rentable. Si la obra no alcanza la calidad y perfección debidas, se deprecia el artículo y se pierden mercados conseguidos a base de incontables esfuerzos; se pierde la proyección espiritual y económica de una partida que pesa bastante en nuestra balanza comercial. Para fomentar vocaciones, para perfeccionar gustos, enseñar técnicas, depurar estilos, la Obra Sindical creó en Madrid la Escuela Mayor de Artesanía y en provincias alrededor de medio centenar de talleres-escuelas. El Estado, por su parte, sostiene las de Artes y Oficios. Un amplio sistema de becas complementa la eficacia de estas instituciones, que, por lo que a la Organización sindical respecta, se pretende sean integradas en un patronato rector.

Pero, una vez lograda la técnica suficiente en la Escuela, el artesano ha de establecerse o integrarse en un taller. El primer Congreso Nacional estima urgente la creación de una Caja de crédito con personalidad jurídica y autonomía propias, cuya misión primordial consista en proporcionar operaciones de crédito para instalar, ampliar y modernizar talleres artesanos, así como para adquirir maquinaria, útiles de trabajo y materias primas.

Por otra parte, la estructura gremial facilita el empleo. Un estatuto que reglamente derechos y deberes será beneficioso.

Es de justicia completar toda esta protección al trabajador activo con un sistema completo de previsión social tan amplio que asegure a los artesanos y sus familias contra riesgos y contingencias de toda índole. El Congreso solicita con este fin la constitución de una Mutualidad nacional, dependiente del Ministerio del Trabajo, cuyos órganos de gobierno sean representantes de los propios artesanos, que con carácter obligatorio deberán afiliarse a ella.

MERCADOS Y EXPOSICIONES

Panorama económico. Dos orillas opuestas. A un lado, consumo; al otro, producción. Une las dos riberas el puente del comercio. Si se viste de gala su accesible calzada, se atrae al comprador. Si se juntan las márgenes, no hace falta puente. La supresión de puentes supone eliminar comisiones de intermediarios, comisiones cuyo importe duplica, en muchos casos, el valor del artículo. Pero significa también disponer de una organización de ventas, con la que en raras ocasiones puede contar el artesano aislado. Los gremios, sin embargo, integrados en cooperativas sindicales, tienen más medios a su alcance. Posee hoy España una red nacional con 22 mercados de artesanía, repartidos por las zonas de más afluencia turística. Los de Granada, Burgos y Vigo fueron los últimos que se abrieron al público. Efectúan directamente al artesano el 50 por 100 de sus compras al contado, y el otro 50 por 100 a crédito. Contrapartida de esta facilidad que otorga el trabajador: un escaparate permanente para sus obras, que logran más posibilidades de venta, a la vez que orientan sus producciones futuras. De los cuantiosos beneficios obtenidos en esos mercados, que trabajan con márgenes de ganancia prudenciales, se destina una parte a dotar las becas, de las que antes hablamos, y a favorecer a los artesanos más pobres. La instalación de exposiciones-muestrario y la creación de un Servicio de Información y Gestión a disposición de los artesanos contribuiría en gran manera a aumentar el volumen de ventas en una coyuntura favorable, como la actual, de gran expansión del turismo.

Cuando las banderas que ondean en las dos riberas opuestas del paisaje económico son de distintos colores, aumenta el interés del tráfico de obras artesanas. También en el área del comercio exterior, como en tantos otros sectores económicos, es fundamental la unión. El éxito obtenido por los pequeños «grupos de exportación»—reunión de fabricantes económicamente débiles para hacer frente a complicadas y costosas operaciones—, que desde hace diez años actúan en diferentes países de Europa Occidental, es muy significativo y marca un ejemplo a seguir.

La instalación de exposiciones permanentes en determinados puntos del extranjero, junto con una propaganda adecuada, puede multiplicar hasta límites insospechados nuestros ingresos de divisas por productos artesanos, al mismo tiempo que extendemos por todo el orbe, infiltrada en pequeños objetos de vidrio, madera, metal o cuero, la impronta espiritual de la Hispanidad. Para muestra tenemos el periplo triunfal del «Ciudad de Toledo».

En menos de tres lustros, el censo de talleres artesanos ha pasado de tres mil a cien mil. La expansión lograda por esta importante fuente de ingresos es evidente. Su desarrollo futuro, una vez que se lleven a cabo las reformas que comentamos en los párrafos anteriores, supondrá una gran mejora económico-social. Bajo el signo zodiacal de Sagitario, el primer Congreso Nacional de Artesanía suelta la flecha de su tenacidad y empeño hacia una diana de realidades.

IÑIGO SERRANO SANCHEZ

LABORES ESPAÑOLAS

POR ARCADIO DE LARREA

Por calles y plazas las niñas siguen cantando:

Arroz con leche.
Me quiero casar
con una señorita
de este lugar
que sepa coser,
que sepa bordar,
que sepa la tabla
de multiplicar.

Uno no acaba de ver claro por qué exigir a las señoritas el hallazgo de Pitágoras. En otras canciones se suma:

dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho,
y ocho dieciséis...,

sólo que la suma no pasa de treinta y dos. Además, todos sabemos que multiplicar es quehacer de financieros, y la única vez que una mujer se entró por ese terreno, nació el cuento de la lechera. Pero sumar sí es quehacer femenino, y también restar. El ápice de la sabiduría mujeril es menguar de la resta y acrecer las sumas.

UNA EXPOSICION EN MADRID

Una lección de este difícil saber es la exposición que en Madrid ha celebrado la Obra de Ayuda al Hogar. En la calle de San Marcos, casi en la esquina de Barquillo, la casa número 42 aloja al Círculo Medina. Allí podrá usted, señora, asistir a conferencias, leer libros y revistas, escuchar conciertos y ver exposiciones. Podrá también merendar con sus amigas. No crea en un club feminista, cerrado y ferozmente misógomo, que no lo es. Las puertas no están cerradas para los hombres, aunque sea un círculo femenino. Quienes lo rigen saben que la vocación de la mujer es el hogar.

En cuanto pase el umbral verá unas escaleras y, sobre la pared, el rótulo «Ayuda al Hogar. Venta de labores». Un saloncito, rodeado de vitrinas, le muestra de modo permanente algunas de esas labores: muñecos, encajes, bordados, juegos para bebés, alfombras, tejidos, esteras y muchas cosas más.

Estos días pasados, sin embargo, no hubiera tenido usted que ba-

jar escalera ninguna para verlos. Mantelerías, juegos de cama y los mil primores que saben crear las manos de la mujer española ocupaban los salones del piso principal.

Contemple las fotografías que le ofrecemos, gentilmente cedidas por la Sección Femenina. Podrá ver en ellas bordados carvajaleños —esos que se labran sin previo dibujo—, mallorquines, canarios, toledanos y lagarteranos; encajes de bolillos y de crochet tejidos en Monóvar y en Canarias; sombreros de Montehermoso y de Avila; tules granadinos; labores de maíz y de esparto confeccionadas en Almería. La información gráfica no recoge sino una pequeña parte de lo expuesto, y la exposición exhibió apenas una reducida muestra de la copiosa y variada producción de la Obra.

EL ARTE DE RESTAR MENOS

La Ayuda al Hogar facilita que usted, señora, amengüe las restas y que otra mujer acrezca las sumas, porque traduce el saber coser y bordar de la canción en un elemento altamente positivo. Veamos cómo.

Usted necesita comprar una labor cualquiera: puede recurrir a los almacenes, a las tiendas o al mercado de artesanía. Pero ha llegado a conocer la Obra y acude a ella. Las ventajas serán:

La Obra no carga ningún porcentaje sobre los precios fijados por la confeccionadora; le garantiza la calidad del trabajo y de los materiales empleados; recoge sus encargos, si no se trata de compra inmediata, y se los entrega en el plazo establecido.

Tan verdad es esto, que a los pocos días de abierta la exposición todo lo expuesto estaba vendido y los encargos rebasaban la cifra del millón de pesetas. No le extrañe el éxito: de haber conocido

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

le orientará en sus operaciones

- Una amplia experiencia.
- Una organización especializada.
- Una red de filiales en el extranjero.
- Una extensa relación de corresponsales.

Todo al servicio del comercio internacional

Oficina principal: Carrera San Jerónimo, 36 - Madrid
Dirección telegráfica: EXTEBANK - Telex.: n.° 41
Extebank Madrid

precios y calidades, habría de admirarle que no fuese mayor. Dudo que un solo visitante saliera sin compra o encargo.

LA AYUDA AL HOGAR

Y ahora, que ya sabemos cómo hacer que la resta sea menor, vamos al capítulo de las sumas.

Hay en España miles de mujeres con habilidad de manos y conocimientos para ocuparlas en confeccionar los variados objetos que sirven de adorno a la persona o al hogar. Unas pueden dedicar a ese quehacer todas las horas y trabajan para sí o para el mercado; otras, ocupadas en sus deberes domésticos, disponen de poco tiempo y sólo en épocas determinadas o en escasos momentos al día toman en sus manos la labor. De éstas cuida la Obra.

Les facilita los materiales, hace de intermediaria entre ellas y los compradores, las orienta artísticamente por medio de sus dechados, de su álbum de labores y de sus escuelas, y, por fin, donde es necesario por la índole del trabajo, organiza los talleres. Unos talleres por demás peregrinos, adonde acuden las obreras cuando pueden, sin sujeción a horario o jornada, que hacen imposibles las obligaciones de las artesanas. La asistencia depende de la estación, del tiempo que hace, de las faenas del campo o de que el niño de Juana esté malucho. Tan amplia ayuda es completamente gratuita para la artesana y para el comprador, ya que es la artesana la que fija el precio de su trabajo, y éste, junto con el de los materiales empleados, paga el comprador sin ningún aumento.

Y todavía hace más la Obra. Recoge por todas las tierras de España labores desconocidas fuera del lugar y las reincorpora; ello permite que muchos productos típicos no organizados artesanamente puedan ser adquiridos a través de la Ayuda al Hogar.

No expliqué aún cómo esta Obra es una más de la Hermandad —hermoso nombre y más hermosos hechos—de la Ciudad y el Campo, creación de la Sección Femenina, la cual, en esta como en todas sus actividades, está siempre al servicio de usted, señora, del mío y de todos, en cuanto y porque está al servicio de España. Así le ocurre que, pensando en ayudar a las artesanas, termina por ayudar a su hogar de usted, y hace más: la incorpora a una obra social muy importante.

También yo quiero hacerle un servicio: lo que en Madrid halle en el Círculo Medina, lo ofrecen en provincias y pueblos las Delegaciones de la Hermandad de la Ciudad y del Campo.

LA HAZAÑA ESTUPENDA DE LA CRISTIANIZACION DE FILIPINAS

"... la solidez de la familia como institución social, los cancioneros de amor, las viejas estampas de la vida familiar..."

POR FRANCISCO JAVIER CONDE

Me conviene encabezar lo que voy a decir sobre la influencia de la cultura española en Filipinas con el juicio reciente de un historiador inglés de primera magnitud. Se trata de Toynbee. Decía hace poco el gran historiador: «Todos los países asiáticos recién liberados que acabo de visitar están haciendo el mismo esfuerzo por incorporarse a la familia de las naciones modernas. Ahora bien, en Filipinas se advierte una vivacidad y un optimismo que no son tan evidentes en otros países vecinos. ¿Cuál puede ser la explicación de tan visible diferencia de talante y espíritu? No es cuestión de raza, porque los filipinos son una rama de la gran raza malaya, a la que pertenecen también indonesios y madagascareños. En toda Asia sólo hay dos países predominantemente cristianos: el Líbano, en el extremo occidental del gigantesco continente, y, de este lado, Filipinas, junto a la costa oriental de Asia. Ambos países son católicos, y siempre, desde que las naciones marítimas de Europa Occidental se erigieron en señores temporales del mundo por el dominio de los océanos, la Iglesia católica ha mostrado una maravillosa capacidad para fundir entre sí pueblos de diferentes razas. Pero Filipinas es única por el hecho de contar en su historia con un capítulo norteamericano y, a la vez, con un capítulo español, caso único y ciertamente afortunado, porque España y los Estados Unidos son entre sí complementarios en cuanto representan elementos diferentes de la civilización cristiana de Occidente.»

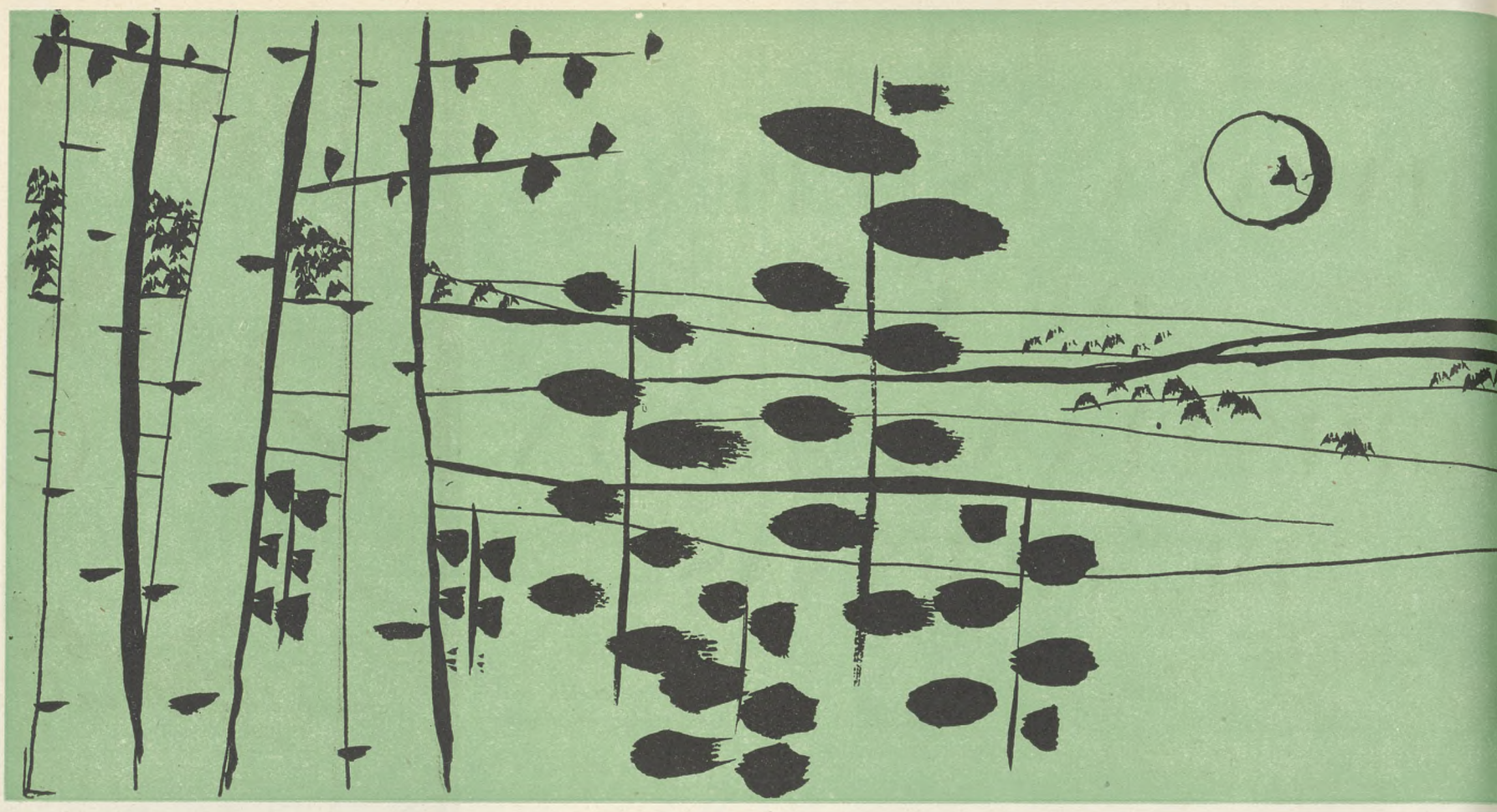
«LO ESPAÑOL» DE FILIPINAS

La singularidad de Filipinas como sujeto histórico y cultural, según este certero diagnóstico de conjunto, consiste en que la raíz de sus formas de vida y de cultura, su religión, es el catolicismo; en segundo lugar, en la sucesiva impregnación de lo que podríamos llamar «el haber temperamental» de los filipinos por dos elementos de la cultura cristiana occidental que Toynbee llama complementarios: uno español, otro norteamericano. Si aceptamos provisionalmente el supuesto, lo que tenemos que averiguar y precisar es en qué forma, con qué intensidad y con qué hondura, «lo español», como elemento de la cultura occidental cristiana, ha contribuído a moldear al hombre filipino, modalizando su mente, su voluntad, su sentir, sus maneras de hacer, de obrar, de vivir y de convivir, así como las formas objetivadas de su cultura nacional. La tarea es extraordinariamente compleja y no me incumbe a mí, ni por dominio de materia ni por oficio, darle cima en esta sazón. Pero confieso que me tienta, y cediendo a esa tentación, os voy a pedir que me acompañéis con benevolencia en la búsqueda de un diagnóstico aproximado.

Observaréis que eludo la palabra «influencia». No tengo mucha simpatía a esta palabra, porque no me parece suficiente. No pregunto cómo ha influído lo español en lo filipino. La pregunta se quedaría corta. Cuando inciden una sobre otra dos culturas diferentes, cuando se produce lo que los historiadores suelen llamar «cruce» de dos culturas, las consecuencias del «cruce» son enormemente complejas y no se explican suficientemente con el esquema hermenéutico de las influencias. No pensemos, pues, en influencias, sino en algo mucho más útil y delicado, pero también más certero. El fenómeno que se llama cruce de culturas es propiamente el encuentro de diferentes sistemas de posibilidades históricas. ¿Posibilidades para qué y para quién? Esta es la cuestión.

MENTALIDAD ESPAÑOLA Y FILIPINA

Precisamente para el hombre. Lo que llamamos «sociedad» es sencillamente «lo social» en el hombre, el modo como el hombre queda afectado y modalizado por la convivencia con otros hombres, los que constituyen el «pueblo» del que formo parte. En este sentido, la sociedad es para mí el sistema de posibilidades que la convivencia me otorga a mí como persona para pensar, sentir y hacer mi propia vida personal. Que yo sea español o filipino quiere decir que para pensar, sentir, querer, obrar y hacer mi vida como persona humana cuento fundamentalmente con las posibilidades que para ello me ofrece la participación en el «cuerpo social» que llamamos España y Filipinas, quitando al término «cuerpo» todo sentido sustancial para dejarlo en «sistema de posibilidades». No sólo es que cuento con ello, es que tengo que contar inexorablemente con lo español a lo filipino de que formo parte, y me modaliza e imprime en mí una manera de ser. Por una razón muy honda. Porque, en contra de lo que pensara Hegel y de lo que se piensa con esquemas hegelianos más o menos confesos, el espíritu del hombre no es espíritu a secas, sino inteligencia encarnada en un cuerpo. Por eso la inteligencia de cada hombre está siempre inscrita en una condición mental.



La mentalidad es un sistema de posibilidades con que la vida incidente de cada hombre se encuentra para pensar lo que son las cosas. Cuando nazco español o filipino, me encuentro sencillamente con el sistema de posibilidades que «lo español» y «lo filipino», es decir, la «mentalidad» española o filipina, me otorgan. Y ocurre que cada mentalidad tiene un contenido determinado y se encuentra siempre en un «nivel» concreto. Permitidme que ande, aunque sea a zancadas, con estos conceptos, porque van a ser muy importantes para nuestro negocio. Con ellos podemos dar traza más precisa a nuestro problema: en la hora venturosa en que las naves de Magallanes avistaron el desgranado rosario de estas islas y con mirada y mano fundacional les dieron nombre y figura de pueblo unitario y de empresa colectiva, ¿cómo incidió lo español sobre lo filipino autóctono? Cuando, como consecuencia de la conquista, de la liberación de la población autóctona y de la colonización subsiguiente, «lo español», la mentalidad española, comenzó a impregnar y moldear el haber temperamental filipino, ¿cuál fué el sentido profundo de esa modalización de la población autóctona, de sus maneras propias de pensar, sentir, querer, hacer, vivir y convivir? ¿Qué pasó en el encuentro y cruce de las dos mentalidades? ¿Quiénes y cómo eran los españoles que vinieron, ocuparon, combatieron, liberaron y colonizaron Filipinas? ¿Cuál era el contenido y el nivel histórico de su mentalidad y su estilo de vida? Cuando, más tarde, con Legazpi, se puso en marcha el plan concreto de colonización, ¿en qué consistía el proyecto?

LA GRAN EMPRESA DE ESPAÑA EN AMERICA

He aquí una serie de cuestiones atrayentes y de no fácil respuesta. Por fuerza he de apuntar alguna. Voy a empezar por la última, porque de su contestación depende el marco real en que será preciso insertar las demás cuestiones. Puede darse por averiguado—corra esto a cuenta de los historiadores—que el proyecto histórico que movió la acción de España en Filipinas fué de diferente alcance y de signo distinto que el que impulsó la obra española en América. En primer lugar, fué posterior. Nadie discute hoy seriamente, como no sea de mala fe o con la intención de alimentar sombrías leyendas trasnochadas, desmentidas por los resultados objetivos de la investigación histórica, que la empresa de América ha sido la gran contribución de España a la historia de la humanidad y equilibra con su solo gigantesco peso todas las aportaciones de los otros pueblos a la cultura occidental. «Provocó—dice un historiador—la mayor sacudida histórica que jamás había conocido el Viejo Mundo—durante milenios un mundo mediterráneo—y hasta allí ceñido por las olas del Océano... Porque incorporamos América a la vida occidental pudieron madurar de prisa la ciencia y la técnica de los tiempos nuevos... y pudo cuajar el capitalismo moderno..., ciencia, técnica y capitalismo sin cuya eclosión habría sido imposible la transformación industrial de Europa.» No me resisto a repetir otro juicio del mismo historiador: «Si no hubiéramos hecho ningún otro servicio al mundo, al romper las barreras que aprisionaban la cultura occidental y al crear la gran fuerza vital que ha hecho posible el mundo de hoy, ya habríamos ganado un puesto perdurable al sol de la Historia. Cuando se estudien al por menor... las consecuencias apenas entrevistas del descubrimiento y la conquista española de América..., cualesquiera que sean los nombres excelsos o las magnas creaciones culturales que pueda presentar cada uno de los pueblos de Occidente, no podrán hacer sombra a la aportación de España a la historia europea. Aunque haya necios todavía que no quieren ver en nuestras gestas americanas sino el brutal sojuzgamiento de unas virginales y edénicas civilizaciones... Se olvidarán otras muchas grandes hazañas culturales de los tiempos nuevos..., pero no podrá olvidarse la empresa española allende el mar; habrá dejado huellas imborrables...» Nadie discute hoy tampoco seriamente que la obra de los conquistadores y colonizadores españoles en América fué el fruto de la energía cósmica del hombre español, que venía desbordándose por cuantos cauces se abrían a su paso desde siglos antes que hallase en América teatro maravilloso para sus hazañas. Nadie niega tampoco hoy que la colonización española fué signo eminentemente guerrero y evangelizador. Las conquistas de los grandes imperios americanos, poblados por gentes idólatras y de costumbres bárbaras; la difusión de la fe, de la cultura y del derecho, y la inserción en el orden político de Castilla, no tienen comparación con ninguna de las otras empresas coloniales anteriores o posteriores. Las técnicas y los métodos colonizadores españoles de los siglos XVI al XVIII no tienen nada en común con las empresas coloniales europeas de los siglos XIX al XX, que fueron resultado del imperialismo económico, fruto de la revolución industrial contemporánea. También está fuera de discusión que la política asimilista pero igualitaria de Castilla ha sido única en la Historia universal. Fué una política no colonial; no hizo de las tierras conquistadas «colonias», sino que las tuvo por prolongaciones del solar nacional. ¿Y en Filipinas?

LA ACCION DE ESPAÑA EN FILIPINAS: EMPRESA RELIGIOSA

¿Tuvo la colonización de estas islas por los españoles el mismo sentido que había tenido la empresa de América? Creo que la respuesta exige mucha delicadeza y no pocos distingos. Por lo pronto, habría que decir que en parte sí y en parte no. Coincide en cuanto uno de los motores primordiales de la nueva hazaña fué el mismo: el espíritu guerrero y evangelizador. Pero mientras la empresa americana fué algo así como el resultado natural de la explosión de todas las fuerzas creadoras y fundacionales de los españoles, la conquista, liberación y colonización de Filipinas fué una pieza planeada de un vastísimo plan político y estratégico de la monarquía española de Felipe II, cuando España se hallaba comprometida en la aventura grandiosa y quijotesca de asegurar el catolicismo integral de todos los hombres de Occidente. La corona encomendó al virrey de México la organización de una flota que viniese a ocupar estas islas. Las razones eran complejas, pero muy claras. El viaje de Magallanes había enfrentado a los portugueses y españoles en Oriente. Los portugueses se habían establecido en las Molucas y se dedicaban al provechoso comercio de las especias. Filipinas atrajo en seguida la atención de la corona española, más que por razones económicas, como base que hiciese posibles futuras operaciones militares frente a China y Japón. Estas eran las instrucciones de Legazpi: incorporar a España las tierras que conquistase; quitar a los portugueses el monopolio de las especias y, por último, descubrir el camino de regreso a Nueva España. Filipinas cumplió, pues, desde el principio, una función eminentemente estratégica dentro del plan español. Nunca se miró por España como negocio económico, sino como pieza política y, claro es, como empresa religiosa. Desde el principio hasta el siglo XIX, la administración de Filipinas costó anualmente al erario español varios cientos de millones de pesos. En cambio, era una pieza clave para el enlace con las tierras incorporadas de América. Descubierta por Urdaneta la ruta de regreso a México, se hizo posible el vencimiento del océano Pacífico, el mar insondable que había detenido hasta entonces a los más audaces. Durante dos centurias, el comercio entre China y México se hizo por la ruta que abriera la famosa nave de Acapulco. Con certera intuición del valor estratégico permanente de las islas Filipinas, los virreyes españoles de Nueva España, cuando se les consultaba sobre la conveniencia de conservar o abandonar las islas, respondían que dichas islas eran el «antemural de las

Américas», pues ellas bastaban a impedir el ataque al continente americano desde cualquiera de las posiciones orientales. De abandonarlas, España se vería obligada a defender las costas occidentales de América y a mantener poderosas escuadras en los mares del Sur.

POLITICA DE IGUALDAD ENTRE FILIPINOS Y ESPAÑOLES

El carácter más limitado y la peculiar función política y estratégica de Filipinas en el cuadro del Imperio español han influído notoria y decisivamente en el temple de la colonización española. España no pudo volcarse aquí torrencialmente como en América. Había además dificultades de distancia y la dureza del clima, condiciones que no han podido ser vencidas o suavizadas sino con las maravillosas invenciones técnicas de apenas hace unos decenios. De ahí que la población española del archipiélago nunca haya sido muy numerosa. Eran en su mayoría funcionarios civiles y militares, que volvían luego a España; negociantes procedentes en gran parte de México y que se establecían en Manila, y por, último, religiosos de las grandes Ordenes que asumieron la tarea ingente de cristianizar el país. Tampoco hubo en ningún momento fuertes corrientes migratorias de España a Filipinas, ni hubo, por tanto, lugar a tan intenso cruce de razas como en América, ni a la formación de grupos sociales mixtos como en varios países americanos. Pero en la cuantía que fuese, hubo también un fecundo enlace de sangres de los dos pueblos, y España siguió en Filipinas, como en América, la tradicional política castellana de asimilación e igualación entre filipinos y españoles.

Pero del mismo modo que el respeto a la verdad histórica nos obligaría a consignar algunos yerros, la obra de España en Filipinas tuvo el mismo signo positivo de las empresas americanas en lo que fué siempre nervio y esencia de todas las grandes empresas españolas: la evangelización.

CRISTIANIZACION A LA ESPAÑOLA

Lo que el encuentro de españoles y filipinos tuvo de imborrable y fecundo fué la hazaña estupenda de la cristianización de las Filipinas, una cristianización a la española.

La tendencia a neutralizar los fenómenos religiosos como puros hechos culturales y a ver en la religión uno, entre otros, de los que suelen llamarse valores culturales o valores de cultura, obnubila la mirada para comprender rectamente la significación y la hondura de un fenómeno histórico tan radical como es la «conversión» de un pueblo. Porque se trata precisamente de eso, de una «conversión» («conversio», decía San Agustín; «metanoía», había dicho San Pablo). En la mente cristiana, la conversión y la efectiva cristianización por obra de la gracia representa propiamente una deificación, el depósito en el hombre de una impronta de la naturaleza divina. La inhabitación de Dios en el hombre le otorga una cierta conformación divina en su propia naturaleza. El hombre cristianado, el cristiano, adquiere un hábito radical, una segunda naturaleza, una reconformación estable de su propia naturaleza humana. Cristianamente entendida, la cristianización de las Filipinas vino, pues, a modalizar de raíz el haber temperamental del hombre y de la sociedad filipina prehispánica, modulando sus hábitos y virtudes naturales en sentido cristiano. Creo también que esa modulación, por el hecho de que la cristianización fué obra del catolicismo español del siglo XVI, ha conferido cierta similitud a las virtudes morales y a los hábitos sociales de filipinos y españoles. Los autores filipinos señalan como virtudes principales del filipino prehispánico la bravura o valor personal, la honestidad, la cortesanía, la hospitalidad, el dominio de sí mismo y la solidez de la familia como institución social. Ahí están para ilustrarlo las viejas leyendas filipinas, sus arquetipos humanos ancestrales, el tipo del tirong, la leyenda de Tigmamanukin, la de la Dalaga, el breviario visayo titulado *Lagda*, los cancioneros de amor, las viejas estampas de la vida familiar.

REALISMO ESPAÑOL DE FILIPINAS

Creo que no es difícil advertir la similitud —¿influencia, homología?—con algunas virtudes del hombre español forjadas en la batalla con su áspera tierra natal y su áspero destino histórico. El español acuñó muy pronto un tipo de carácter moral determinado en forma predominante por el honor y la dignidad, sentimientos arriscados e hirsutos, cuya teorética se puede rastrear ya en el *Poema del Cid* hasta verla culminar en el ideal caballeresco del hidalgo, que ha sido siempre—incluso cuando ya había decaído en el resto de Europa—una de las fuerzas decisivas en la vida española. Las leyes del honor, de la lealtad y del valor constituyen una fuerza poderosísima en la ascensión de España durante el siglo XVI. Quien no las tenga en cuenta, no podrá nunca entender cabalmente ni la empresa de América ni la de Filipinas. Tampoco las entenderá rectamente el que no tome en cuenta el tipo de sensibilidad religiosa que caracterizaba a los conquistadores y colonizadores del setecientos. El español de todos los tiempos siempre ha dejado penetrar los entresijos de su vida por una profunda religiosidad. Una fe férvida, y al mismo tiempo, como lo demuestra el fenómeno de lo que suele llamarse el «realismo español», patente en todas sus formas de cultura; una extrema devoción y celo por los intereses temporales. La religiosidad española—honda y ferviente—se ha moldeado en pugna tenaz contra enemigos implacables y ha tenido siempre tono guerrero y militante. No se pelea en vano siglo tras siglo con un enemigo de religión distinta y por la propagación de la fe. España nunca sintió gran emoción ante las empresas bélicas de signo puramente temporal o cesáreo, pero esa misma España se compenetró inmediatamente con las cruzadas carolinas contra el turco. Cristianismo militante y providencialismo en las empresas evangelizadoras de América y Filipinas. Yo veo aquí en Filipinas—¿influencia, homología?—formas de vida religiosa cotidiana que me recuerdan las que he vivido en mi infancia castellana de Burgos, mi ciudad natal, iguales a las de cualquiera de los otros pueblos españoles de hoy y de ayer, con el mismo tipo de devociones entrañables; formas análogas de fe popular ingenua en el patronazgo celeste como las que rezuma la hispana tradición jacobea. La misma inconmovible fe providencialista en la intercesión divinal en nuestras querellas y vicisitudes terrenales. Un catolicismo entero, pugnaz y militante, inmunizado por su propia férvida tensión contra el error y la herejía. Ni la cristiandad hispánica ni la filipina han conocido ni conocerán fácilmente movimientos heréticos de importancia mientras sus resortes no se aflojen.

Me detendría con gusto en seguir la pista a la impregnación de la cultura filipina por la lengua y el derecho hispánicos. Quede para otra ocasión. De la lengua sí he de decir algo, aunque sólo sea por gratitud, para agradecer a Filipinas, a sus hombres políticos y a su Presidente, el admirable celo que con una medida legislativa reciente han demostrado por asegurar la conservación de uno de los grandes bienes de cultura que la presencia de España en estas venturosas islas dejó como legado inestimable: el castellano, una de las lenguas más bellas del mundo, plenamente universal por la riqueza de sus posibilidades expresivas y por su general vigencia en la espléndida gavilla de pueblos que componen el magno cuerpo moral de la Hispanidad, que constituye también para Filipinas uno de los sistemas de posibilidades que la Historia, su pasado hispánico, pone en sus manos.

DOS PREMIOS DE PERIODISMO

LOS ERRORES DE UN OFICIAL MAYOR

Los oficiales mayores están dando que decir y que pensar. Son, por su mandato y cometido, los que tienen todo el arte y toda la parte de las cosas técnicas en sus respectivos Ministerios, Secretarías de Estado que nosotros llamamos, de acuerdo con la palabrería constitucional. Un Ministerio es un servicio que ha de presidir, dando siempre el ejemplo, el que lo administra, y una Secretaría es una cosa separada, una oficina de secretos, de lo que aparta y guarda para sí el jefe y que sólo comunica a sus muy allegados. Secretario de Estado es servidor, pero no sólo, aquí, entre nosotros, del Presidente de la República. La terminología democrática tiene sus significados, que no siempre guardan relación con el decantado amor al pueblo que pregonan los democratoides. Ya sabemos que por el santo horror a la guerra se ha mudado el nombre de la Secretaría o Ministerio que la previene, y, llegado el caso, la conduce, por el de "Defensa Nacional". Esta expresión, de tanto que dice, no dice nada. Porque defensa nacional es la agricultura. Las gallinas ponedoras nos defienden y nos defiende el árbol, así como los lagos y los sindicatos de alijadores del puerto de Veracruz, que prometen redoblar su vigilancia para evitar los hurtos de mercancías. Defensa nacional es el uso apropiado, idóneo, de la lengua castellana. El soldado tiene una vocación de heroísmo y la defensa que hace de la patria es una defensa guerrera, que es tanto más eficaz cuanto que humilla, abate y destruye al enemigo, esto mediante la fuerza y la violencia, por otro nombre, GUERRA. Defensa nacional, amplia y completa, sería poner a cada cual en su lugar. Esta defensa se identificaría con el orden. Y el orden es la paz, la justicia, el derecho, el progreso y la alegría de vivir.

Le tocó su turno ahora al oficial mayor de Economía. Dijo en una de estas Juntas panamericanas, que se efectuó hace unos días en Montevideo que España no tenía que ver nada, absolutamente nada, con la economía de Hispanoamérica. Tienen que ver Inglaterra, Francia, Holanda, pero esto por la razón de que son naciones que poseen territorios en América—vulgo, colonias—, rentas y dividendos, dominio sobre hombres, imperio, en suma. Es verdad que la economía es importante. Sin tener necesidad de aceptar la explicación "racional y exacta" de las estructuras y de las superestructuras, de un bien económico que es fundamento e inspiración, adecuación perfecta, por tanto, del arte, de la filosofía, de las realidades que llamamos del espíritu, hay que convenir en que las riquezas materiales son indispensables, la condición primera de muchas cosas. Los marxistas no han querido ver que primero es la gallina y después el huevo. Se niegan a reconocer que los bienes materiales son, en realidad, de verdad, bienes espirituales. Hay ingenio, inventos, audacia, en los forjadores de bienes. Y la misma injusticia, dado el caso de que el rico asiente su poder en la esclavitud de los demás, en el robo y en las malas artes, es una realidad espiritual, aunque negativa, en desacuerdo con la razón, y, por lo mismo, con la moral.

La América española representa un bien, o, por mejor decir las cosas, un conjunto de bienes materiales. Estos bienes materiales, de suyo, y puesto que están al servicio de naciones concretas, propenden a separarnos. Somos, en general, productores de las mismas materias. El café nos debería poner en competencia. Inspirado cada productor en su propio interés, debería buscar su propia conveniencia. Y así podría decirse de los productos minerales, del azúcar, de los cereales, de las carnes y cueros, de muchas otras cosas. De hecho, y respecto de intereses tanto materiales como espirituales, hemos vivido separados. Con todo, buscamos la unidad. Hallamos esa unidad en una convivencia de tres siglos, en los comunes orígenes, en la formación intelectual que nos dió el ser, en la lengua, en la religión, en la conciencia histórica, en la comunicación que nos hizo España de la civilización europea. Y todos los pensadores, todos los literatos, todos los estadistas, no sólo nos hablan de la unidad, sino que nos instan a reforzarla y ampliarla y a de veras practicarla. Los acercamientos son frecuentes. Cada vez más activos y más profundos. España y el mundo hispánico son una cosa única, son una humanidad, una modalidad universal de la especie, una verdadera civilización. No se trata de color de la piel ni de un localismo que por orgullo queremos elevar al orden de internacional. En lo español cabe todo y en América caben todos.

¿Por qué entonces este oficial de primera, el primero de los oficiales de la Secretaría de Economía, quiso excluir a España de América? Ni siquiera tiene razón en lo económico, materia que parece ser de su competencia. Porque América está llena de colonias españolas activas, que están siempre presentes en los negocios. México posee un capital español de consideración. El español no es extraño a ninguna de las actividades económicas. Los refugiados trajeron su competencia en muchas disciplinas, su deseo de rehacer su vida, su afán de trabajar y de forjar una fortuna. Infinidad de ellos lo han logrado. Los mexicanos los alabamos y les agradecemos que su contacto con México, que su amor a nuestra patria, que sus esponsales con nuestra tierra, se hayan llevado a efecto mediante el trabajo. Los viejos residentes han manifestado en todo tiempo las bellas calidades de España, su fe inquebrantable en los destinos comunes, su conciencia de ser vehículos, instrumentos dóciles de la grandeza española; su compenetración con el medio, su espíritu vigilante.

Inglaterra, Francia, Holanda, tienen un pedazo de tierra americana, y en ese pedazo de tierra, súbditos. España, respecto de sus nacionales, los que viven en la América española, no tiene relaciones de soberana. Los españoles, españoles y todo, son americanos, y las leyes que los gobiernan son las de aquí, nunca las de allá. Los capitales españoles, las relaciones comerciales que guardan estos capitales con los de España, los viajes multiplicados de hispanoamericanos a la antigua metrópoli y de españoles a Hispanoamérica, manifiestan a la clara una realidad económica que no quiso ver el señor oficial mayor de la Secretaría de Economía.

España, vistas las cosas a la luz de la Historia y de los hechos de ahora, es una cosa especial. Entre España y nosotros, los americanos, no puede haber el mismo trato internacional que pueda haber con otra nación. Formamos una comunidad. Y quieren los mejores que esta comunidad penetre los intereses económicos y nos hagan en ellos más solidarios los unos a los otros. España es una potencia americana, y esto no porque posea colonias (Guayanas y Belices, islas en las Antillas y en los mares del Sur). Lo es por una historia común que es parte, y principal, de nuestras nacionalidades, y que los pensadores quieren robustecer haciendo que tome en lo presente otras modalidades, diferentes de las políticas, que fueron de dependencia. El mundo hispánico es una unidad de cultura, la cual, para ser más completa, y fuerza es que lo sea, pide la comunidad de muchos intereses materiales, comunidad en que ha de campear la conveniencia mutua. El "Te doy para que me des" se ennoblece en este caso con la práctica de la fraternidad.

MUNDO HISPANICO se complace en reproducir hoy para sus lectores estas dos estupendas muestras literarias en defensa de la causa hispánica. Publicados en México, ambos artículos han sido ya refrendados por sendos galardones. "El día de la unidad hispánica", de María de Jesús Indart, ha merecido el Premio Club España, y apareció por vez primera en el diario "Excelsior". Jesús Guisa

JESUS GUISA Y AZEVEDO

EL DIA DE LA UNIDAD HISPANICA

EL Día de la Unidad Hispánica, celebrado con un gran desfile en las calles más céntricas de Nueva York, es una rotunda afirmación de hispanidad; revela que existe una vigencia sustancial de realidades históricas y sociológicas de nuestros pueblos iberoamericanos; que la idea de hispanidad no es una fórmula ni un artilugio, sino un hecho tangible, menospreciado quizá en algún momento, pero tan sólo transitoriamente, porque el nexo hispanoamericano no es un producto exclusivo de la política, de un interés calculado, de la conveniencia oportunista, sino una tradición sanguínea, de

y Azevedo, de la Academia Mexicana de la Lengua, ha obtenido el Premio de Periodismo Club España con este excelente artículo: "Los errores de un oficial mayor", publicado en la revista "Hoy", y que hoy pasa también a nuestras páginas. Con esto queremos subrayar la importancia, ya consagrada, de estas firmas, y la clara intención de sus autores, en la vanguardia de nuestros fraternos ideales.

recio entronque. Es ya un tópico hablar de esa tradición, pero es interesante recalcar algunos puntos. Con el descubrimiento de América y su total conquista, quedaron destronadas las culturas autóctonas y fueron suplantadas por un nuevo mundo político, administrativo, religioso y cultural, sobre valores completamente distintos. La más fuerte de estas instituciones nuevas fué el cabildo que, de norte a sur, creó la Corona para estructurar al Nuevo Mundo, y al mismo tiempo para dar personalidad a los núcleos nacientes; para «ajuntar» a las fuerzas vivas que, sin cauce, componían dichos núcleos. El ayuntamiento es el que legalizó, por decirlo así, las relaciones del hombre con el suelo, con el lugar, y creó la ciudad como entidad distinta, como ente supraindividual, y dió sentido de común destino, de comunes intereses, de «comunidad» política, idiomática y de sangre, a los que, andando el tiempo, son hoy los Municipios americanos. Las guerras de independencia destruyeron los cabildos, y fué precisamente en los cabildos en donde se forjaron estas guerras de independencia. Las noveles repúblicas nacieron arrulladas por una nana criolla mareada de racionalismo, en una atmósfera cultural artificiosa. El trasplante de ideas francesas a una mentalidad secularmente hispánica fué, como dice F. Tamayo, «una verdadera desmoralización mental». Quedó paralizada toda actividad creadora, y América—Hispanoamérica—fué una lejana colonia intelectual francesa. Después el auge norteamericano esparció su influencia practicista, dando la última pincelada en el lienzo caótico de la vida y el pensamiento iberoamericanos.

¿Y dónde estaba entonces España? Muy lejana, envuelta también en el desorden, trabajada por idearios comunistas, y a no ser por la clarinada de 1936, habría sucumbido en la orgía roja. Su cruzada fué vilipendiada por intereses ajenos y malintencionados, que tejieron al trama y la urdidumbre de la difamación política más injusta de nuestro tiempo, que confundió y desvió el sentimiento y la conducta de la mayoría de los pueblos hispánicos, acentuando así la desconexión operada hacía un siglo y, sobre todo, manteniendo la espesa cortina negra del distanciamiento y la malevolencia.

Sin embargo, la restauración, el estrechamiento de los lazos de unión, en forma viva y real, tenían que producirse por su propia virtud y en un momento tan oportuno cual es el de la defensa de los valores que constituyen la razón de ser de su supervivencia: los religiosos y espirituales. Porque entre América y España no sólo existe la tradición histórica, los orígenes comunes; hay otra razón, de hermandad, basada en el sentido ecuménico, universal, de nuestros pueblos, que en los tiempos modernos sigue una línea profunda, una línea filosófica, una línea permanente, de nuestra civilización cristiana e hispánica. Es el pensamiento del padre Vitoria, es el pensamiento de todos nuestros grandes pensadores, es la idea de hermandad de todas las razas. Por eso un ilustre madrileño pudo decir: «Nosotros, los españoles, nos enorgullecemos de nuestro pasado, nos enorgullecemos de nuestra sangre india, nos enorgullecemos de nuestro pasado árabe.»

Por el sentido ecuménico y universal de España se ha formado América, y, sobre todo, por el espíritu cristiano, y que es el único que puede salvar a la humanidad en una hora tremenda de egoísmo, en que los pueblos cierran sus fronteras y se niegan a oír toda voz que no sea la de sus propios resentimientos y conveniencias. La espléndida manifestación de unidad hispánica que México tuvo el honor de encabezar pone de relieve el hecho insoslayable de que, más allá de nuestras amadas intangibles y soberanas realidades nacionales, existe una realidad sobrenacional, una comunidad ideal, una potencia moral, aquella por la cual lucharon Isabel la Católica y Simón Bolívar, aquella que vaticinó Rubén Darío, aquella que queremos llamar nacionalismo hispánico con misión universal. Los Estados Unidos del Norte, al presidir oficialmente el desfile, han demostrado que reconocen esta potencia que encarna la hispanidad: han palpado que existe un patriotismo hispanoamericano. Nuestra generación tiene el grave destino de encarnar en hechos políticos, en realidades del mundo actual, lo que hasta ahora tenía la forma de un sueño, un sueño de poetas y visionarios. Para ello, si es necesario, debe enfrentarse al imposible —como los conquistadores y libertadores se enfrentaron al imposible de su tiempo— y realizar la magna tarea de restaurar la unidad del mundo hispánico y hacer de Hispanoamérica la nueva patria de la juventud y el equilibrio, el faro de la fe y la libertad, el último refugio del humanismo y la caballería. Hispanoamérica (España y América) debe elevarse otra vez a instrumento de historia universal, encontrando la alianza de la libertad, la justicia y el respeto a la sagrada dignidad del hombre, en un estado instrumento a la vez de Dios, de la nación y del pueblo.

MARIA DE JESUS INDARTE

Asunción y sus poetas

POR JUSTO PASTOR BENITEZ

Miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, del Instituto de Investigaciones Científicas Fernández de Oviedo, de Madrid.

Miembro correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico Brasilero, de la Academia Nacional de la Historia de la Argentina, de la Academia de Historia de Venezuela, del Instituto Histórico del Uruguay, de la Academia de Historia de Bolivia, del Ateneo de Letras y Artes de Cuba, de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

Miembro del Instituto de Derecho Internacional Americano, de la Sociedad de Derecho Internacional de la Argentina, de la Academia de Derecho Internacional con asiento en Montevideo.

Miembro de la Academia Carioca de Letras.

Miembro del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas.

ASUNCIÓN tiene ángel. Recostada sobre siete colinas, ribereña, ha hecho historia. Su destino es accidentado, fecundo y fluente como su río epónimo. Vientre y ubre de la conquista, fundó ciudades que hoy le superan. De sus entrañas salen expresiones espirituales como el beato Roque González de Santa Cruz, el apóstol de las Misiones, y déspotas enormes, como el doctor José Gaspar de Francia, una especie de Felipe II de la selva y sin fervor religioso.

Tres etapas capitales de su acontecer se hallan marcadas por poetas. Su fundador fué el castellano Juan de Salazar y Espinosa, que escribía bellos romances y cuya vida misma fué un poema. El paladín de la revolución de los comuneros (1720-1735) fué el doctor José de Antequera y Castro, de la ilustre familia Henríquez, que, entre otras composiciones, dejó escrito un hermoso soneto en la pared de la cárcel de Lima, donde fué ejecutado. El jefe de la revolución emancipadora (15 de mayo de 1811) era el brigadier Fulgencio Yegros y Ledesma, que en la prisión a que le redujo el dictador componía coplas y seguidillas de puro saber hispánico.

Contra el dictador circulaban, como murciélago al amparo de la noche, coplas maldicientes. Se había clausurado el Colegio Carolino, donde se formaba la juventud. Entonces el tiempo se paró a dormir bajo el alero asunceño, aguardando la aurora.

La lira asunceña enmudeció más de medio siglo. En el largo silencio de la dictadura sólo se escuchaban sones de arpa y vibraciones de guitarra, instrumentos que el paraguayo maneja con voluptuosidad.

Después de la asoladora guerra de 1864-70, vibró la lira de Victorino Abente y Lagos, murciano, a quien se le debe incluir, porque los españoles nunca fueron extranjeros en el país. Nunca se los llamó «gringos» ni «godos» a Ramón de Zubizarreba, ilustre jurista, primer rector de la Universidad; ni al padre Bienes y Girín, que enseñó a tres generaciones el buen castellano; ni a Eugenio Bordas, profesor de idiomas; ni a Viriato Díaz Pérez, polígrafo, director de la Biblioteca; ni a Rafael Barrett, nacido en Algeciras, pensador y estilista, que escribió *El dolor paraguayo*. Es que la impronta hispánica penetró hasta los tuétanos. Y el primer paraguayo fué Domingo de Irala, creador de la nacionalidad, remoto ascendiente de José Antonio Primo de Rivera.

Asunción nunca fué aldea, pueblo ni villa. De la Casa Fuerte edificada, en el propio sitio que ocupaba la capitalidad de los carios, el 15 de agosto de 1537, pasó a la categoría de ciudad en 1841 por obra de Irala. Tuvo entonces su cabildo, catedral y escudo: dos castillos amurados. El cabildo resumió su historia durante tres siglos, fué su ara, su foro; la catedral le señaló la ruta misional de cristianizadora del Río de la Plata. Ilustró el escudo que le otorgó Carlos V con la hazaña, la derrota y el sufrimiento. Patrono de la conquista fué proclamado San Blas, el de la capa colorada; pero su protectora es la Virgen de la Asunción, con manto azul de idealidad, ansia de espacio celeste.

Al despuntar el 900 aparece Alejandro Guanes, *primus interpares* de armoniosa estrofa. Un modernista, pero no rubeniano. Una de sus composiciones celebradas, *Las leyendas*, evoca los clásicos caserones de la Asunción, donde había nacido:

Caserón de añejos tiempos, el de sólidos sillares,
con enormes hamaqueros en paredes y pilares,
el de arcaicas alacenas esculpidas, ¡qué de amores,
qué de amores vió este hogar!
El que sabe de dolores y venturas de otros días,
estructura singular,
viejo techo ennegrecido, ¡qué de amores y alegrías
y tristezas vió pasar!

Los poetas españoles que tuvieron más repercusión, en este ambiente acústico pero cerrado, fueron Gustavo Adolfo Bécquer y Federico García Lorca. Ignacio Pane se muestra seguidor del primero en *Beatriz*. Pero las mejores becquerianas fueron escritas en guaraní, como *Añoranza*, de Marcelino Pérez Martínez; las de «Arimolatanzo», seudónimo de Silvano Mosqueira, así como la traducción de *Las golondrinas* por él mismo.

En el período posmodernista descuellan dos asunceños: Pablo M. Insfran, de recia contextura, humanista, al que un crítico llamó de «talento macho». Produjo algunos sonetos logrados, el canto *Al hombre, La parábola de la selva,* y se refugió en su cátedra de Filosofía en Texas. A Insfran le ocurrió lo mismo que a don Fulgencio M. Moreno, el ilustre historiador de Asunción, que colgó la lira chispeante para coger la péñola y defender el Chaco como abogado de la patria.

LA PARABOLA DE LA SELVA

La selva me confió todo el secreto
de su muda elocuencia.
Sentí, como en un templo abandonado,
bajo las amplias bóvedas agrestes,
la sugestión austera del silencio.
Columbré en la oquedad húmeda y vasta
de la maraña virgen, la compleja
ligazón objetiva que aprisiona,
como un tramo fatal, nuestras acciones.
Y recordé el patético episodio
de aquel pobre viajero que, una tarde,
ya próximo a las lindes de una selva,
después de una jornada fatigosa
bajo el sol calcinante de los trópicos,
sediento se encontró; y en la esperanza
de hallar alguna fuente bienhechora
donde aplacar la sed, resueltamente
se internó en la espesura. Pero en vano
rondó entre las malezas y los árboles;
no descubrió la fuente; hasta que el negro
y aleve cortinaje de la noche
las frondas envolvió con sus tinieblas;
y quedó el extraviado caminante
preso en la soledad y el desamparo...

La vida es una selva, a la que vamos
sedientos de verdad, en la esperanza
de hallar alguna fuente caudalosa
donde aplacar la sed. Pero, ignorantes
de que la noche artera se avecina,
notamos con terror que en esa selva
nos aguardan también, como al viajero,
protervas e incongruentes asechanzas;
que nuestros propios actos, con ser nuestros,
se ven supeditados a un designio
subconsciente, fatal e inalterable;
y que, como al viajero de la fábula,
nos ha de sorprender la noche adusta
con nuestra indecisión siempre invencible,
con nuestras esperanzas siempre estériles
y con el mudo espanto de que somos
juguetes del misterio y de quién sabe
qué confabulación de las tinieblas,
fijo en nuestras inmóviles pupilas.

Ostenta el título de poeta de la ciudad Francisco Ortiz Méndez. Como él, se enorgullecen de ser asunceños Amado Jesús Recalde, el padre Manuel Gamarra, de estrofas broncíneas, y H. Sánchez Quell, que versifica motivos populares.

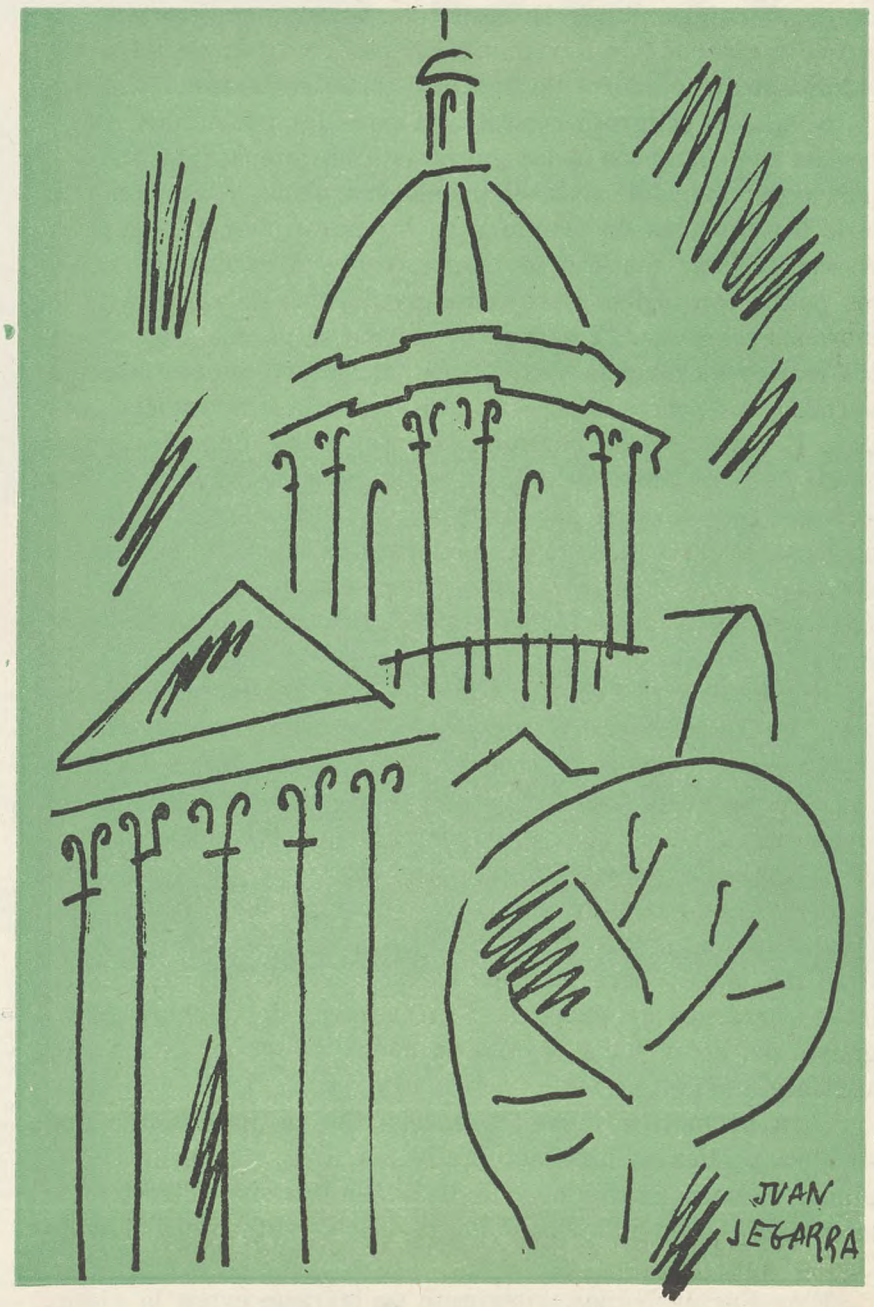
Pero el auténtico juglar de pura cepa asunceña es el manso, lírico e impoluto Vicente Lamas:

ASUNCION

Virgen india dormida en la leyenda
milagrosa de un sueño,
Mbaé-verá-guazú resplandeciente
que idealizara un imposible anhelo,

te presintió, opulenta en tu belleza,
el genio aventurero
de los recios varones de Castilla,
hombres de escudo y corazón de fierro,

que un día hasta las faldas florecidas
de tu vigía, el lambareño cerro,
trajeron la simiente de otra raza
y la divina luz del Evangelio.



Vinieron sin más arma que su audacia
por la ruta perdida del misterio,
trayendo como norte y como guía
el ideal destello de un lucero.

En tu nombre simbólico palpita
un futuro soberbio:
asumir y ascender, tal el destino
que traza el poder mágico del verbo.

Te acuna el río manso, tu Poeta,
con arrullos eternos,
y abraza tus rodillas su homenaje
azul, humilde y bueno.

Su canto sempiterno es un poema,
una plegaria, un rezo
que susurran las olas melodiosas
en la ondulante música del ruego.

En el teclado azul del río entona,
y en las flautas del viento,
el órgano profundo de la selva
un poema sinfónico y soberbio.

Dos adolescentes líricos, Heriberto Fernández y Raúl Battilana de Gásperi, floraciones modernistas, desaparecieron prematuramente, como dos sinfonías inacabadas.

La tradición capitalina, la emoción del pasado familiar, la sustancia de la vida hogareña, han sido evocadas por una hermana de Vicente, la señora Teresa Lamas de Rodríguez Alcalá, autora de *Tradiciones paraguayas*, cantadas en versos de pasión violenta por Dora G. de Acuña y en estrofas de suave fragancia por Serviliana Guanes de Brugada, hija del eximio don Alejandro, de barba y corazón nazareno.

Rivalidad peligrosa constituyen para los poetas que escriben en castellano los aedas guaranísticos, intensos de lirismo, porque en guaraní canta el pueblo sus penas y sus amores, bajo las ramadas de jazmín o en los naranjales perfumados. Asunción tiene matices sevillanos, con sus casonas amplias, los patios con aljibe y las ventanas floridas de claveles y de morenas salerosas. El paraguayo mismo se parece a su ancestro ibérico en muchas costumbres, en las diversiones como la verbena, las procesiones, el catolicismo y la intolerancia política. En las clásicas barriadas de San Blas, San Francisco, la Merced, la galopa es bailada por radiosas morenas, de peinetones, con clavel en las trenzas y colorida pollera. Estamos en Carabanchel. La música folklórica tiene el fondo español del cante *jondo*, de la bulería, cuyos ritmos han recibido el estilo melódico de José Asunción Flores, creador de la Guarania.

Hondo penetró Federico García Lorca, porque al paraguayo le impresiona más Granada que Versalles.

La selva comenzó a florecer. Aparecieron Herib Campos Cervera, Augusto Roa Bastos, Hugo Rodríguez Alcalá, Elvio Romero y Néstor Romero Valdovinos, que han dado categoría al parnaso, que en el pasado no tuvo más expresiones ponderables que Alejandro Guanes y Eloy Fariña Núñez. Son poetas de sentido social y forma moderna; al parecer, artífices del jazpe; pero por esas venas corre sangre arterial y laten corazones de protesta. Son cantores del hombre paraguayo, del dolor y del orgullo de haber nacido en esta tierra ardiente.

Otra promoción juvenil asunceña que se hace sentir por su obra poética se halla integrada por J. L. Appleyar Urdapilleta, Gómez Sanjurjo, el ágil Rubén Bareiro, director de la revista *Alcor*, y Carlos Villagra, adolescente poeta civil de timbre áureo.

Eloy Fariña Núñez, intérprete de la raza, evoca la ejecutoria asunceña:

¡Asunción, la muy noble y muy ilustre,
la ciudad comunera de las Indias,
madre de la segunda Buenos Aires
y cuna de la libertad de América!
Prolongación americana un tiempo
de las villas forales de Castilla,
en las que floreció la democracia
de que se enorgullece nuestro siglo.
En pleno absolutismo de Fernandos,
en tus calles libróse la primera
batalla por la libertad; el grande
y trunco movimiento comunero
te tuvo por teatro; el verbo libre
de Mompo anticipó la voz vibrante
del cálido Moreno; el sol de mayo
salió por Antequera.
¡Arrodillaos, opresores todos!
¡Compatriotas, entonad el himno!

TRABAJOS PUBLICADOS

1.—*La causa nacional. (Antecedentes de la guerra del Paraguay.)* Asunción, año 1919.
2.—*Jornadas democráticas.* Asunción, 1924.
3.—*Ensayo sobre el liberalismo paraguayo.* Asunción, 1932.
4.—*Bajo el signo de Marte. (Crónicas de la guerra del Chaco.)* Montevideo, año 1934.
5.—*La vida solitaria del doctor Francia.* Buenos Aires, 1937.
6.—*Los comuneros del Paraguay.* Asunción, 1938.
7.—*La ruta.* Asunción, 1939.
8.—*Estiganibia, el soldado del Chaco.* Buenos Aires, 1942.
9.—*El solar guaraní.* Buenos Aires, 1947.
10.—*Temas de la cuenca del Plata.* Montevideo, 1948.
11.—*Carlos Antonio López.* Buenos Aires, 1948.
12.—*El mirador de un exilado.* Buenos Aires, 1948.
13.—*Bajo el alero asunceño.* Río de Janeiro, 1953.
14.—*Páginas libres.* Asunción, 1956.
15.—*Evolución social del pueblo paraguayo.* Buenos Aires, 1956.

Opúsculos: *Martí*, Río (1953); *La Convención de 1870*, Asunción (1931); *La Constitución de 1870*, tesis para el doctorado en Derecho y Ciencias Sociales.

OPORTUNIDADES COMERCIALES

APIDYK, la mejor fórmula de la jalea real. Laboratorios Dykinson. Calle Meléndez Valdés, 61. Madrid (España).

•

ADMINISTRACIONES, INVERSIONES en España. Estudio, control, evisiones, etc. Referencias profesionales y morales a satisfacción. E. P. Vallejo (economista). Demetrio de los Ríos, 1. Sevilla (España).

•

PERROS DE PASTOR ALEMAN. Pura sangre. Pedigrée oficial. Adolfo Coñiño. Cruz, 25. Madrid (España).

MADRID FILATELICO. La mejor revista mensual para filatélicos. Suscríbase. Príncipe, 1. Madrid (España).

•

LASO, GESTORIA OFICIAL. Administración, venta fincas toda España. Exportación. Representamos a extranjeros en todo asunto en España. Laso. General Ricardos, 23. Madrid (España).

•

PARA VENTA de «christmas» y grabados de España monumental necesitamos representantes en todos los países. Ediciones JHERR. Velázquez, 124, Madrid (España).

★

Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de MUNDO HISPANICO, Alcalá Galiano, 4. Madrid. Tarifa: 5 pesetas por palabra. Tratándose de suscriptores, bonificación del 25 por 100.

Suiza, el país de los deportes de invierno

Las estaciones suizas deportivas de invierno han preparado para usted un brillante programa de atracciones, de veladas en los hoteles y de competiciones deportivas.

No falte a la cita. Elija entre 117 estaciones, 5.300 hoteles y 165 telesquís.

Para informes:

OFICINA NACIONAL SUIZA DEL TURISMO

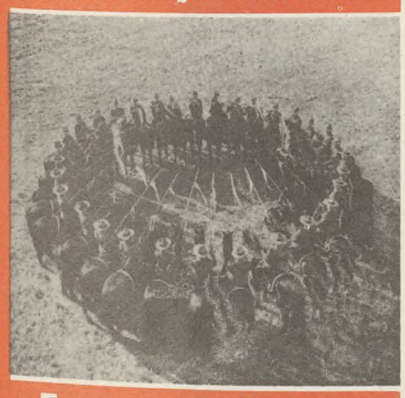
ESPAÑA:
Avenida José Antonio, 84. 1.º
(Edificio España) Madrid

PORTUGAL:
Avenida da Liberdade, 158-A - Lisboa

AMERICA DEL SUR:
Florida, 935 - Buenos Aires

Suiza

CANADA
UNA MONARQUIA AMERICANA



Fernando Olivié
EDICIONES CULTURA HISPANICA

MARAVILLOSA BOLIVIA, por Ernesto Giménez Caballero.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Ambos Mundos». Madrid, 1957.—21,5 × 14,5 cm.—188 páginas.—65 ptas.

Ricardo Pattee
EDICIONES CULTURA HISPANICA

La pluma audaz y moderna de Ernesto Giménez Caballero nos descubre una Bolivia «maravillosa» de tradición histórica y de realidades positivas. Producto de su inquietud observadora y analista es este libro sobre tan hispánica nación como es Bolivia, a la que Giménez Caballero califica, con su espíritu sutil y acertado, de «clave de América».

HAITI, por Ricardo Pattee.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Pueblos hispánicos».—Madrid, 1957.—21 × 15 cm. 448 págs.—149 ptas.

Viajero infatigable, catedrático en diversas Universidades de Europa y de América, Ricardo Pattee ha vivido más de veinte años en Haití. Producto de sus observaciones constantes durante este largo período de tiempo, dirigidas por su carácter meticuloso y culto, es este libro, que estudia profundamente cuantas inquietudes históricas, sociológicas, internacionales, culturales, literarias, pedagógicas y religiosas ha sentido esta República antillana, mucho más unida a nuestro sentir hispánico de lo que solamente por el estudio de su historia pudiera deducirse.

CANADA, UNA MONARQUIA AMERICANA, por Fernando Olivié.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Varios».

(Pasa a la pág. 50.)

Vacaciones invernales.
El clima más seco y suave del Mediterráneo.

Hotel Carlton
LUJO
ALICANTE
TELEFONO 63 00 - DIREC. TELEG.: CARLTONHOTEL

Hay que enderezar la futura hoja de la espada. A golpes de martillo, precisión y fuerza, la tira rudimentaria de acero queda a punto para la forja.

Derecha: La lámina de acero se corta a la medida. ¿Quién pensaría, viendo el material ennegrecido, en la brillante hoja en que se convertirá?

ESPADEROS Y DAMASQUINADORES EN TOLEDO

Por JOSE ANTONIO DE VILLAJOS
Fotografías: BASABE

HAY dos ruidos inconfundibles que caracterizan a Toledo. Al viajero recién llegado a la ciudad somnolienta que recorre en las primeras horas de la tarde de un día cualquiera sus calles abrumadas de sol y de historia, le es imposible distraer la atención de los dos sonidos que en uno y otro barrio y en cualquier calleja semidormida le asaltarán. Es uno el «taptap» persistente de los damasquinadores. El otro, más que un ruido, es un rumor. Más que un sonido, un murmullo, una cantilena ahogada entre piedras, la canción del Tajo que abraza la roca. Desde cualquier plaza un poco silenciosa—¿y qué plazoleta hay en Toledo que no lo sea?—puede percibirse el sordo rodar del río.

A estos dos recuerdos auditivos se une otro visual, que desde el primer momento, nada más llegar a la antigua plaza del Zocodover, asalta al forastero. Este es la visión de las espadas en los escaparates de las tiendas típicas toledanas. Espadas nobles como la de Boabdil o la de Isabel la Católica, reproducidas en mil tamaños; puñales brillantes, pesadas dagas o moriscas gumías.

Y las causas que producen estos recuerdos están unidas. Sin las aguas del Tajo, imposible conseguir ese temple único de las armas toledanas. Sin el «taptap» del damasquinador, difícil obtener las maravillas de los aceros enjoyados con hilo de oro.

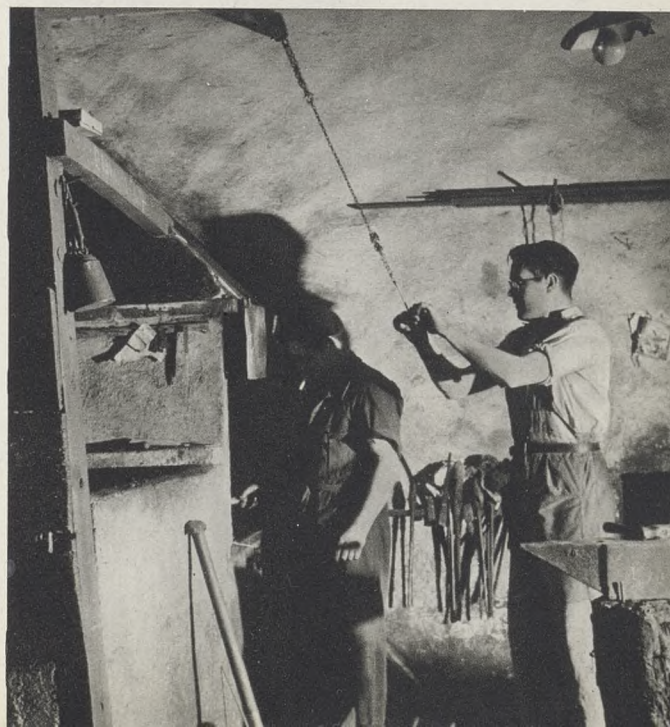
De antiguo le viene a Toledo la tradición espadera. Ya en el siglo II de nuestra era llegaba a Roma la fama de sus armas y los legionarios romanos buscaban codiciosos apropiarse de las espadas de dos filos que salvajemente manejaban los bravos iberos.

Durante siglos se ha mantenido inmutable la reputación de los artesanos. Pero este gremio de espaderos, un tiempo numeroso y bien avenido, atravesó una época—principios del siglo, tiempo de desidia y abandono—en que estuvo a punto de desaparecer. Actualmente vuelve a cobrar nuevo vigor la tradición y, una vez más, continúan saliendo de las fraguas las hojas duras y bien templadas. Alguno más de media docena de espaderos existen en Toledo. Y de ellos el decano es Vicente Bermejo.

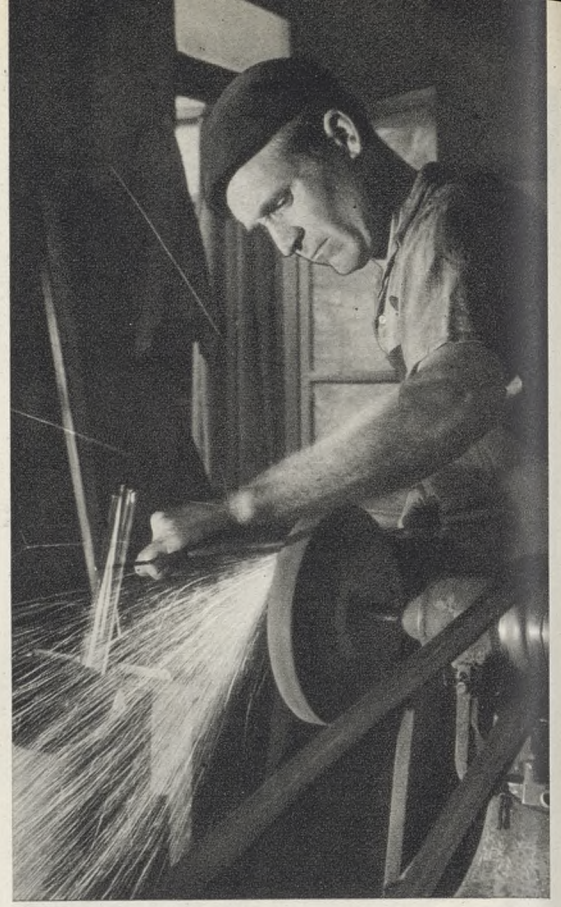
VICENTE BERMEJO, ESPADERO

Vicente es viejo y menudo. Tiene los ojillos grises o azulados y los guiña desesperadamente, como queriendo sustraer la mirada a Dios sabe

En la fragua la hoja adquiere «color de hígado», el indicado para tomar el temple. El obrero acciona convenientemente el gran fuelle que aviva el fuego.



Todavía otra operación para asegurar el perfecto templado: pasar por la hoja un cuero empapado en aceite. Es una especialidad del señor Bermejo.



La cascada de chispas desprendidas del acero va asegurando los filos. Hace falta un buen operario, seguridad y tacto para que el trabajo no se malogre.

A la izquierda: El temple. Aceite y agua. Agua del Tajo, que hace «dar varios tajos a las espadas».

Ahora ya está la «tizona» concluída. Hoja, cazoleta, arco y empuñadura se ensamblan y constituyen el arma, orgullo de la espadería toledana.

Un trabajo delicado: la preparación de la cazoleta.

qué reflejos. Salpica la conversación con un «¿Comprende?» a modo de muletilla, que más quiere decir «¿Me expreso bien?» que duda sobre la capacidad de comprensión de su oyente. Vicente Bermejo lleva años, muchos años, trabajando el acero.

—Desde los catorce, ¿sabe? Yo entré a trabajar en la fábrica de los Garrido como aprendiz. Y ahora tengo setenta y dos.

Pero entre una y otra edad, de catorce a setenta y dos, son cincuenta y ocho años; hay un largo paréntesis de vicisitudes, de trabajo, de angustias económicas y, por fin, de triunfo. Cuando estalló la primera guerra mundial, nuestro hombre, como el resto de los obreros, fué despedido de la fábrica en que trabajaba. Las fronteras estaban cerradas y no había salida para las piezas. Y Bermejo, incapaz de hacer otra cosa que espadas, se estableció por su cuenta. Arriesgadamente. Era el único en la ciudad. Tenía que salir a los puertos a ofrecer su trabajo admirable. Sólo tenía con él un aprendiz... y casi le sobraba. Ahora tiene veintiocho oficiales.

El viejo Vicente sigue utilizando los mismos procedimientos que hace siglos. Apenas si ha habido cambios en el arte de la fabricación de espadas. El no quiere saber nada de nuevos métodos de laboratorio, analizando los aceros empleados y el calor adecuado a cada uno para mejor templar.

—Nosotros lo calculamos ya por la costumbre. Cuando el acero sale de la fragua en disposición para ser sumergido en el aceite, se le pone color de hígado. Primero probamos con un trocito de metal y luego lo hacemos con la pieza. Yo puedo saber, sólo con el tacto, si el trabajo está bien hecho.

Sólo con el tacto. Cincuenta y ocho años dedicado a su oficio artesano bien pueden darle la cátedra.

El taller está ennegrecido por el humo de la gran fragua, fuelle que acciona el mancebo. Tres, cuatro yunques, reciben las hojas al rojo, que los oficiales golpean rítmicamente. ¡Clin, clan! ¡Clin, clan!

—¿Por qué no quiere utilizar otros procedimientos más modernos?

—¿Para qué? No es necesario. Las espadas que salen de este taller son tan buenas como las mejores. En aquel cacharro hay agua del Tajo para sumergirlas en el momento de dar el temple. Y usted ya sabe:

Con agua del Tajo templada
dan varios tajos las armas.

Estos son leyendas que se escriben en las hojas de las espadas. Vicente sabe más:

No me saques sin razón
ni me envaines sin honor.

Cuando esta víbora pica
no hay remedio en la botica.

Y más y más.

—¿De dónde las saca usted? ¿Se las inventa? Se pone serio.

—Esto no puede inventarse. Yo lo sé... porque sí..., de toda la vida.

Toda la vida para Bermejo son sus cincuenta y ocho años de fragua. Para él no hay otra cosa. Desconoce la importancia que en los siglos XVI y XVII alcanzó el gremio de espaderos toledanos, que gozaban de privilegios reales y franquicias. No sabe que una calle de Toledo, la de las Armas, se llama así porque en aquella época todos los armeros, o al menos los más importantes, estaban concentrados en ella. Había entonces más del medio centenar y cada uno tenía sus partidarios. Todos ponían su marca, como firma de garantía, en las espadas que forjaban. Sobre las paredes colgaban las afiladas hojas, plantillas de acero, puntas de lanza, espuelas... Y las fraguas, y los yunques, y las piedras de amolar. Tres, cuatro o cinco siglos que Bermejo resuelve y concentra en sus cincuenta y ocho años de oficio. Cincuenta y ocho años. Esa es toda la vida para el viejo Vicente. ¿Y para qué más? Su taller no difiere en nada del de cualquier otro de hace trescientos años. Del de Nicolás de Hontuño, o el de Juan Martínez, o el de Antonio Ruiz, que obtuvieron el título precioso de «espadero del rey». Aquellos bizarros artesanos se pasaban el oficio tradicionalmente de padres a hijos. Y la gente los conocía, para diferenciarlos, agregando al nombre el apelativo de «el Viejo» o «el Mozo». Alonso de Sahagún «el Viejo», Alonso de Sahagún «el Mozo». Y Giuseppe de la Hera, que fundó una familia de artesanos espaderos mantenida hasta los bisnietos. De esto no sabe nada Bermejo. Pero conoce mejor que nadie su trabajo. Sabe bien que para afilar la hoja se precisa un buen obrero, porque la espada podría calentarse y el temple se perdería.

Cuando le pregunto si le gusta que su único hijo continúe en el oficio, me mira sorprendido.

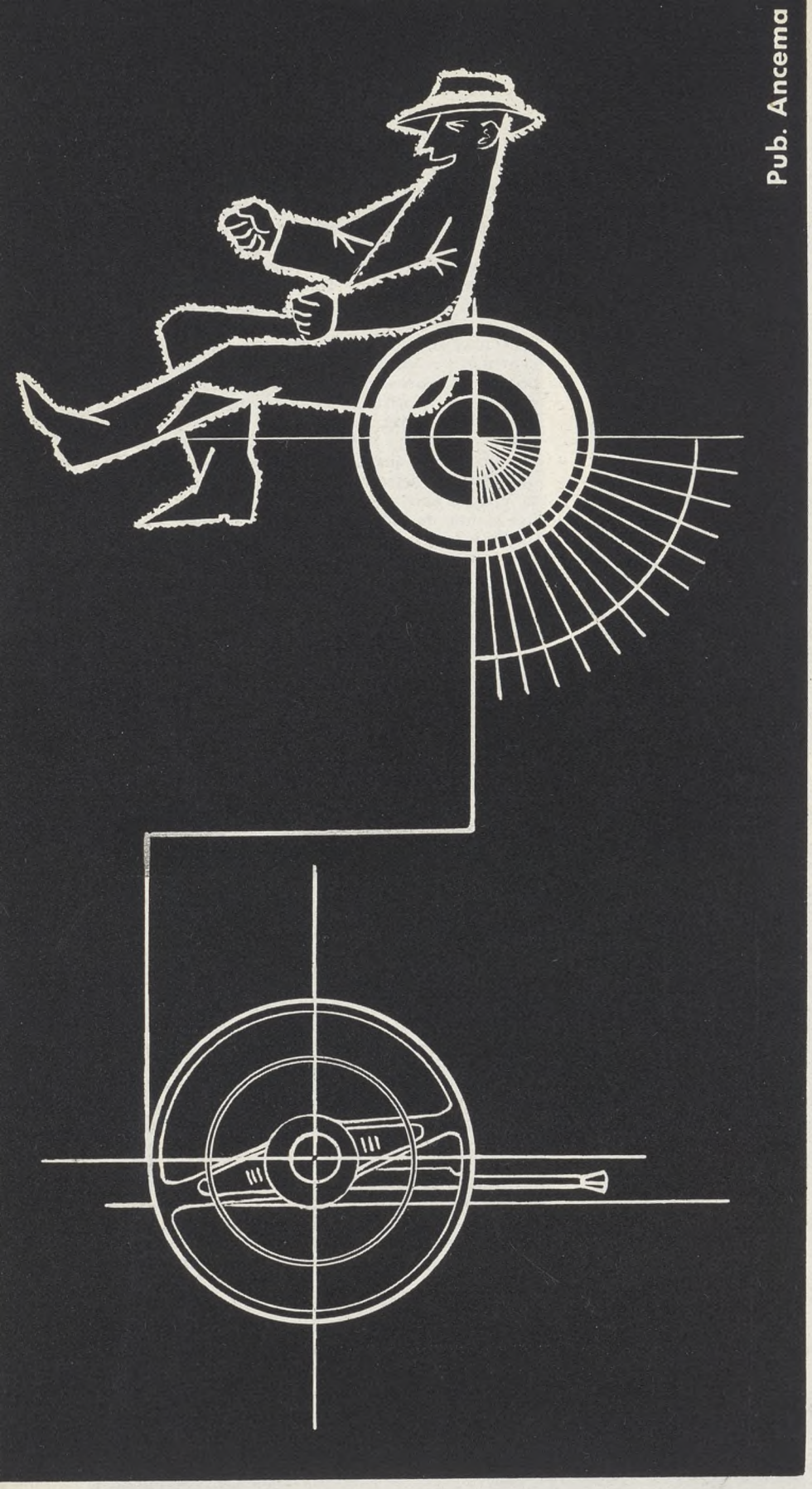
—¿Cómo no me va a gustar? Piense que toda mi vida he trabajado en ello. Mi juventud, mi madurez y...—la conjunción queda colgada en el asidero de los puntos suspensivos; el señor Vicente se resiste a llamarse «viejo»—, he estado dedicado exclusivamente a la espadería. Este taller lo he levantado yo con mi esfuerzo.

Subimos a una pequeña sala, donde, en una vitrina, se muestra una colección completa de espadas. Allí están, reproducidas a tamaño natural, la de Isabel la Católica, la de Boabdil, una serie de dagas y un tipo de espada del siglo XVIII, de hoja fina y cazoleta amplia protegiendo el puño, un tipo de espada al que caprichosa y anacrónicamente denominan «tizona».

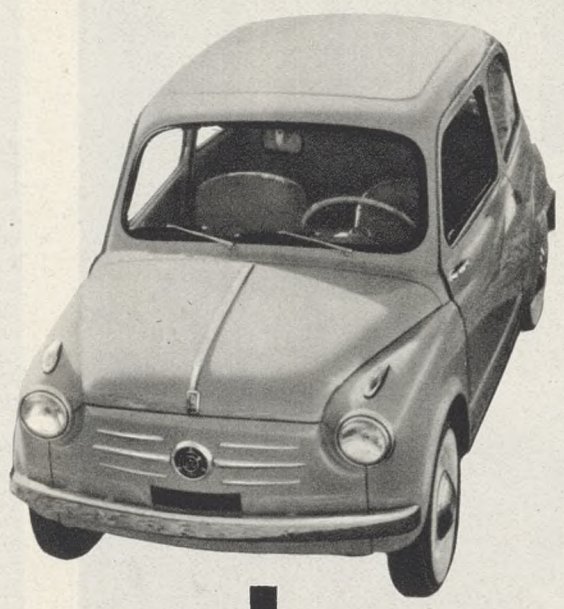
Le alabo la pequeña colección. Bermejo me habla de la que posee la Fábrica Nacional de Armas. Aquélla sí es una colección completa. Un verdadero museo, en el que están recogidas copias de las espadas de muchos célebres guerreros y monarcas.

—Y todas de tamaño na- *(Pasa a la pág. 53.)*

Y ahora el grabado. El artista va dibujando, diríamos amorosamente, con un finísimo pincel mojado en barniz, sobre la hoja, las filigranas, sierpres, ojivas o figuras geométricas que hacen una joya del arma.



Pub. Ancema

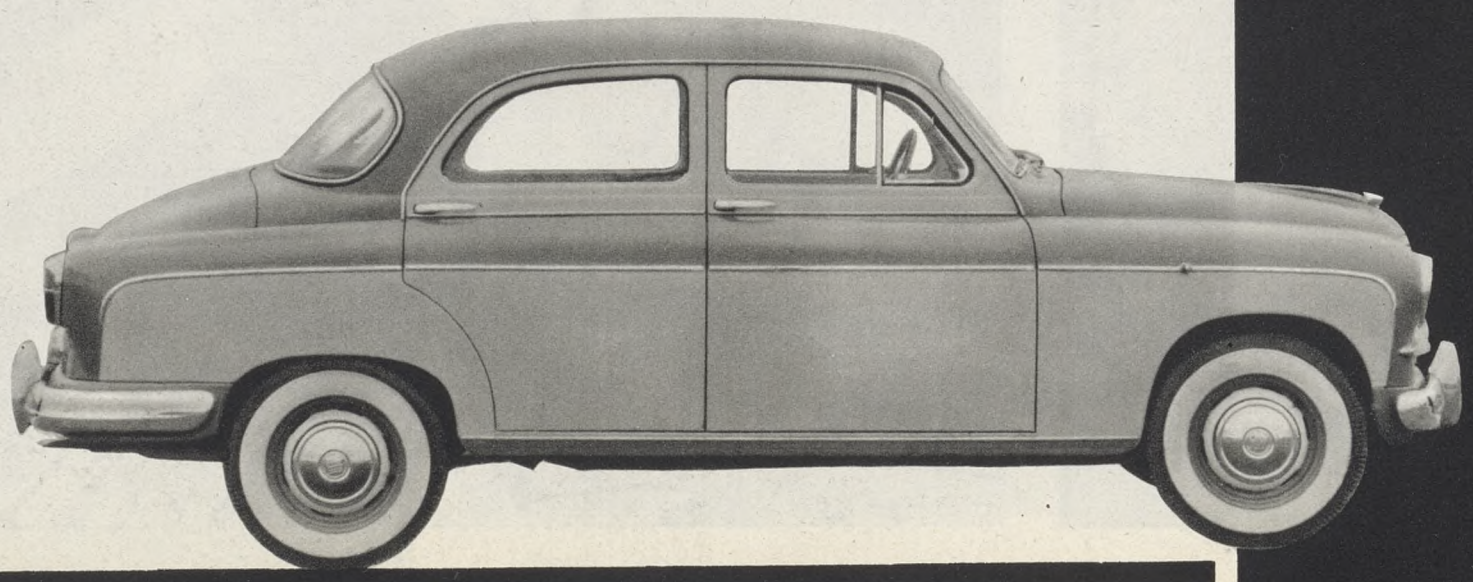


MODELO 600

SEAT

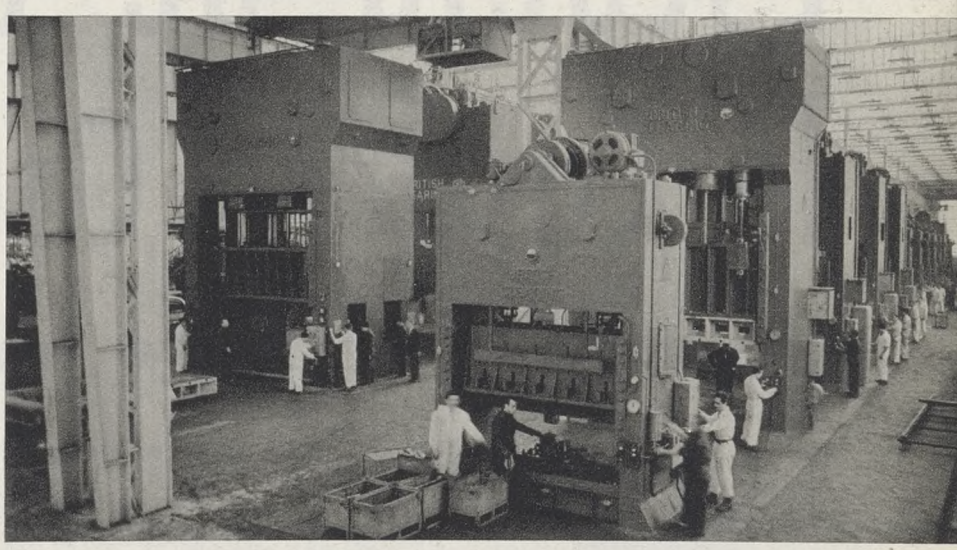
Picassa

1400 DE LUJO



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AUTOMOVILES DE TURISMO, S. A.

FACTORIA: ZONA FRANCA - BARCELONA
DIVISION COMERCIAL Y DE ASISTENCIA TECNICA: VALDERRIBAS, 75 - MADRID



AL SERVICIO DE HISPANOAMERICA

Sí, es noble el deporte de la equitación. Y es bello el paisaje de la madrileña Casa de Campo, a la vera del río Manzanares, que se ensancha orgulloso al entrar en Madrid. Pero es sobre todo punto sugestivo el clima de distinción que se respira en el Club Hípico con la presencia de las gentiles amazonas.

Escuela de equitación en la Casa de Campo madrileña

Un noble deporte en el más bello paisaje

Por MANUEL - FERNANDO AREVALO

Hasta ahora nunca bajó de 30.000 pesetas la entrada, con sus pingües mensualidades en proporción, inasequible a la masa española, para ser socio de cierto «Country Club» madrileño dedicado a los caballos y a la equitación.

El aval de dos personas honradas y la exigua cuota mensual de 30 pesetas es lo que cuesta ahora ser socio del Club Hípico, que en esta actualidad hispánica inicia su vida en la Casa de Campo de Madrid.

Con este requisito, la mejor y más alta riqueza social, por estas 30 pesetas nada irritantes, incluso al alcance del universitario sin beca, toda la juventud de Madrid, incluídas féminas de edad indefinible que desean afinarse la línea, van formando ya el contenido humano de esta democrática y eficaz sociedad hípica, que por las condiciones envolventes de su nacimiento vendrá a ser muy pronto una de las más completas del mundo.

Tales circunstancias tienen una base bien firme y los resultados de un desarrollo evidente.

El Club nace en el seno de otra realización cercana, que también trae su propia fuerza trascendente para la economía y el agro español: la Escuela Nacional de Recría, Doma y Entretenimiento de Caballos y Equitación.

Era una triste realidad que en un país como España, de tan gran raigambre histórica, de tal volumen y prestigio en caballos, padreadores de medio mundo—desde el «pur sang» inglés al «mustang» de Texas y el «cimarrón» de la Pampa—, la cría, recría, la doma posterior y, en lo alto, la doma sabia, todo venía de capa caída a un ritmo excesivo en relación con los tiempos, ciertamente motorizados. Y esta tristeza crecía cuando se observaba a las masas españolas, siempre muy entendidas y aficionadas (criticaban los caballos de Velázquez y el pintor los corregía), desplazándose hacia nuevos espectáculos deportivos como simples mirones.

Sin embargo, a todo español le consta que el caballo es inapreciable en su agricultura, por la orografía española, por la falta de combustible

Desde «poneys» para niños, clases depuradas para técnicos, jacas tranquilas para las señoras que gustan del noble ejercicio de la equitación y... conservar la línea, depósito de caballos para su cuido y doma, hasta la alta escuela, los saltos y la preparación internacional, en lecciones de diez a cuarenta pesetas la hora. Este es el secreto a voces del flamante Club Hípico de Madrid. Abajo vemos a la duquesa de Alba, gran aficionada a los concursos hípicos, efectuando un limpio salto.

en el susbsuelo del país y, en último caso, en una guerra defensiva. Pero la capa caída no cesaba de resbalar.

Faltaba algo. Ese algo, preocupado, concéntrico e impulsor, lo cubre la Escuela Nacional recién creada.

LOS TRES FINES DE LA ESCUELA

El citado Club es sólo una rama. El tronco, la Escuela. Esta avanza hacia tres importantes objetivos.

1.º Formación de mayorales, especialistas, jefes de explotación capaces de dirigir un establecimiento equino del modo más técnico, económico y eficaz.

2.º Recría, doma, educación, cuidadoso entretenimiento y revalorización de potros y caballos de los ganaderos y propietarios españoles o hispanoamericanos que lo deseen, facilitándoles a precios mínimos desde los piensos hasta unas instalaciones y servicios ejemplares.

3.º Enseñanza hípica, del aprendizaje a la más alta escuela, para toda persona que desee practicar la equitación hasta su máxima capacidad, fomentando con ello que se aficionen a este deporte de un modo tan económico que alcance la mayor extensión.

PARA LA FORMACION TECNICA

Las enseñanzas de la Escuela serán teóricas y prácticas en aulas, picadero y granjas. Cada 2 de octubre, 7 de enero y 26 de marzo comienzan tres grupos de cada especialidad.

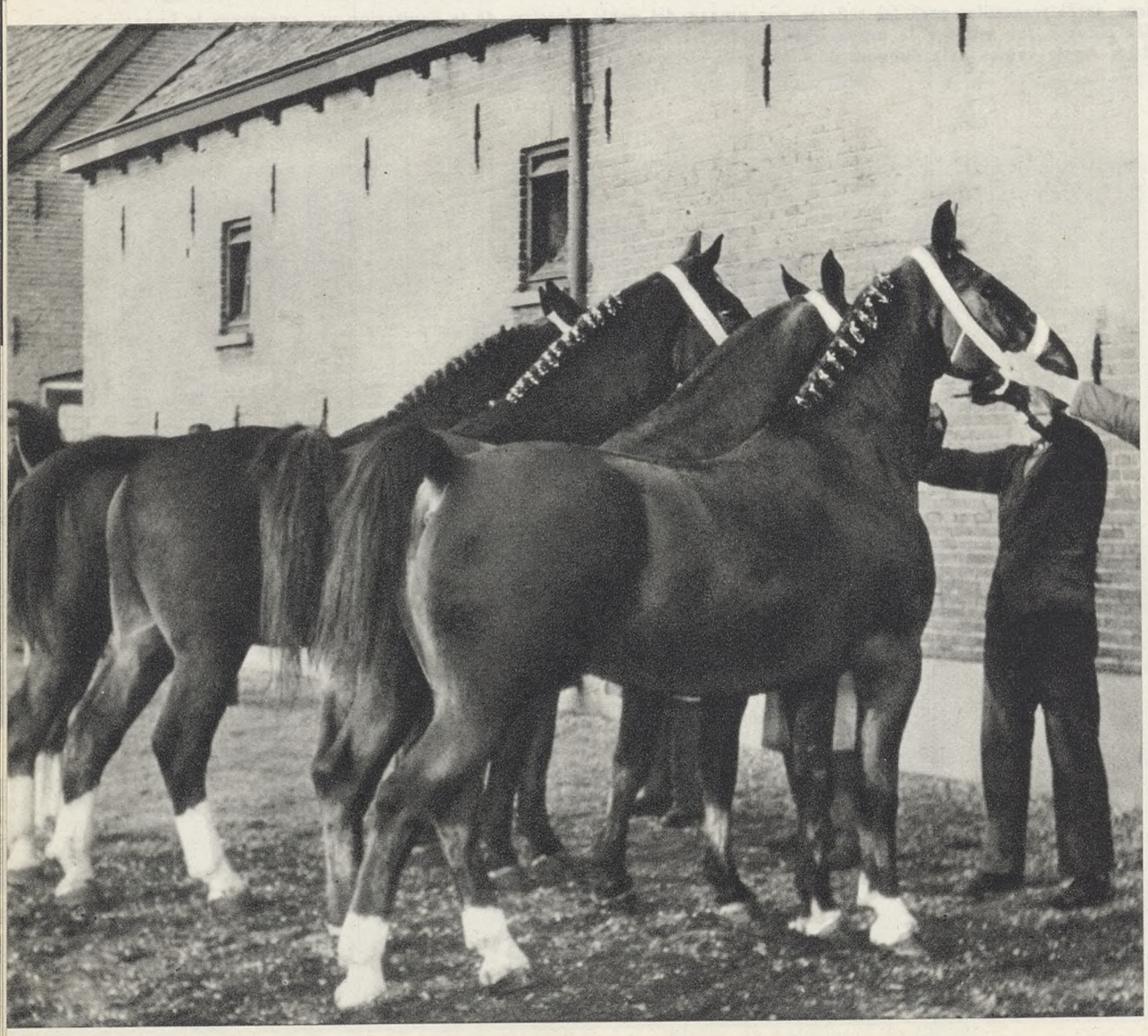
Con esto queda en vías de solución el problema de la carencia del personal técnico preciso para el cuido y auge del caballo español.

PARA EL GANADERO

Hasta ahora, el dueño a quien le nacía una potranca, luego del destete, había de bregar con

Arriba: He aquí un estupendo caballo hannoveriano llevado al trote corto de la escuela española.

Abajo: Lote de espléndidos caballos de tiro, tan cotizados en el mundo por su eficaz rendimiento.



los pastos, con los piensos, con la recría hasta los cuatro años, con la doma, con intentar venderlo y con el chalán que por fin se lo llevaba por cuatro cuartos camino de cualquier parte.

Hoy la Escuela recría en una finca de Villaverde al potro recién destetado, luego le doma e incluso le «da» alta escuela. Todo esto es tan barato y revaloriza al potro de tal modo, que muchos de los dueños de cuadras famosas de carreras que luchan por las divisas para comprar en el exterior acudirán aquí.

PARA EL FOMENTO DE LA AFICION HIPICA

Como también el Club es formativo, hay enseñanzas teóricas, prácticas y concursos sociales.

Con un cuadro de profesores de la categoría pedagógica e hípica de Gavilán y Alba, la Escuela está dirigida nada menos que por don Carlos Kirkpatrick, una de las máximas autoridades españolas en equitación y varias veces campeón olímpico en esta especialidad.

El hispanoamericano que viene a Madrid, el «gato» que pasea por la Gran Vía, no tienen más que subir en la célebre plaza de España a un tranvía que lo lleve hacia la Puerta del Angel. Pasado el Manzanares, a la derecha, por la primera puerta de la Feria trienal del Campo, se llega a la Escuela, bajo los pinos y ante el inmediato paisaje onduloso, arbolado y velazqueño de la Casa de Campo. Por las pistas, picaderos y exteriores se ve montar a la inglesa, a la andaluza; se ve saltar y prepararse para concursos; se ve la doma y la alta escuela, los entrenamientos para carreras de velocidad, de resistencia... En tandas o aislados, pasan jinetes a caballo hacia el horizonte, pasan «poneys» con lindos niños que desdeñan ya el caballo de cartón y señoras tranquilas que desean pasear un poco por deporte, otro por charlar y algo por adelgazar...

En fin, la clase más barata—cerca de una hora—vale diez pesetas.

Respirar aire puro, practicar este noble y emocionante deporte, y en un marco tan singular y apto para su función, hacen del Club Hípico de Madrid que ya en su nacimiento venga aureolado del espléndido porvenir que le espera y de su categoría mundial.

M.-F. A.

CABALLOS A GALOPE

Por ANTONIO DE ZUBIAURRE

LLEGAN caballos. La arena está sola.
Blancos. La playa los siente llegar.
Cruzan, cometas, al viento las colas.
Huyen, son ríos; se crecen, son mar.

Arboles puros, castísimas olas,
nieves rodantes del alto pinar,
nubes, banderas que el día enarbola,
humos que el viento destrenza al pasar

Brisa, son brisa los blancos corceles.
Y alza la orilla sus roncos tropeles,
rompe en las aguas un hondo bramar.

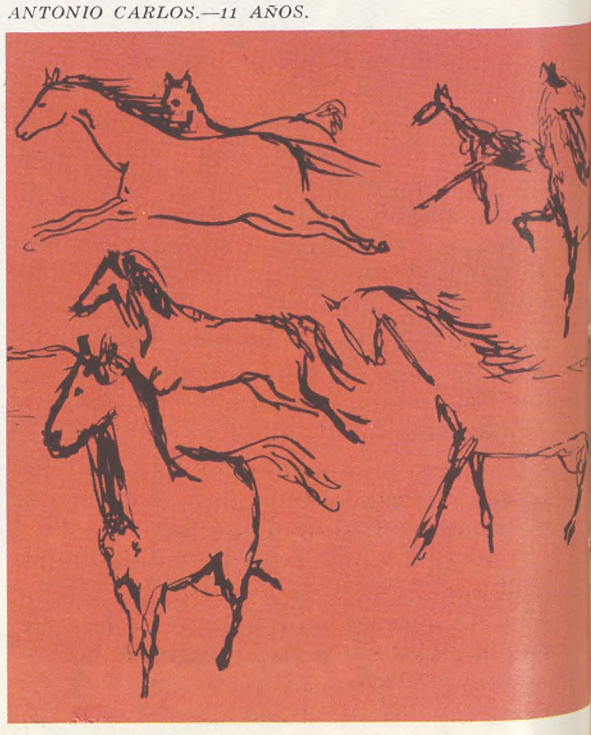
Toros de espuma se embisten, se topan.
Ellos galopan, galopan, galopan...
Toros de espuma les ven galopar.

CLAUDE.—11 AÑOS.

MARCIA.—12 AÑOS.

DORIS.—5 AÑOS.

ANTONIO CARLOS.—11 AÑOS.



LAS "ESCOLINHAS DE ARTE DO BRASIL"

Por LUIS GONZALEZ ROBLES

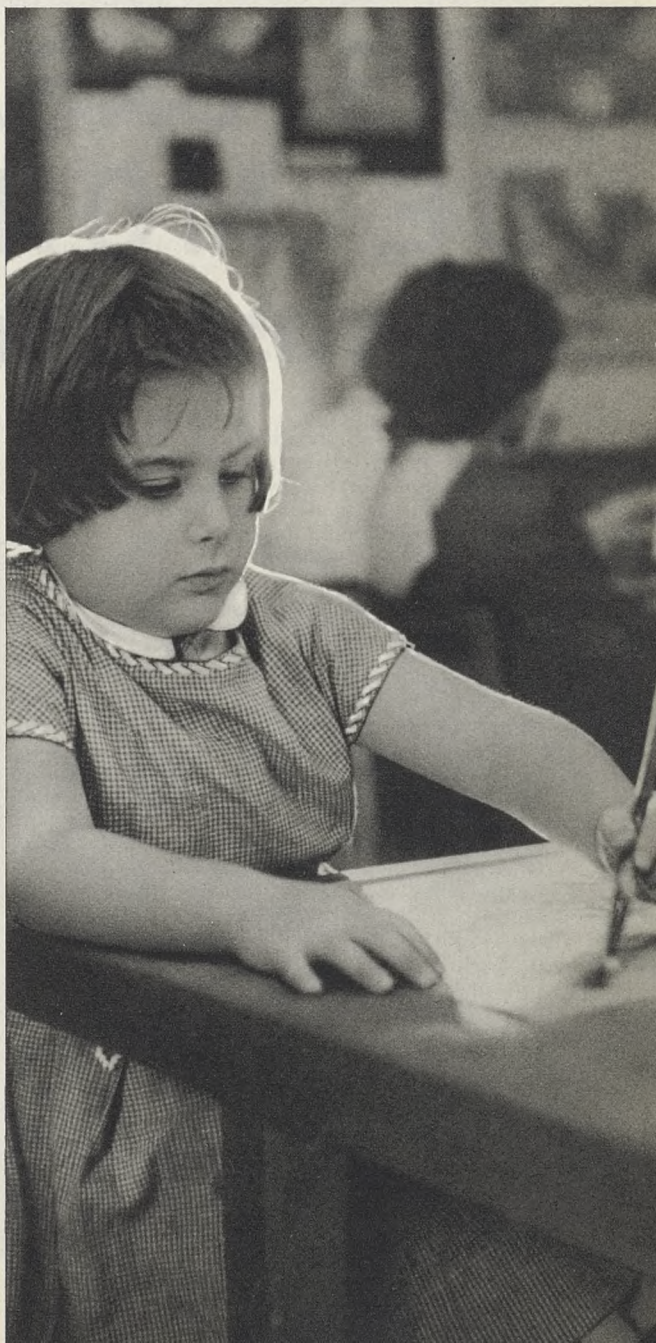
Con motivo de mi reciente viaje a Río de Janeiro, con la exposición española a la IV Bienal de São Paulo, he podido apreciar la gran labor que realiza una institución que no dudo en calificar de única entre todos los centros mundiales dedicados a la enseñanza y conservación de las artes plásticas. Me refiero a las Escuelas de Arte Infantil brasileñas (Escolinhas de Arte do Brasil).

Esta entidad privada, fundada en 1948 por la educadora doña Cordelia Moraes Vital, y cuya dirección ostenta un hombre inquieto y valiosísimo, don Augusto Rodríguez, ha alcanzado un desarrollo tan inmenso en la nación americana, que hoy día cuenta con importantes escuelas en Recife, Pernambuco, Porto Alegre y Belo Horizonte, aparte de la central de Río.

Es de admirar esta nueva experiencia que ha revolucionado los métodos de educación estética del niño, permitiendo a éste la libertad necesaria para que dé rienda suelta a su instinto creador. Así, como dice el mismo Augusto Rodríguez, «gracias a esta garantía, el niño podrá, a través de medios todavía limitados, experimentar y, lo que es aún más importante, encontrar sus propias soluciones en una forma coherente de expresión».

Y no solamente se limitan las Escolinhas de Arte a la formación artística de los niños, sino que también realizan una gran labor de especialización del profesorado que ha de conducir al niño en sus obras de pintura, grabado, dibujo y modelado o en sus afecciones artísticas de otra índole: teatro de marionetas, sombras chinescas, etcétera.

Por aquí han pasado profesores becarios de todos los Estados brasileños y también de la Argentina, Uruguay, Perú, Chile, Paraguay, Venezuela. En cuanto a la proyección de la obra realizada basta consignar que, aparte de las exposiciones periódicas de fin de curso, las Escolinhas de Arte han organizado, con trabajos de sus alumnos, exposiciones en París, Roma, Londres, Lisboa, Panamá, Chile, Tokio y Florencia. Dentro de unos meses Madrid presenciará esta realidad gracias al Instituto Brasileño de Cultura Hispánica, que va a enviarnos una completa muestra de la labor de esta bella empresa.



Grupo de viviendas para obreros del ilustre prelado peruano monseñor doctor Gustavo Kosling: un hombre que, según confesión propia, desde hace algunos años ha dejado de creer en la eficacia de las palabras. Del diluvio de palabras en un desierto de ideas. «Soy incrédulo en el campo de la retórica: soy periodista.»

LAS CASAS PARA OBREROS DE MONSEÑOR KOSLING

ENTREVISTA CON EL ILUSTRE PRELADO PERUANO

Nos recibe con afabilidad, en su residencia de San Isidro, el ilustre prelado peruano monseñor doctor Gustavo Kosling. Su figura es esbelta, pero sus modales son llanos y sencillos, como los sencillos obreros con los que trata frecuentemente. Monseñor Kosling es un hombre dinámico, que habla con calor y actúa con cierta vehemencia. Va directamente «al grano» de la entrevista. Es un fino humorista. Lo demuestra al decirnos que el entrevistado, cuando es periodista—como en este caso—, suele hacer él las preguntas, de tal manera que él ha dicho lo que ha querido decir y no lo que han querido preguntarle.

—Soy un hombre que desde hace algunos años ha dejado de creer en la eficacia de las palabras —dice—. Soy incrédulo en el campo de la retórica. ¡Y conste que soy periodista!, pero un periodista que no cree o cree poco en las palabras. ¡Hay tantas! Muchas. Diluvios de palabras. Conferencias. Muchas conferencias. ¡Muchos proyectos! ¿Y las realizaciones? Las pocas que hay nos dicen que somos charlatanes, habladores, como los alumnos que escriben composiciones con un diluvio de palabras en un desierto de ideas. Para que usted no se dé el trabajo de preguntarme, me preguntaré a mí mismo.

»¿Por qué no creo en las palabras?

»Simple y llanamente, porque las pueden emplear *todos*, inclusive los "vendedores de baratijas". El mundo está aplastado por toneladas de papel escrito...; vive sofocado, aplanado por las infinitas conferencias..., y se debate en un mar de proyectos, muy buenos algunos y dignos de llevarse a cabo, pero la mayoría se parecen a castillos en el aire. El cuadro del mundo sería otro si se transformasen algunos siquiera en realidades. ¡Realidades necesitamos! Soy un escéptico frente a las "buenas intenciones". Estas no son suficientes..., que de buenas intenciones está tapizado también el infierno...

Aquí interrumpí las fogosas y sustanciosas sentencias del prelado, y le dije:

—Pero he oído que usted es un magnífico orador y un estudioso empedernido.

Antes que yo pudiera hacer mi pregunta, monseñor Kosling añadió:

—Entreveo su interrogatorio. ¿Cree usted opuestos el orador y el estudioso al realizador? No son forzosamente el orador y el estudioso individuos que se pierden en la maraña de las palabras. Ellos saben llegar y llegan a las realidades. Hay que superar la etapa de las palabras y entrar en el campo de las realizaciones. Así, por ejemplo: se habla de justicia social a troche y moche. Todos, como *magister dixit*, como doctores en Israel, sentencian en esta materia. Los *petit-maître* abundan. Todos son predicadores de la justicia social. Todos han leído las resmas de papel emborronadas con las más variadas y extravagantes tesis sobre justicia social. Es una bandera que agitan todos, y al decir todos—añade monseñor Kosling con cierta sonrisa—incluyo a los políticos y también a los demagogos. ¿Cuándo dejarán de *hablar* de justicia social, para *hacer* justicia social? Para *practicarla*, porque la justicia social no es ningún curso de bufete, sino una regla, una *pauta de vida*. ¡Basta ya de justicia social de folletín! ¡Basta ya la agitación política oportunista, que se agazapa detrás de reivindicaciones sociales justas! La política, según mi criterio, nada tiene que ver con las conquistas de la justicia social. Si se vinculan, no son siempre «puras». Los que *hablan* de justicia social son muy parecidos a los fariseos e hipócritas, que el Señor, en el Evangelio, califica de «raza de víboras» y «sepulcros blanqueados»... Veo, mi querido amigo, que me estoy convirtiendo en predicador, y no faltará quien diga que es natural «que un cura predique». Sí, es natural que se predique; pero debe cuidarse de no ser «un predicador del diablo», que predica a sus feligreses que hagan lo que dice, pero no lo que hace..., método de algunos teorizantes de la justicia social.

—¿Cómo enfoca usted la justicia social?

—Desde un punto de vista cristiano y práctico. No miro a través de ningún cristal político, porque la justicia es un principio eterno; en cambio, la política..., ¡cuánto cambia!, ¿no es verdad? En el campo de la justicia social pueden guiarnos el Evangelio y las encíclicas papales. La Iglesia no fué solamente la primera en determinar la doctrina tocante a las auténticas reivindicaciones sociales, sino la primera expositora de la práctica de las mismas y la primera creadora y realizadora de una verdadera justicia social. Solamente los ciegos dominados o por doctrinas políticas nihilistas o por un fanatismo iconoclasta que desconoce los principios regidores de la moral cristiana, o por una demagogia individualista o partidista, ignoran las grandes realizaciones de la Iglesia en el campo de las reivindicaciones de las clases desheredadas. Sólo los *minus habens* no se dan cuenta de la obra realizada y que realiza la Iglesia.

Momento de la bendición de las nuevas viviendas de monseñor Kosling. El cuadro del mundo sería otro si se transformasen tantas promesas, tantas conferencias y discursos, en algunas realidades. «¡Realidades necesitamos!», ha dicho el ilustre prelado. «No nos bastan las buenas intenciones; de ellas está tapizado el infierno.»

—¿Y en el Perú?

—Como en otras partes, dedicamos mucho tiempo a *hablar*. Pero, hay que decirlo enfáticamente, aquí *hemos realizado* mucho más que en otros países que no han superado aún la etapa de la palabrería...

—Y usted, ¿cómo resolvería los problemas?

—Apartando a los charlatanes primero, a los interesados luego, y finalmente a los individualistas y resentidos. Hecha esta labor de «despeje», hay que crear proyectos realizables y poner las soluciones en manos de hombres maduros, sensatos, generosos y, sobre todo, «de acción». Los proyectos deben ser pocos—que la multiplicación diluye—y bien estudiados, que la improvisación es sinónimo de fracaso. Proyectos, y muy buenos, los tenemos por toneladas...; realizables, muy pocos. Realizaciones, aunque imperfectas, son menester.

—¿Y su eminencia trae entre manos algún proyecto?

—¿Proyecto? No..., no..., no... Una realidad. Los enérgicos y repetidos «no» son como dardos lanzados por el prelado, y rápidamente rectifico y pregunto:

—¿Cuál es, eminencia?

—Lo que estamos haciendo es una *aplicación práctica* de las doctrinas sociales de la Iglesia, especialmente entre los obreros. Es, en su género, la primera que se realiza en el Perú, y es, creo, una avanzada, de la que debe enorgullecerse nuestra patria, la que cuenta en la actualidad con un grupo de hombres embargados por una verdadera inquietud social realizadora. Lo que traigo entre manos es una obra vastísima, cuya simple exposición requeriría muchas páginas, y éstas hay que evitarlas, porque largas páginas no se leen. La obra por realizarse se ubica en el populoso y popular distrito de Surquillo. Para ser exacto, en la calle de San Felipe, junto a la unidad escolar Tomás Marsano, a dos cuadras de la avenida Panamericana. En un terreno —cuyo propietario no nombro, por temor de ofender su profunda modestia y quebrantar una promesa de silenciar—de seis mil metros cuadrados se levantará una obra, que consta de dos partes principales: primera, una parroquia obrera modelo, y segunda, una unidad de barrio obrera. La parroquia obrera, llamada Cristo Obrero, en la popular barriada, ha sido señalada por nuestro ilustre y querido arzobispo de Lima, eminentísimo señor don Juan Landázuri R., hombre de amplia visión social y sacerdote de desbordante celo pastoral. El prelado limense es realmente un «padre de los pobres», y de ello puedo dar fe por haberlo visto en no pocas oportunidades darse a los menesterosos. Los locales de la parroquia Cristo Obrero, que cubrirán un área de más de dos mil metros cuadrados, que fueron generosamente obsequiados al arzobispo de Lima por una donante de profundas convicciones cristianas y animada por un auténtico espíritu de cooperación, constan de: *a*) casa parroquial (vivienda y oficinas) para dos sacerdotes del clero secular nacional, que serán destacados oportuna y especialmente y con preparación específica para regir la parroquia obrera modelo; *b*) auditorium para funciones, reuniones, catequesis, sindicatos, recreaciones, ágapes, etc.; *c*) el templo o iglesia, y *d*) patios al aire libre para juegos, campeonatos y otros.

—¿De qué consta la unidad de barrio?

—Consta de un centenar de casas para obreros. Son viviendas hechas con ma- (Pasa a la pág. 52)

Monseñor Kosling pronunciando su discurso—que si él ha dejado de creer en las palabras, es, sin embargo, un gran orador—en el acto de bendición de la primera piedra de un nuevo grupo de viviendas.

LOS GRANDES ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

JOSE CAPUZ

Por FRANCISCO POMPEY

Siguiendo el ritmo de mis simpatías por un cordial contacto con los países hermanos de Hispanoamérica, el pintor que escribe se ha dirigido hoy al estudio de un maestro de la escultura española, José Capuz, para ofrecer a los lectores de Mundo Hispánico unas notas como modesto homenaje al gran artista valenciano.

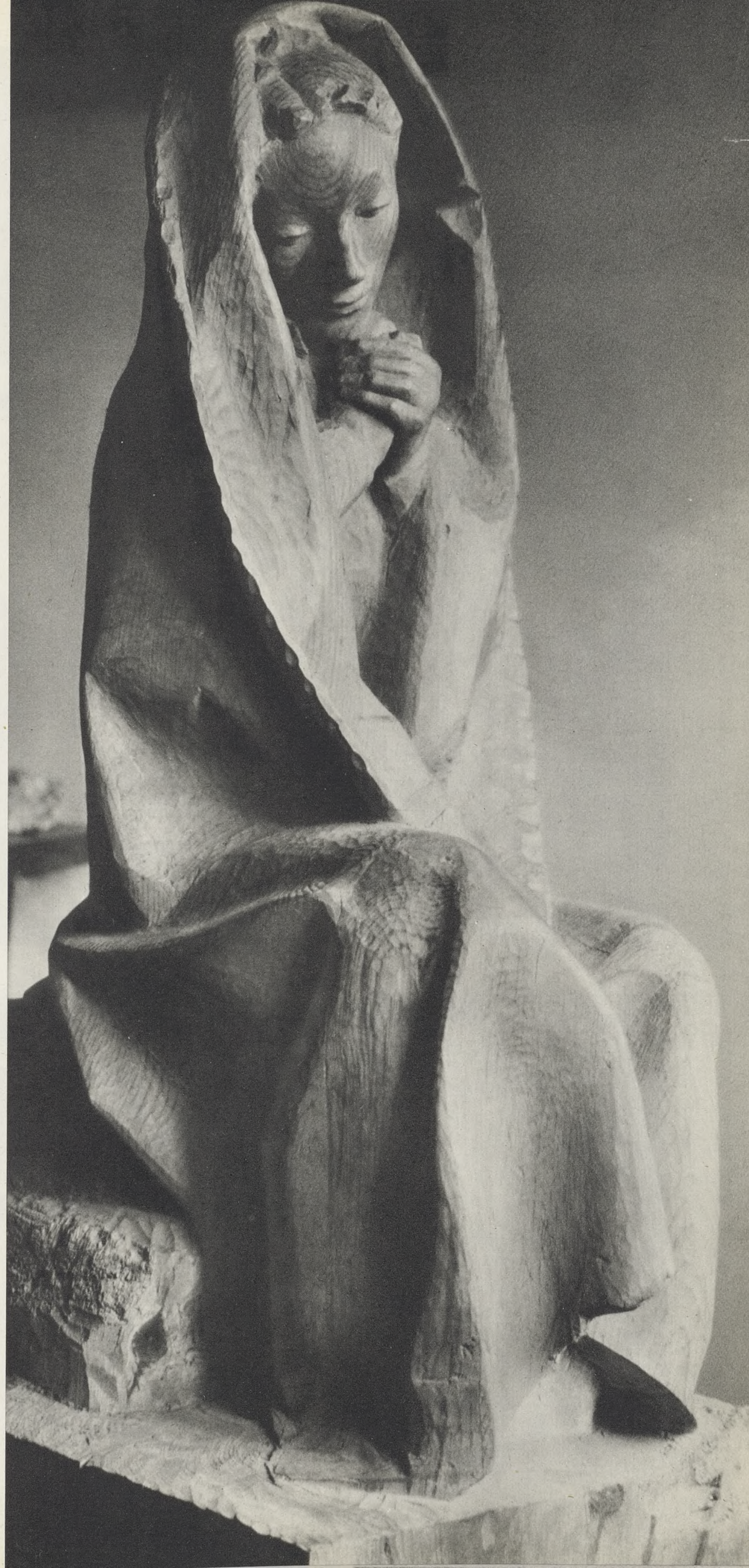
Desde hace algún tiempo, Capuz tuvo por estudio-taller el mismo que en el pasado siglo ocupara el pintor de *Historia* don Manuel Domínguez, y que, a principios de este siglo, fué de don Eduardo Chicharro y sus discípulos, entre ellos el tan famoso Diego Rivera, el mexicano recientemente fallecido; el mismo estudio donde también pintara José María López Mezquita. Frente a la iglesia de la Milagrosa, en la calle madrileña de García de Paredes, el maestro Capuz me recibe con su habitual cordialidad, con esa fineza de artista nato y sensible de los que no lo esperan todo de este mundo y por eso saben *tratar al mundo* sin odio y sin amargura; él es, como su arte, la humana expresión del «estilo es el hombre». Puesto que su nombre ilustre es conocido en España y en América, como en Italia y en Francia, huelga la presentación como artista; lo que no excluye para aprovechar esta oportunidad y en ella dar ciertas y precisas *pinceladas* a su admirable personalidad como escultor, como hombre y artista sensitivo. Confortablemente instalado, Capuz ha hecho de su hogar su «torre de marfil»; ahora no es como en su estudio de trabajo, bajo el signo del axioma del divino Leonardo de Vinci: «y si estás solo, serás todo tuyo»; ahora es todo él en compañía de su esposa, de sus hijos y de sus nietas; ahora es con las inquietudes profundas de su alma, que necesita las caricias y el amor de los que supieron esperar la gloria del esposo, del padre y del abuelo; es el maestro en toda su plenitud; es el español que puede mirar el presente y en el porvenir la inmortalidad. Toda la casa está decorada con obras de arte: dibujos admirables, cuadros al óleo, recuerdos de amigos y colegas, obras de escultura, preciosos trabajos de hace años, excelentes muebles de estilo, y todo ello con ese orden que revela el equilibrio y el buen gusto estético de ideas

permanentes, sin «tentativas novísimas», sin «comedia y sin literatura»; aquí no hay «teatro»... Por *esto mismo*, no creo poder encontrar en el arte de José Capuz una definición mejor que la que él mismo nos da con su propia persona, viviendo amorosamente de su pasado de maestro fecundo, y con la fe en el presente, para él de una valentía heroica, que no deja de amar la vida por el Bien y la Belleza.

Il rimembrar delle passate cose,
Ancor che triste, e che l'affano duri! (1)

En ese rememorar que en el artista representa un juicio crítico de superación sobre su pasado en Capuz persiste la juventud del alma, sintiendo más que nunca sus facultades de escultor; él une a un don natural una suerte de secreto instinto, que es la razón *primera* de su arte admirable. La trayectoria artística de su ya larga vida fué marcando los pasos conscientes e indispensables para llegar al logro de una maestría de base sólida, de técnica y de concepto sensible. Desde sus comienzos, como pensionado en Roma, en los primeros años de este siglo, el que esto escribe siguió el proceso de sus etapas y el de sus éxitos; la labor realizada por nuestro artista es tan copiosa como admirable y digna de quedar en la historia de la escultura contemporánea de España. Si en los comienzos él supo vencer las dificultades de saber *copiar* la naturaleza, y en ella saber *ver* los elementos de una estatua, ahora es el maestro para el que ya no existen *reglas para llegar*, pues está en posesión de lo que el gran Aristide Maillol me contaba un día, a propósito de la escultura: «Nada de *reglas* para llegar, pues esto es un asunto personal y una cuestión de sentimiento.» Y así como se ha dicho acertadamente que el mérito de Maillol es el de haber revelado a sus contemporáneos las virtudes propias del arte de la escultura, nosotros podemos decir de Capuz que él ha contribuído de una forma personal a saber *ver* la nobleza de la naturaleza; las formas, perfectas y bellas y perfectamente simples, por el sentimiento que las anima de *adentro para afuera*. Mientras surgen en mis impresiones estas ideas de orden estético y de filosofía del arte, sigo interrogando al maestro sobre las estatuas, dibujos y bocetos que hay en su casa; jamás observé en su característica modestia una modestia tan plena de ternura y de melancolía, y es que Capuz ha llegado a ese límite exquisito de sensibilidad enriquecida que matiza la perfección del oficio, el equilibrio dinámico, el movimiento «en reposo» por una justeza realista, en la que es admirable la abundancia de sabios y sensibles modelados de luz y de sombras, variablemente distribuídos sobre las superficies, animadas de *adentro para afuera* y comunicándonos la llamarada interior de la vida; ésta es la emoción que nos ha producido la contemplación de un retrato en mármol de su esposa: la gravedad tranquila, lo concreto, que se supera a fuerza de profundizar, a base de naturalismo, en el que predomina el análisis sobre la síntesis; dignidad en lo natural. Todo ello viene de una tradición gloriosa: la efigie psicológica, el «espejo del alma» y su lenguaje, sin *manierismo*, sin afectación. Sigo interrogando al maestro, y éste me muestra una composición en bronce: una Diana, plena de gracia «muy antigua y muy moderna»; arabesco rítmico, melodioso y sensible, en el cual la concentración material y espiritual se ofrece con una admirable ausencia de accidente, y en el que existe un dibujo *invisible* sin acentuar el detalle ni la anécdota: la transposición de una bella figura con una bella existencia, no obstante el empleo de la alegoría y del símbolo. Sigo contemplando más obras; y al ver un gran dibujo de mujer desnuda, viene a mi memoria el hermoso torso de mujer que se exhibe en el Museo de Arte Moderno de Madrid: torso desnudo, en bronce, en el cual Capuz muestra toda la ingenuidad de su inteligencia mediterránea con una fuerza grecolatina, en la cual la virtuosidad del *práctico* ha sido dominada por un modelado sensible, que simplifica y logra que la figura viva con la frescura juvenil de una fuerza femenina; el modelado se afirma con sutiles matices. Como en otras figuras desnudas, en madera, en mármol o en bronce, Capuz posee el don nato de la proporción, que se rebela contra el academicismo vanidoso o de *manierismo* de estilizaciones *aventurosas;* las suelen sacrificar la profunda y humana significación de la Escultura. Con su modestia, que le da un aire de tímido—en apariencia—, él es el amor de la verdad y de la vida que caracteriza a los raros escultores creadores; él entra de lleno como figura admirable de oposición en la admirable teoría de la «deshumanización en el arte» del maestro Ortega. *(Pasa a la pág 53.)*

(1) *Alla Luna*, canto de Giacomo Leopardi.



UNION LATINA DE LA ALTA COSTURA

PRESENCIA DE ESPAÑA EN LA MODA MUNDIAL

SIETE países europeos han participado en el congreso celebrado recientemente en Roma por la U. L. A. M., iniciales que corresponden a Unión Latina de la Alta Moda. Estos países han sido España, Italia, Francia, Austria, Suiza, Inglaterra y Holanda, y las sesiones tuvieron lugar en el marco incomparable del Palacio Venecia.

Este congreso de modistos ha puesto claramente de relieve su propósito de inspirarse en la moral cristiana, aparte de intentar un sentido unitario de la moda, sentido que, más bien que formal, tiene un valor íntimo, espiritual. Pío XII recibió a los congresistas en una audiencia particular en Castelgandolfo, y pronunció ante ellos un discurso de gran interés.

La U. L. A. M. ha tomado sobre sus hombros, sin duda alguna, una tarea ciertamente difícil. Y no se puede pedir, en fin de cuentas, que esta primera «muestra» ofrezca una absoluta seguridad y un perfil unitario. Pero, como ha señalado una comentarista italiana, Flora Antonioni, «los modelos presentados mantenían una tónica elevada, con detalles exquisitos y creaciones de gran categoría». Pusiéronse de relieve las posibilidades del algodón, casi ilimitadas, y que cada día entra más en la alta costura.

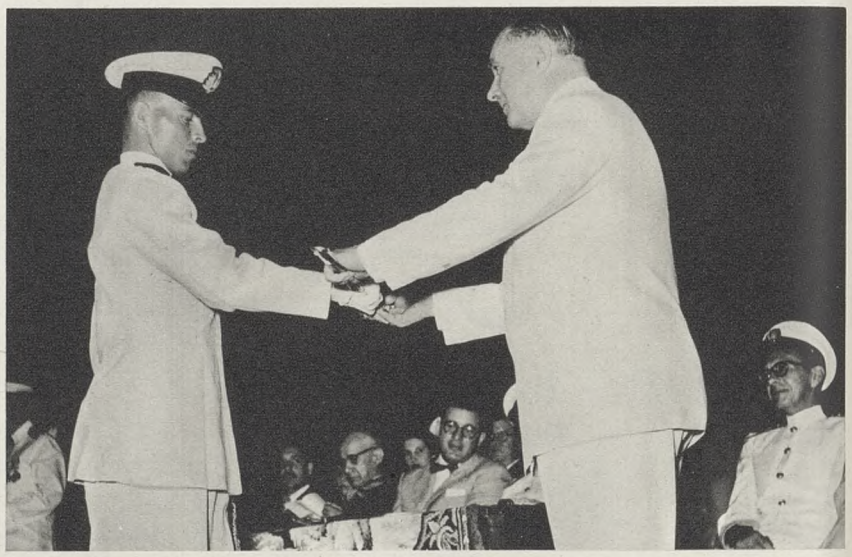
Los nombres más destacados de los modistos concurrentes al congreso han sido los de Baratta, Pancani, Cardin (señalado como uno de los sucesores de Dior), Devaus, Eleonora Garnett, Marty y Haller, Jolo, etc. Por España ha asistido Marbel, «uno de los grandes de la moda madrileña», y del que se ha dicho que llegaba a la competición con una compostura de hidalgo que ha frecuentado París y ha comprendido el lenguaje de la moda.

ACTUALIDAD

En el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid se inauguró el Hogar Hispánico, institución que recoge en su seno a los hispanoamericanos y a los españoles que están vinculados por aquellas bellas naciones del otro lado del Atlántico. En la fotografía, el presidente del Hogar pronuncia unas palabras de apertura.

En el edificio de la Embajada, y ante el embajador de Filipinas en España, Dr. Nieto, el Dr. Laurel, nuevo diputado de Filipinas, jura su cargo.

El encargado de Negocios del Perú en España y señora, en el Colegio Mayor de Ntra. Sra. de Guadalupe, de Madrid, entregan una serie de fotografías de la vieja Lima al Museo de América, donadas por el doctor César Reboredo.



El embajador de España en Bogotá, señor Baraiba, hace entrega al guardiamarina señor Barraza de la espada «Blas de Lezo», que el Instituto de C. H. de Madrid ofrece cada año al mejor cadete de la Escuela Naval colombiana.

Un momento del recital de danza ofrecido por el Círculo Cultural Femenino hispanoargentino de Mendoza en el teatro Independencia, de aquella ciudad, bajo la dirección de Elina Molina Estrella, y que constituyó un rotundo éxito.

La pianista Beatriz Acosta, aclamada después de su actuación con la Orquesta Sinfónica de Colombia, en el concierto de música española celebrado en el teatro Colón, de Bogotá, bajo los auspicios de la Embajada de España.

El ministro encargado de Negocios de Cuba, doctor Américo Cruz, habla en el acto de apertura de la interesante exposición de paisajes cubanos presentada en el Círculo de Bellas Artes, de Madrid, por la Cubana de Aviación.

El embajador de España en Venezuela, señor Valdés Larrañaga, hace entrega al director de la Biblioteca Nacional de Caracas de las publicaciones sobre musicología donadas por el C. S. de Investigaciones Científicas de España.

INVERSIONES DE CAPITALES EXTRANJEROS EN VENEZUELA

LA CONDICION JURIDICA Y ASPECTOS GENERALES PARA LOS INVERSIONISTAS EXTRANJEROS

El desarrollo económico de Venezuela ha coincidido con un enorme aumento de las inversiones directas extranjeras. La inversión directa de capital americano en Venezuela—que representa la mayor parte de la inversión directa extranjera del país—subió de 778.875.000 bolívares en 1929 a 7.879.638.000 bolívares para fines de 1954, la mayor inversión directa norteamericana en un país latinoamericano. Los ricos recursos petroleros del país han proporcionado una base para la mayor parte del aumento de la inversión extranjera, pero ha habido aumentos sustanciales en otros campos también. Estos desarrollos no hubieran podido ocurrir sin la combinación de recursos y oportunidades adecuadas, conjuntamente con leyes y aptitudes generalmente favorables a la conducción de negocios por empresas extranjeras.

La ley venezolana que rige la entrada de extranjeros y el alcance de sus actividades es, en conjunto, favorable al aumento de las inversiones extranjeras. Las formalidades para la entrada al país, con fines comerciales, no han planteado problemas inusitados para los comerciantes extranjeros, sus derechos y obligaciones, y mientras residen en Venezuela difieren solamente en detalles menores que los de los venezolanos. Como se puede esperar, los extranjeros no gozan de derechos políticos bajo la ley venezolana, y no pueden ocuparse de actividades políticas. Al mismo tiempo, no están sujetos al servicio militar, y aunque están sujetos a los impuestos corrientes, están exentos del pago de contribuciones extraordinarias en tiempo de guerra. El derecho de los extranjeros a poseer bienes raíces está limitado únicamente en un importante respecto: el Gobierno puede, a su discreción, impedir al extranjero el traspaso de terrenos *particulares* que estén dentro de 25 kilómetros de las fronteras nacionales o ríos navegables. Las tierras públicas pueden ser adquiridas por los extranjeros en las mismas condiciones que los venezolanos. La protección de las leyes y el acceso a los tribunales se aplican a los extranjeros de la misma manera que a los venezolanos.

Tal como los venezolanos, los extranjeros que residen en Venezuela no pueden reclamar indemnización del Gobierno por daños o perjuicios no causados por las autoridades legítimas actuando en su carácter público, y la Ley de Extranjeros niega a los extranjeros el derecho de presentar reclamaciones al Gobierno venezolano por conducto de sus propios representantes diplomáticos, a menos que las pruebas indiquen claramente que, después de agotar todos los recursos legales previstos por la ley venezolana, ha sido negada la justicia. Implícito en todo los contratos celebrados con el Gobierno venezolano, para la explotación de los recursos naturales o para otros fines, está el acuerdo del extranjero de no invocar ninguna autoridad extranjera en caso de disputa.

IGUALDAD PARA LOS EXTRANJEROS

Los extranjeros individuales podrán ocuparse virtualmente de todas las actividades comerciales en las mismas condiciones que los nacionales venezolanos. Los extranjeros podrán realizar negocios en Venezuela bajo las formas de organización comercial reconocidas por la ley venezolana o por organizaciones constituídas en sus propios países, ya que las compañías organizadas en el exterior pueden calificarse para hacer negocios en Venezuela y pueden también obtener reconocimiento legal, como las compañías venezolanas. Las compañías extranjeras y venezolanas pueden ocuparse de toda clase de actividad comercial lícita, sin tomar en cuenta la distribución de la propiedad, entre venezolanos y extranjeros. Aunque no están excluídos, en virtud de su nacionalidad o carácter nacional, el ocuparse de actividades económicas en Venezuela, los extranjeros y compañías extranjeras están, por supuesto, sujetos a las leyes y reglamentos y política gubernamental, aplicada, generalmente, a la realización de determinadas actividades.

La admisión a la práctica particular de las profesiones implica dificultades para muchos extranjeros, ya que el requisito previo para la admisión es la terminación, con éxito, de exámenes profesionales comprensivos en castellano (aplicados a todos los solicitantes, excepto a los graduados de escuelas acreditadas en ciertos países suramericanos con los cuales Venezuela tiene acuerdos para el reconocimiento recíproco de grados profesionales.)

Aunque las barreras puramente legales para el establecimiento de empresas extranjeras en Venezuela son mínimas, la política del Gobierno de «Puerta Abierta», con respecto a la admisión de capital extranjero, no ha pasado inadvertida por empresas ya establecidas en el país, particularmente en el terreno de las manufacturas. Con una población solamente de cinco millones, la capacidad de Venezuela para absorber artículos manufacturados no es ilimitada, aun con la amplia protección contra importaciones competidoras, y los altos precios y niveles de salarios han impedido hasta ahora a los fabricantes venezolanos competir con éxito en mercados extranjeros, con excepción de los productos del petróleo. El Gobierno nacional favorece el establecimiento y funcionamiento de industrias, exonerando del pago de derechos de importación en el equipo, maquinaria y todos los materiales en bruto no producidos en el país, según lo determinado por el artículo 46 de la Ley Orgánica de Hacienda Nacional.

Las condiciones de operación que confronta el capital extranjero en Venezuela varían necesariamente de un caso a otro, pero ciertos factores son de particular importancia en su influencia sobre la conducción de las operaciones.

PARTICIPACION DEL GOBIERNO

El Gobierno se ha vuelto un participante activo en la actividad comercial en varios terrenos, en los cuales la empresa particular también funciona o podría funcionar. El Gobierno ha entrado en algunas de esas actividades, es decir, ferrocarriles, extracción de oro, mediante la adquisición de las propiedades de empresas particulares; en algunos casos, de compañías extranjeras. En este proceso, sin embargo, el énfasis ha estado en suplementar la empresa privada más bien que suplantarla. Las actividades útiles a la economía han sido iniciadas por el Gobierno principalmente, debido a la poca disposición o incapacidad del capital privado para emprenderlas. Los casos, relativamente pocos, de expropiación de propiedades particulares, nacionales o extranjeras, se han realizado, en su mayor parte, en circunstancias en que los dueños particulares estaban imposibilitados o renuentes a continuar operaciones, y la operación se ha realizado en completa armonía de partes.

El control de divisas extranjeras ha existido, técnicamente, en una forma u otra, en Venezuela, desde agosto de 1934. Mas, durante la última década, las condiciones de cambio han hecho innecesaria la restricción de transferencias de fondos. Aparte de su significado especial para las compañías petroleras extranjeras, que, según el sistema actual, tienen que comprar sus necesidades de moneda local a tipos de cambio artificialmente altos, y para los exportadores de café y cacao, que tienen derecho a subsidios, en el tipo de cambio bajo ciertas circunstancias la continuada existencia de un mecanismo para el control del cambio en Venezuela es significativa, como un reflejo de la creencia del Gobierno de la continuada vulnerabilidad de la economía a fuerzas económicas externas.

Venezuela no ofrece concesiones especiales de impuesto al capital extranjero, aunque, como antes se ha dicho, los tipos actuales de impuesto sobre la renta de actividades comerciales son bajos en comparación con los de otros países. Por otra parte, el sistema impositivo no es el principio discriminatorio contra las empresas extranjeras, aunque las operaciones de minas y de petróleo, que pertenecen casi completamente a extranjeros, y representan el sostén principal de la economía, soportan una carga impositiva relativamente alta, que, en efecto, divide sus utilidades con el Gobierno nacional. Se han encontrado dificultades mensuradoras respecto a las reglas para la distribución de la renta y deducciones bajo el «concepto territorial» venezolano de imposición, es decir, imposición sobre la renta de fuentes venezolanas únicamente. No existen impuestos sobre bienes raíces en Venezuela, aunque el Distrito Federal cobra impuesto del 6,5 por 100 sobre la renta de propiedades y

la mayor parte de las municipalidades tienen impuestos similares para servicios municipales.

El impuesto sobre la renta se calcula, según la actividad en donde se obtuvo la ganancia, así:

a) Sobre créditos y regalías, 3 por 100.

b) Sobre alquileres de bienes raíces, 2,5 por 100.

c) Sobre utilidades industriales, comerciales y de minas, 2,5 por 100.

d) Sobre utilidades agrícolas y de cría, 2 por 100.

Hay también un impuesto personal complementario, que sube progresivamente según los ingresos.

La Constitución venezolana consagra la más completa libertad a las actividades comerciales e industriales, tanto a los nacionales como extranjeros, sin distinción de raza, religión u origen; así, expresamente, lo encontramos en el capítulo IV, artículo 35, numeral 12, de la Constitución, donde se asienta «la libertad de industria y de comercio conforme lo establece la Ley».

En resumen, se puede decir que el trato acordado a los individuos y compañías extranjeras que aparecen como inversionistas en Venezuela en la actualidad, conduce a la continua participación del capital extranjero en el desarrollo del país y a la perspectiva para la conservación de este ambiente, pues todo es razonablemente favorable.

Mas las condiciones de desarrollo económico en el país están lejos de ser estáticas, y Venezuela no ha sido tocada por la marea de la conciencia nacional que ha afectado profundamente a algunas naciones. Al mismo tiempo, la cooperación entre los capitales del Estado, del sector privado y del extranjero ha producido grandes y tangibles beneficios para la colectividad venezolana, y la política del Gobierno, respecto a esa cooperación, no ha sido menoscabada ni alterada por los cambios de administración pública.

SECTOR DE INVERSION

Las investigaciones realizadas en nuestro país sobre las inversiones existentes han logrado reunir datos completos para cuatro renglones de nuestra economía; a saber: petróleo, minero, bancario y seguros. Para los otros sectores, o sea, industria, comercio, construcciones, servicios y agricultura, aunque incompletos, nos han permitido calcular cifras, que están cercanas a los importes efectivos de los capitales extranjeros existentes.

Las inversiones extranjeras existentes en el país se pueden clasificar en dos grupos: inversiones directas e inversiones de cartera. Son del primer grupo capitales pertenecientes a empresas radicadas en el país, pero que son controladas desde el exterior, por el hecho de que la totalidad—o más del 50 por 100—del capital está en manos de personas, físicas o jurídicas, residenciadas en el exterior. Las inversiones de cartera son capitales invertidos en empresas nacionales y propiedad de personas residentes en el exterior, siempre y cuando estas empresas sean controladas por personas, físicas o jurídicas, radicadas en el país.

Considerando el *sector petrolero*, por su importancia en la economía nacional, ha sido donde se ha registrado la inversión más alta; así, para el ejercicio económico de 1954 se hizo una inversión bruta de 10.665,70 millones de bolívares, contra 5.333,21 millones de bolívares que representa el valor de las inversiones netas. De las inversiones directas y de cartera de este sector tenemos, para las primeras, un 99,22 por 100, y para las segundas, 0,78 por 100. En esta industria no hay inversiones de capital alemán.

El *sector bancario*. Durante el año 1954 se incrementó la inversión en la banca nacional, alcanzando a 62,63 millones. Las inversiones directas en este sector comprenden los capitales más las reservas pertenecientes a cuatro Bancos extranjeros existentes en el país; las de cartera están representadas en acciones y cupones de Bancos nacionales, en manos de personas residentes en el exterior. El total de este tipo, para el año 1954, era de 25,07 millones de bolívares.

INVERSIONES EXTRANJERAS EN EL SECTOR DE LOS SEGUROS
EN MILES DE BOLIVARES
Año 1954

Estados Unidos	12.800
Francia	7.184
Inglaterra	2.636
Italia	2.360
Holanda	1.139
Canadá	813
Suiza	246
Otros países	287
TOTAL	27.465

INVERSIONES EXTRANJERAS EN EL SECTOR MINERO
EN MILES DE BOLIVARES
Año 1954

Estados Unidos	887.390
Francia	—
Brasil	—
Otros países	17
TOTAL	887.407

INVERSIONES EXTRANJERAS EN EL SECTOR INDUSTRIAL
EN MILES DE BOLIVARES
Año 1954

Estados Unidos	226.272
Canadá	77.036
Inglaterra	53.058
Panamá	18.797
Holanda	13.712
Suiza	7.648
Colombia	2.286
Bélgica	1.915
Argentina	1.664
Suecia	1.630
Brasil	1.506
Alemania	1.500
Francia	537
Uruguay	507
Otros países	4.014
TOTAL	412.082

INVERSIONES EXTRANJERAS EN EL SECTOR PETROLERO
EN MILES DE BOLIVARES
Año 1954

	BRUTAS	NETAS
Estados Unidos	6.477.509	2.945.853
Holanda	2.846.932	1.602.121
Inglaterra	1.250.095	706.385
Canadá	49.885	37.852
España	37.745	37.745
Francia	3.108	3.048
Suiza	355	166
Otros países	68	37
TOTAL	10.665.697	5.333.207

Los *seguros*, después de varios ajustes en las empresas respectivas, se situaron con una inversión total, para el 31 de diciembre de 1954, de 27,47 millones de bolívares, correspondiendo, respectivamente, 26,35 millones a las inversiones directas y 1,11 millones a las de cartera.

El *sector minero* es el segundo en importancia de las inversiones extranjeras; para el 31 de diciembre de 1954 tenía un total de 887.407 millones de bolívares, de los cuales 887,39 millones son inversiones directas y el resto las constituyen las de cartera.

Las informaciones de que se dispone en el *ramo industrial* arrojan un total, para el fin del año 1954, de 412,08 millones de bolívares, de los cuales 59,21 millones son de inversiones de cartera; es de señalar que Alemania posee un total de 1.500.000 bolívares, siendo en este ramo la inversión de más significación con que cuenta el capital alemán en Venezuela.

INVERSIONES EXTRANJERAS EN EL SECTOR DE LA CONSTRUCCION
EN MILES DE BOLIVARES
Año 1954

Estados Unidos	26.067
Francia	5.270
Panamá	5.000
Canadá	3.135
Holanda	659
Uruguay	486
Suecia	323
Otros países	2.260
TOTAL	43.200

El *sector de la construcción* totalizó el capital extranjero con la suma de 43,200 millones de bolívares en el año 1954.

En el *comercio*, las inversiones extranjeras alcanzaron, en el 31 de diciembre de 1954, un capital de 206,671 millones de bolívares, de los cuales 196,672 millones son inversiones directas y 9,999 millones fueron iversiones de cartera.

Las empresas extranjeras que se dedicaban a la explotación de servicios y de actividades de intermediación comercial aplicaron, en su mayoría, los capitales a nuestra economía bajo la forma de inversiones directas. Algunas firmas, sin embargo, tenían participación en compañías anónimas venezolanas.

INVERSIONES EXTRANJERAS EN EL SECTOR DE LOS SERVICIOS
EN MILES DE BOLIVARES
Año 1954

Estados Unidos	58.709
Canadá	307
Costa Rica	—
Colombia	94
Inglaterra	85
Panamá	84
Otros países	2.271
TOTAL	61.550

El importe de las inversiones extranjeras en este renglón era, para fines de 1954, de 61,55 millones de bolívares, que fué el importe en que se situaban dichos capitales en el año anterior. La fuerte disminución se debe, principalmente, a la nacionalización de la C. A. Nacional de Teléfonos de Venezuela, que se realizó, al final del año 1953, por efecto de la compra del capital que el Gobierno nacional le hizo al grupo inversionista inglés, anterior propietario de las acciones.

En el sector de los servicios, los capitales extranjeros se discriminan en el 86,91 por 100 por inversiones directas y en el 13,09 por 100 por inversiones de cartera.

En la inversión de *agricultura* se incluyen las compras de algunas tierras agrícolas hechas por compañías extranjeras. En este sector, las inversiones son muy limitadas, si se comparan con los otros renglones; pero, a pesar de ello, se cuenta con insuficientes datos, que sólo permiten hacer apreciaciones limitadas fuera de cálculos provisionales.

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

TEATRO

REQUIEM POR UNA MUJER, de William Faulkner.

Desconozco si al escribir William Faulkner su «Requiem for a Nun» había pensado ya en sus posibilidades escénicas, pero en cualquier caso es evidente que tanto su estructura formal—con una gran preponderancia del diálogo sobre la narración—como la esencia eminentemente dramática de su tema incitaban a la adaptación teatral. Muy pronto respondieron a esta incitación un gran escritor y un notabilísimo hombre de teatro: Albert Camus y Erwin Picator.

Para la versión recientemente estrenada en el teatro Español, de Madrid, su autor, José López Rubio, se ha basado en líneas generales en la adaptación de Camus, caracterizada por el propósito—a mi juicio, frustrado—de «teatralizar» el texto original. Porque aquí se da el caso paradójico de que en tanto Piscator, habitualmente nada respetuoso con las obras que lleva a la escena, ha transcrito fielmente el texto de Faulkner, en tanto que Camus introdujo en su versión modificaciones que afectan no sólo a la forma, sino también a la esencia del original. Si estas alteraciones hubieran logrado una mayor eficacia teatral de la trama, nada habría que objetar, pero ello no se consigna sino en tan exigua medida, que uno se siente inclinado a estimar como más pertinente la postura de Piscator, y el propio López Rubio ha debido entenderlo así al aceptar sólo en parte los elementos de creación exclusivamente personal añadidos por Camus al texto de Faulkner.

La vida de Temple Drake, con su inequívoco signo trágico; el sacrificio con voluntad expiatoria a que se somete la negra Nancy Mannigoe; la frustración que por respeto a los convencionalismos sociales padece Gowan Stevens, son factores dramáticos de primer orden a los que Faulkner, por las razones que sean, no dió forma dramática, y que tampoco la alcanzan en la adaptación inicial de Camus ni en esta posterior de Camus-López Rubio estrenada ahora en Madrid.

Ahora bien, si el «Requiem» carece de acción teatral propiamente dicha, existe en cada uno de los caracteres de los tres personajes citados la suficiente intensidad trágica como para justificar su traslado al escenario, aun cuando la condición discursiva de la pieza exija de los espectadores un superior esfuerzo para su cabal entendimiento.

La interpretación—con la salvedad de Ana María Noé, que acertó plenamente en la incorporación de la negra Nancy—no pasó de mediocre. Aurora Bautista, que con esta obra ha retornado a las actividades teatrales, compuso un tipo desvaído, que en modo alguno respondía al personaje de Temple Drake, y tampoco Luis Prendes acertó a dar la medida humana del atormentado Gowan Stevens.

EL CIELO DENTRO DE CASA, de Alfonso Paso.

El cielo dentro de casa, estrenada en el Recoletos, es una excelente pieza teatral—vaya esto por delante—, pero a la vez resulta ser la confirmación de que su joven autor, Alfonso Paso, ha encontrado la que posiblemente sea su definitiva manera expresiva en el arte dramático: la tragicomedia. Tres obras ha estrenado Paso en 1957—*Los pobrecitos; Lo siento, señor García*, y esta que ahora comentamos—, y las tres pertenecen al difícil género de la tragicomedia, tan infrecuente en el teatro español contemporáneo, al menos con la dignidad literaria y categoría artística con que lo practica Alfonso Paso.

Si *El cielo dentro de casa* no es la más importante de las tres piezas citadas—lugar que en justicia ha de reservarse a *Los pobrecitos*—, sí es la mejor construída, la que mejor prueba el grado de suma perfección a que su autor ha llegado en el dominio de todos los resortes del «oficio» dramático. En ella ni sobra ni falta nada. Las escenas se hallan impecablemente trabadas entre sí y no hay una sola frase que no esté incluída en función de algo que el autor se ha propuesto demostrar. Mérito tanto mayor cuanto que en la acción el tiempo presente se confunde con el pasado y el futuro en un alarde técnico de tal naturaleza, que el espectador no acierta a deslindar el campo de lo verosímil del de lo absolutamente fantástico, pero tampoco le importa lo más mínimo, ganado como está por la gracia y la enjundia dialéctica del juego escénico a que el autor lo somete.

Excelente la interpretación de Mari Carrillo y Enrique Diosdado, bien secundados por Josefina Robeda. Juan Cortés, que completa el breve reparto de *El cielo dentro de casa*, se mostró muy inferior a sus compañeros y a duras penas pudo defender un cometido sin grandes dificultades. La dirección, de Manuel Benítez, correcta siempre y singularmente afortunada en el movimiento de los personajes.

JUAN EMILIO ARAGONES

MARIA ANDRES. San Vicente, 1. Alcoy (Alicante). — Desea correspondencia con jóvenes de veintisiete a treinta y cinco años.

MARIANO MORAN SAIZ y MIGUEL ORDOÑEZ ALOEST. Estación Radio Militar. Sidi Ifni (A. O. E.).—Desean correspondencia.

VACACIONES EN INGLATERRA, Archer's Court, Hastings. Teléfono 51577.—Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £7.7.0. (pesetas 1.235) semanal; primavera y otoño, £5.5.0. (pesetas 882) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca, Jardines arboleda, extensos. Escriban vuelta correo.»

JOSE ANTONIO GARCIA ALBARES. Cea Bermúdez, 17. Madrid.—Desea correspondencia con señoritas de cualquier nacionalidad, de dieciséis a diecinueve años de edad.

ANTOLIN y PAQUITA REVILLA. San Francisco, 10. Játiva (Valencia). Desean correspondencia con jóvenes de veintiocho a treinta y cinco años de edad.

ELSA NORA MARTIN. Avenida Alvear Oeste, 99. General Alvear. Mendoza (R. Argentina).—De veintidós años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de cualquier parte del mundo, en español, para intercambio de postales, revistas, discos, etc.

ANA EDITH SUAREZ. Godoy Cruz, 360. San José. Mendoza (R. Argentina.)—Solicita correspondencia con juventud de todo el mundo, de uno y otro sexo, de veinte a treinta años.

LOS LECTORES también escriben

Muy señor mío:

Hace unos días he leído el número de la revista MUNDO HISPANICO correspondiente al mes de octubre. Excelente en muchos aspectos, es lástima que presente en su portada lo menos acertado de todo él. Permítame que le diga que, a mi juicio, demasiados números de «M. H.»—la revista de veinte naciones, llamada a cumplir una misión trascendental—llevan en sus portadas bailarinas. Repase usted, por favor, los números de este año y se convencerá. No es que me parezca mal la cosa en sí, sino el abuso. Más de uno de sus lectores va a sacar la impresión de que para ustedes eso es lo hispánico.

Pero no es ése el principal motivo de esta carta. El principal motivo es el reportaje interior de la fiesta a que esta portada pertenece. Parece que para ustedes lo más importante del número es esa fiesta, pues que la sacan a la portada, y es lamentable, señor director.

Crea, señor director, que esas líneas no proceden sino de sincero amor a España y de estima por esa revista y su prometedora misión. Además no tienen ninguna pretensión de ser publicadas. Son sólo para usted, por lo que pueda ayudar esta mi opinión personal en su nuevo e importante cargo.

ACACIO GUTIERREZ

Rathfarnhan Castle. Dublin (Irlanda).

* * *

Muy señor mío:

Acabo de leer el número de septiembre y vengo a hacerle unas objeciones al artículo que publicó el señor Javier Martín Artajo. He pasado doce horas en Caracas, y mis impresiones son bien diferentes de las suyas. Lo primero que pensé al viajar en la magnífica autopista de La Guayra a la capital, mirando para arriba, y viendo el camino que sube por las cumbres de las montañas: «¡Eso sí que fué obra gigantesca! Materialmente y moralmente, escalaron 900 metros para ir a fundar una capital. ¡Qué espíritu y qué dinamismo, usando un término moderno, demostraron los conquistadores al conquistar tierras y levantar templos en parajes desconocidos y llenos de peligro!» Hoy día, en que las carreteras se pueden construir a fuerza de máquinas, es cuestión de tener dinero. Estas obras, que se están multiplicando en todo el mundo, son cuestión de tiempo y dinero y no hay por qué admirarse tanto de ellas.

He oído los lindos nombres que tienen ciertos barrios: San Bernardino, Los Caobos, Salana Grande, Florida. Es el único recuerdo hispánico que va quedando. En cuanto a la emigración, a las siete de la mañana llegaron 3.000 italianos.

Le ruego disculpe esta carta. En este mundo todo se ve con diferentes cristales. El mío es español. Tengo el orgullo de mi raza, y no quiero ver perder (parodiando a Ricardo León) ni mi historia ni mi lengua. Mucho nos ha dado el destino, y eso es lo que hay que conservar. La misión de España, con los hispanoamericanos, que son sus hijos, y como dijo uno de nuestros poetas, poeta de mi propia familia: «Una nación es mucho; catorce Estados son más.» En el pasado está la fuente del porvenir; nadie nace de generación espontánea.

JUSTA D. DE ZEMBRAIN

Hotel Beverly, East Fiftieth Street, Nueva York, 22. N. Y.

BUZON FILATELICO

Cambio novedades España y Colonias por sellos usados de países hispánicos. BIENVENIDO GARCIA "ONENA". Villava (Navarra). España.

ECKART WISSMANN.—(23) Bremen 1. Donaustrasse, 53. Alemania Occidental.

JOSE GARRIDO PEDREGOSA.—Guarda forestal. Penáguila (Alicante). España.

LIBROS ABIERTOS

(Viene de la pág. 27.)
Madrid, 1957.—21 X 15 cm.—408 páginas y diversas fotografías.—120 ptas.

Aparece editado este libro con las mismas características y encuadernación que la serie «Pueblos hispánicos», de Ediciones Cultura Hispánica, pero, como es lógico, sin formar parte de la misma, aunque no debía olvidarse al Canadá al tratar de naciones americanas, cuya mayor parte tienen una profunda e indiscutible raíz hispánica.

En sus cuatro años de residencia en Canadá, el autor, diplomático español, ha tenido ocasión de entrar en contacto directo con todas las facetas de la vida del país que describe. Pocas veces se habían escrito en lengua castellana comentarios tan acertados a la historia y a la cultura del Canadá como los que presenta Fernando Olivié en su obra.

BIBLIOTECA DE SELECCIONES DEL READER'S DIGEST.—*Tomo IV de 1957 y I de 1958.*

Sigue la Biblioteca de Selecciones publicando sus tomos de novelas resumidas y proporcionando de este modo al lector el conocimiento de las más solicitadas obras de la novelística contemporánea. Cuatro títulos por volumen, con la variante de haber incluído en este último tomo el delicioso cuento de Faulkner *Dos soldados*, además de las habituales novelas resumidas. El último volumen de 1957 contiene: *La viuda negra*, de Patrick Quentin; *Mi perro Barrabás*, de Fred Gipson; *Karen*, de Marie Killilea; *En pos de la belleza*, de Cronin, y también, como complemento, «La ley de la selva», condensación de un capítulo del libro de Corbett *Mi India*. El primer volumen de 1958 contiene como novelas principales: *Estampa de Birmania*, de J. H. Williams; *El cardenal*, la célebre historia de H. Morton Robinson; *El caso del expediente P-2458*—un apasionante caso judicial—, de David W. Peck, y *El caballo de madera*, de Eric Williams, una verídica narración de una fuga espectacular de tres soldados ingleses de un campo de concentración alemán.

Sería imposible dar en nuestro corto espacio una nota, por sumaria que fuese, sobre todos estos interesantes títulos; pero hemos encontrado en estos nuevos resúmenes de Selecciones un mayor cuidado en la versión e, indudablemente, un gran sentido para ofrecer títulos de interés actual en condensaciones de verdadera eficacia expresiva.

VIAJE A LAS CASTILLAS, por Gaspar Gómez de la Serna.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Ambos Mundos».—Madrid, 1957.—21,5 X 14,5 cm. 248 págs.—88 ptas.

La prosa castiza y ágil de Gaspar Gómez de la Serna describe con insuperable acierto las impresiones de un recorrido por tierras castellanas, desde Pinto hasta la parte baja de la Mancha, en Castilla la Nueva, y desde Salamanca a la señorial Vinuesa, por tierras de Castilla la Vieja.

Con esta nueva obra, el autor de «Libro de Madrid» y «Toledo» enriquece de modo original nuestro acervo turístico, tan trabajado en estos últimos años.

EL «CIUDAD DE TOLEDO», EMBAJADOR DE ESPAÑA, por José Jara Peralta.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Varios».—Madrid, 1957.—21,5 X 14,5 cm.—174 págs. + 24 láminas, un mapa y un plano plegado.—85 ptas.

Recoge este libro el itinerario recorrido en triunfal viaje emotivo y cultural por el «Ciudad de Toledo», en el año 1956, desde Bilbao hasta los más importantes puertos de la América del Sur, de la Central y de las Antillas, llevando la embajada demostrativa de cuanto produce la España de hoy en arte, literatura, maquinaria, libros, labores de artesanía, industrias militares, ferretería, vehículos, bebidas, etc. Fué este barco como un bello obsequio que hiciese una madre cariñosa de cuanto ella tuviese a sus hijas lejanas y queridas.

Prologado el libro por Fernando Sebastián de Erice, se avalora con diversas fotografías de actos solemnes e importantes visitas, un mapa del viaje y un plano plegado de la estructura del buque.

EL CORREGIDOR DE INDIOS EN EL PERU BAJO LOS AUSTRIAS, por Guillermo Lohmann Villena.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Historia y Geografía».—Madrid, 1957.—24 X 17 cm.—632 págs., con un mapa plegado.—180 ptas.

El diplomático e historiador peruano don Guillermo Lohmann Villena, que tan buenas muestras nos ha dado anteriormente de su cultura histórica, genealógica y literaria de las Repúblicas hispanoamericanas, especialmente del Perú, nos ofrece en esta su última obra un terminado estudio sobre el cargo de corregidor de indios, magistratura privativa que aparece a mediados del siglo XVI. Conocida la meticulosidad de las investigaciones históricas del señor Lohmann, solamente nos queda reseñar el estilo ameno y anecdótico que valora esta obra.

PASE USTED, FANTASIA... *(relatos), por Tomás Borrás.—Editorial Samarán.—Madrid.*

Una vez más, ahora con *Pase usted, fantasía...*, nos encontramos con una de estas colecciones de cuentos o narraciones breves a las que nos tiene acostumbrados Tomás Borrás, y de nuevo tenemos la seguridad de encontrarnos ante un verdadero maestro del género. Más de cuarenta títulos se recogen en el volumen, y en cada uno de ellos aparece una nueva chispa de originalidad, una «invención», acaso pequeña algunas veces, pero totalmente distinta. Porque una de las virtudes del Tomás Borrás narrador es su dominio de la eficacia. El maneja en sus límites precisos el interés que despierta en el lector, y así no habrá una sola de sus páginas que pueda defraudarnos, porque, aparte sus dotes primerísimas de escritor, y de escritor castizo y de personalísima manera, tiene el poder imaginativo suficiente para darnos «materia» novelesca o «creadora» en todo momento. Se diría muchas veces que Tomás Borrás desperdicia los temas, si no fuera porque en él son sobradas estas gracias del descubrimiento del tema eficaz y sugestivo. Sería inútil subrayar ahora los cuentos de cualquier preferencia; cada lector tendrá ante este libro su punto clave de detenimiento, su índole particular de interés o de emoción. Y como nota curiosa, que el autor acusa discretamente al final del libro, diremos que en él se incluye el breve cuento «Ahora somos una familia alegre», que arranca de la situación que provoca en un hogar el regalo de un elefante, tema que ha servido de base a una de las películas últimas tildadas de más originales. La fecha en que Borrás publicó por vez primera su cuento no deja lugar a dudas respecto a la prioridad de nuestro autor.

FIESTA BRAVA, *de Carlos Martel y Viniegra.—Prólogo de José María Pemán.*

El tema taurino, de plural proyección en la poesía española contemporánea, ha tenido ahora en este libro de Carlos Martel una nueva dedicación, afortunada y sencilla. Todos los matices de la fiesta se recogen aquí, glosados con una versificación fácil y con un dominio del tema que la variación aligera y alegra. Fácil belleza la de este libro, del que José María Pemán ha dicho en el prólogo: «...quebrado en sonetos, como el castillo de fuegos; en disparos múltiples, en esta adecuación exacta con la hora.»

A veces la evocación se hace tierna, y el poeta, lejos del colorido inmediato de la fiesta, acude a una cuerda de más delicado templor lírico:

...el prestigio del hierro se jugaba.
¡Qué importa! El manso toro recordaba
los prados verdes de honda lejanía.

Versos como este último bastarían para dar sentido a un libro de poemas. Es por ahí por donde la voz de Carlos Martel ha logrado sus mejores y más puros registros.

ASTURIAS: CUMBRE, VALLE, MAR, *por Angeles Villarta.—Editora Nacional. 1957.—Colección «Las Tierras de España».*

Angeles Villarta ha escrito un libro verdaderamente original. Un tema tan amplio como el que se le presentaba era difícil condensarlo en un libro breve, ameno, sugestivo, que en sus doscientas páginas nos da una visión completa, clara y emotiva de lo que es la bella región asturiana. Difícil escaparse de la guía turística o de la erudición enojosa; también de todo lo escrito anteriormente. Y más aún: no caer en los graves defectos del escritor regional, que, enamorado de su tierra y de su costumbre, da a los demás muchas veces retrato amanerado o empequeñecido de lo que quiere exaltar.

Angeles Villarta ha sabido ver «su Asturias», pero nos la ha dado en unas páginas personales y no provincianas. Todos los matices que la región puede ofrecernos, desde los más líricos hasta los más utilitarios, son tratados aquí con garbo y sencillez, diríamos que alegremente—en el más limpio sentido de la palabra—, y así esta *Asturias* se lee con agrado y sucesión, porque en el libro están jugados hábilmente el sentido novelesco, la noticia exacta y la referencia emocional.

El volumen contiene unas selectas fotografías del marqués de Santa María del Villar y de Aragón Tejerina, y ha sido cuidado como habitualmente lo hace la Editora Nacional.

LOS ESTUDIOS HISPANICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS, por Ronald Hilton; versión y adaptación española de Lino Gómez Canedo, O. F. M.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Historia y Geografía».—Madrid, 1957. — 24 X 17 cm. — 496 páginas.—135 ptas.

Fruto del creciente interés que despierta hoy en los Estados Unidos la historia de la cultura hispánica es esta obra de Ronald Hilton, profesor de la Universidad de Stanford. Cataloga acertadamente, con comentarios precisos, todos los fondos hispánicos—más numerosos e importantes de lo que a primera vista parece—de los archivos, bibliotecas, museos, sociedades científicas, galerías de arte y fundaciones particulares existentes en los Estados Unidos.

Está admirablemente traducido este trabajo, adaptado al español, por el padre Lino Gómez Canedo, O. F. M., tan profundamente conocedor de todos los temas estadounidenses por los prolongados años que lleva residiendo en dicha nación.

HISTORIA DE LAS RECOPILACIONES DE INDIAS (tomo II), por Juan Manzano Manzano.—Ediciones Cultura Hispánica, Colección «Fuentes del Derecho Indiano».—Madrid, 1956.—24 X 17 cm.—592 páginas y diversos grabados.—145 ptas.

Don Juan Manzano Manzano, catedrático de la Universidad de Sevilla, recoge en este volumen todos los afanes codificadores de la legislación indiana durante el siglo XVII, que culminan, en 1680, con la publicación de la «Recopilación de las leyes de Indias». Estudia detenidamente las tareas recopiladoras desde Diego de Zorrilla (1603), Solórzano (1622), León Pinedo (1628), Escalona (1635), hasta la formación total del famoso cuerpo legal, tan citado como desconocido, en líneas generales, por historiadores y juristas.

Con la publicación de este segundo tomo de su obra, el catedrático señor Manzano ha conseguido una obra definitiva sobre la historia de la «Recopilación de Indias», tema tratado hasta ahora, y no con la profundidad de Manzano, por Altamira, Levene, Ots y Capdegui y algún otro.

El hombre teme al Universo

(Viene de la pág. 8.) su órbita ha sido mucho más elíptica que la del primero; en éste las distancias máxima y mínima fueron de 1.200 y 300 kilómetros; en aquél, de 1.600 y 230 kilómetros, respectivamente.

La novedad más llamativa del «Sputnik II» ha sido la perra, llamada «Laika», que es de una raza polar especial, muy resistente a las temperaturas extremas, al hambre y a otras incomodidades. La perra fué lanzada al espacio para averiguar hasta qué punto el organismo animal puede resistir a la aceleración de la subida y desceleración del descenso. El estado de salud del mismo se reconocía porque emite por radio las pulsaciones del corazón y la marcha de la respiración. La comida le era suministrada por un mecanismo automático, que la sacaba de tiempo en tiempo, y se le había enseñado a comer cuando sonaba una campanilla.

El día 10 de noviembre, o sea, siete días después del lanzamiento, Radio Moscú informó que el satélite no enviaba más señales de radio y que los instrumentos telemétricos habían terminado su misión, pues el programa para estudios era de siete días. «En adelante—añadió—las observaciones tendrán que efectuarse por medios ópticos y de localización.»

Sobre la suerte de la perra «Laika», se supone que perecería hacia el 11 de noviembre, no precisamente envenenada, pero sí sin dolor, por habérsele suministrado un somnífero juntamente con la última ración de comida. No ha tenido confirmación el rumor de que la perra fué lanzada fuera del satélite por medio de una catapulta y que había sido encontrada en territorio soviético.

A fines de diciembre, el «Sputnik II» continuaba dando vueltas en torno de la Tierra. El día 24 del mismo mes había dado la vuelta 722.

INTERROGANTES SOBRE LOS COHETES SOVIETICOS

Interrogada, durante el Congreso Internacional de Astronáutica, celebrado en Barcelona en la primera quincena de octubre de 1957, la señora Masevich, sobre si los rusos habían ya intentado lanzar algún otro satélite antes del «Sputnik I», declaró: «Nosotros no hemos tenido fracasos y el satélite se lanzó al primer intento.»

Sin embargo, los occidentales están convencidos de que antes del 4 de octubre hubo conatos fracasados por parte de los rusos de lanzar satélites; incluso se ha dicho que estos fracasos fueron nada menos que 16. Se han concretado dos fracasos de lanzamiento de satélites, que debieron ser en las siguientes fechas: el 19 de agosto de 1957 se desintegró uno en el golfo de Lyon, en la segunda vuelta de su viaje alrededor de nuestro planeta, y posteriormente, el 17 de septiembre, otro «Sputnik 0» cayó envuelto en llamas en la costa oeste de Noruega, cuando caminaba con velocidad de 8.000 metros por segundo. Se trataba, en este segundo caso, de una luna artificial lanzada con motivo del centenario del nacimiento del gran físico soviético Constantino Tsiolkwsky, considerado como precursor en la técnica de los cohetes.

Un segundo interrogante se refiere al autor o autores de los satélites soviéticos. Los rusos aseguran que los proyectos y la ejecución del lanzamiento de los satélites se debe exclusivamente a la ciencia soviética. En cambio, los ingleses se adjudican una gran parte de la hazaña por haberse formado científicamente en su país el notable físico Kapitza, considerado como uno de los autores principales de los satélites. Los norteamericanos también se atribuyen cierta paternidad, por cuanto, a su modo de ver, los rusos se aprovecharon de los informes obtenidos en Norteamérica referentes a cohetes y satélites. De lo que apenas puede dudarse, a pesar de negarlo rotundamente los rusos, es del importante papel que en estas técnicas rusas tan avanzadas han desempeñado los técnicos alemanes que, al terminar la segunda guerra mundial, fueron obligados a internarse en Rusia y trabajar para este país en su especialidad.

El tercer interrogante acerca de los satélites versa sobre su eficacia bélica. Todo el mundo está de acuerdo en atribuir a los satélites gran eficacia científica; en cambio, no hay coincidencia de pareceres tratándose de su eficacia militar. El escritor español Barrientos dice: «Es indudable que podrán transportarse así cargas atómicas o de hidrógeno, que serían lanzadas impunemente sobre los lugares escogidos con precisión matemática.» Alejandro Ananof niega a los satélites eficacia militar directa: «El satélite en sí mismo—dice—nunca será de utilidad militar directa, por mucho que pueda desarrollarse; incluso, aunque se llegue a un satélite tripulado, no serviría para nada desde el punto de vista militar. Las fotografías tomadas desde esa altura (de centenares de kilómetros) no serían de utilidad; en cuanto al lanzamiento de bombas, también sería algo impracticable.»

El Presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower, en su alocución del 8 de diciembre de 1957, para tranquilizar a su pueblo, dijo: «Los satélites de la Tierra, en sí mismos, no tienen efecto directo actual sobre la seguridad de las naciones; sin embargo, esos lanzamientos tienen una gran significación militar, que reside en los avances técnicos y en la competencia en tecnología, que se demuestra evidentemente en la propulsión que necesita el satélite para su ascensión.»

El cuarto interrogante reza así: ¿Son correctos los datos facilitados por los rusos? El astrónomo holandés Richard van der Woolley declaró el 11 de noviembre: «Los hombres de ciencia soviéticos han mentido en lo que se refiere al tamaño y peso de sus "Sputniks", así como también en que sus satélites artificiales sean meros artefactos científicos. No cabe duda de que los rusos lanzaron sus satélites como experimento militar para probar el combustible que piensan utilizar para sus proyectiles dirigidos.»

El quinto interrogante puede formularse así: ¿Proyectan los rusos lanzar otros satélites? Por octubre de 1957 se anunció que los soviéticos estaban preparando unos diez satélites. El radiotécnico español don Emilio Novoa dice que se tiene casi certeza, deducida de los preparativos soviéticos, cuya difusión hacia Occidente no fué impedida, de que, para las fechas navideñas, debía hallarse circulando en los espacios otro satélite ruso, el «Sputnik III», de características bastante diferentes de los realizados hasta ahora.

El lanzamiento, según el mismo autor, fué intentado. Es desconocida la causa de ese posible fracaso, que no puede ser atribuída ni al supercarburante ni a la calidad de materiales refractarios al calor que han permitido poner en órbita los dos satélites anteriores.

Se sospecha que el programa previsto por Moscú haya sufrido por ello alguna variación en cuanto al progresivo lanzamiento de satélites. Figuraban entre ellos dos variedades que merecen ser señaladas especialmente: el «satélite-faro», que había de producir una gran reflexión de rayos solares sobre la superficie terrestre, y el «satélite orientado», que, mediante un sistema de telemando, adoptaría respecto al Sol y la Tierra posiciones convenientes y a voluntad del experimentador terrestre; aunque de ello nada se diga, ambas realizaciones no están privadas de ulterior interés bélico.

EL FRUSTRADO INTENTO DEL COHETE NORTEAMERICANO

En vista del lanzamiento de los dos «Sputniks» soviéticos, los norteamericanos no quisieron aguardar a la próxima primavera, como tenían anunciado, para lanzar el satélite de la «operación Vanguard», y así, se apresuraron a poner a punto otro satélite, que, por su diminuto tamaño, pues pesaba sólo unos dos kilos y medía unos 10 centímetros de diámetro, fué bautizado con el nombre de «toronja volante», reservando para la esfera de más de medio metro de diámetro de la «operación Vanguard» la denominación de satélite.

Como el lanzamiento de la «toronja volante» fué anunciado repetidas veces, no es de maravillar que, en vísperas de la fecha señalada de antemano, estuvieran las cercanías del campo de experimentación en Cabo Cañaveral (Florida) repletas de informadores de prensa y de curiosos para presenciar un espectáculo jamás visto por los occidentales. Desde el 3 de diciembre se encontraban montando guardia los reporteros norteamericanos con sus máquinas fotográficas y de cine dirigidas al artefacto que había de lanzar el cohete conteniendo al minúsculo satélite. Pero el cohete no se disparaba. Aunque el día era uno de los más fríos del año en Florida, nadie se movió de los puestos de observación, esperando el ansiado lanzamiento, que se anunció seis veces como inminente, sin que luego se hiciese efectivo. ¿A qué se debían estos aplazamientos?

Corrieron varias versiones. Una de ellas señalaba ciertas dificultades de orden menor, producidas en las válvulas, que aconsejaban la suspensión, sobre todo teniendo en cuenta, además, que algunos mecánicos del artefacto llevaban trabajando treinta horas seguidas y debía procurárseles un descanso. La extrañeza que iban causando los sucesivos aplazamientos motivó el que se tratara de justificarlos oficiosamente, dando como razón un viento reinante, un cambio de combustible, dificultades mecánicas...

Por fin, a las seis menos cuarto de la tarde (hora española) del día 6, el ingeniero de propulsión Pablo Karpisac pulsó el botón. Los observadores pudieron ver entonces que una gran bola de fuego envolvía la torre de lanzamiento y era seguida por una gran cantidad de humo negro. La bola de fuego no sorprendió momentáneamente a los observadores, pues siempre se produce en el lanzamiento de un cohete; pero las llamas continuaron, y, al surgir la gran humareda, se tuvo entonces la certeza de que el disparo había fracasado. Entonces el cohete se vino abajo sobre la plataforma, giró un poco hacia el este e hizo explosión, pero nadie resultó herido.

Con respecto a las causas del fracaso del lanzamiento del «Vanguard», una posible explicación que inmediatamente cruzó por la mente de algunos fué si se trataba de un sabotaje. Pero al punto un portavoz del Departamento de Defensa salió al paso de esta especie significando que, por la complejidad del artefacto, nadie había de maravillarse de que se registrasen fracasos, y más fracasos que éxitos, añadiendo que en pruebas anteriores se habían hecho tres disparos magníficos. Estos disparos se referían a las respectivas pruebas de cada uno de los tres cuerpos de que consta el «Vanguard».

Inmediatamente después de este fracaso, seguramente para neutralizar la mala impresión que había producido en el mundo libre, los norteamericanos se aplicaron a practicar lanzamientos de proyectiles-cohetes. El primero de estos lanzamientos fué el proyectil teledirigido «Thor», de 2.500 kilómetros de alcance, lanzado desde la base de Cabo Cañaveral por las Fuerzas Aéreas. Al anunciarlo éstas, hicieron constar que había sido un éxito. Más aún: al día siguiente, refiriéndose al mismo disparo, notificaron que el proyectil había aterrizado muy cerca del blanco previsto. El 10 de diciembre, el Ejército norteamericano anunció que había lanzado con éxito, también en Cabo Cañaveral, un proyectil «Redstone»; y el 12, asimismo de diciembre, el Departamento de Defensa hizo saber que el día anterior había sido realizada en Cabo Cañaveral una «prueba estática de rutina sobre el proyectil balístico intercontinental "Atlas"»; esta prueba consistió en «hacer funcionar el motor del cohete a alta presión, pero permaneciendo quieto el cohete».

La Marina norteamericana hizo, por los mismos días, una primera demostración semipública del proyectil dirigido «Regulus II», supersónico, del que en breve han de ser dotados buques de superficie y submarinos. El «Regulus II» es capaz de alcanzar una velocidad doble de la del sonido y un objetivo situado a una distancia de 1.600 kilómetros. En la prueba referida fué dirigido por un avión de caza a reacción, que, al cabo de media hora, lo hizo aterrizar sobre el triciclo retráctil del que, a tal efecto, se halla dotado. El lanzamiento—se dijo—constituyó un éxito.

El 29 de diciembre se hicieron dos lanzamientos: uno de ellos fué el del proyectil dirigido «Thor», que, según el Departamento de Estado, tomó tierra con éxito en la zona prevista. En cambio, el proyectil «Júpiter», también de radio de acción intermedio, hizo explosión en el aire a poco del lanzamiento. No obstante, los científicos aseguran haber obtenido información aprovechable de esta prueba, a pesar de ser la segunda vez, en menos de un mes, que fracasa en el proyectil citado. Normalmente, cuando los proyectiles se averían en vuelo, son destruídos por control remoto desde el centro de pruebas.

De todas maneras, los fracasos en el lanzamiento de proyectiles y satélites se consideran normales en los ensayos de semejantes artefactos. La diferencia que hay entre los norteamericanos y los rusos reside en que los primeros anuncian los lanzamientos antes de llevarlos a efecto y los segundos sólo dan a conocer los que han tenido éxito. Se da por descontado que los rusos han tenido, según parece, fracasos en sus experiencias, como vimos anteriormente.

Una hazaña extraordinaria han llevado a cabo los norteamericanos que apenas ha tenido repercusión mundial, y es el lanzamiento de «meteoritos artificiales», especie de perdigones de aluminio en número no declarado, desde Nuevo México (Estados Unidos), el 16 de octubre, a la fantástica velocidad de 64.000 kilómetros por hora. No sería raro que algunos de estos meteoritos estuvieran dando vueltas a la Tierra a manera de minúsculos satélites, que sería prácticamente imposible localizar dada su extremada pequeñez.

SIGNIFICADO TECNICO
Y MORAL
DE LOS SATELITES

El técnico Alejandro Ananof, uno de los fundadores de la Asociación Internacional de Astronáutica, enjuicia el *significado técnico* de los satélites en los siguientes términos: «El lanzamiento del satélite artificial—dice—era una labor más difícil que la de enviar un proyectil a la Luna. Por lo tanto, el hecho de que un satélite esté ya dando vueltas a la Tierra demuestra que el proyectil a la Luna será una realidad en poco tiempo.»

El publicista Daniel F. Gilmore, comentando las palabras de Ananof, escribió: «Es éste (de Ananof) un testimonio más de los muchos que podríamos aducir para poner de relieve cómo la noche del 4 de octubre de 1957 tendrá un significado histórico para el mundo. Se trata de un punto de partida sólo comparable, en los últimos siglos, al descubrimiento de América, a la utilización de la energía eléctrica o a la desintegración del átomo.»

En cuanto al *significado moral* de los satélites, he aquí cómo se expresa la Radio Vaticana, a raíz del lanzamiento del primer «Sputnik»: «Pasa el satélite por los cielos, pero las tragedias humanas que han tenido lugar en el pasado año (1956), y en estos mismos días dentro de la Unión Soviética y en los pueblos por ella dominados, impiden que el «Sputnik» haga amable la ideología y el sistema del cual es mensajero. Quizá nunca ha visto el hombre con tanta evidencia un abismo entre el progreso científico y técnico y las estructuras humanas de una ideología y de un régimen. Jamás el hombre ha sentido con tanta claridad la necesidad de dar al progreso las dimensiones de la libertad y de la justicia, so pena de sentir después remordimientos y de maldecir sus propios descubrimientos.»

Pío XII, actual Pontífice reinante, en un radiomensaje del 27 de octubre de 1957, o sea, cuando ya daba vueltas en torno de la Tierra el «Sputnik I», hablando de las condiciones que requiere la técnica para contribuir al progreso, dijo lo siguiente: «Nadie seguramente habrá que, juntamente con Nos, no alabe estos descubrimientos, que constituyen una gran gloria de nuestro siglo. Sin embargo, es necesario afirmar que los beneficios, las ventajas, las utilidades que ofrecen todas las ciencias técnicas de cualquier clase no pueden contribuir a la prosperidad de los hombres y a la verdadera felicidad si no promueven los bienes del alma, que son más importantes; si, por último, no obedecen plenamente a las leyes del Dios eterno.»

El mismo Soberano Pontífice, en el radiomensaje de Navidad de 1957, dirigido a todos los pueblos del mundo, abundando en las mismas ideas y teniendo sin duda la mente dirigida a los satélites artificiales, se expresó de la siguiente manera: «Pasado el primer ímpetu de regocijo, los hombres de hoy, ante la inesperada multitud de sus crecientes conocimientos y de los efectos que de ellos se derivan, ante esta inmediata invasión del microcosmos y del macrocosmos, atormentados por cierta ansia, se van preguntando si conservarán su dominio en el mundo o si no caerán víctimas de su progreso. El hombre comienza a temer al mundo, que cree tener ya en sus manos; lo teme más que nunca, y sobre todo donde Dios no vive verdaderamente en las mentes y en los corazones; Dios, de quien es obra el mundo, en el cual ha impreso su huella imborrable.»

IGNACIO PUIG, S. I.

Las casas para obreros...

(Viene de la pág. 41) teriales nobles y de diferentes capacidades. Las hay de dos, tres, cuatro dormitorios. La «casa modelo» consta de *living*-comedor, que puede ser transformado eventualmente (por la noche) en dormitorio; de dos, tres y cuatro dormitorios; una cocina, un baño (interior) y un patio con lavandería.

—¿Y los alquileres?

—Como se trata de una obra exclusivamente social—ajena totalmente a miras económicas—, el problema del alquiler es el más álgido. Por lo pronto hay factores que favorecen el bajo alquiler en la unidad. Son: primero, ausencia de lucro; segundo, interés mínimo del capital, y tercero, la generosidad de los que intervienen en la realización de esta obra. Gracias a estos factores podremos ofrecer una casa, por la que normalmente se pide un alquiler de ochocientos a mil doscientos soles, por la insignificante suma de doscientos soles mensuales aproximadamente. Sin embargo, para fijar los alquileres, estudiaremos los recursos del solicitante, considerando un sexto o un séptimo de la masa total de sus ingresos.

Me sentí maravillado ante este prelado peruano, todo sacerdote, todo dinamismo, todo vehemencia, todo inquietud social, honra y prez del de las palabras!... Un organizador y un realizador como los pide la patria peruana.

P. V. C.

LA ISLA DE NAPOLEON

(Viene de la pág. 11.) parece la obra de un pintor de irrealidades que el núcleo principal de una Subprefectura de provincia, con Obispado y con Audiencia.

* * *

En cuanto a recuerdos napoleónicos. Bastia no ofrece mucho interés. Una estatua del caudillo, con la vista dirigida hacia levante, en dirección a la isla de Elba, y dos calles dedicadas al insigne personaje, es casi todo lo que hay en la principal villa de Córcega. El afecto a Bonaparte se halla concentrado en Ajaccio, su ciudad natal. En Ajaccio está el museo y la casa en que nació el futuro emperador. Mas para dirigirse hasta esa población es necesario repasar la cordillera en ferrocarril o en autocar. La elección importa poco. Carretera y vía férrea siguen un solo valle y por el *coll* de Vizzavona cruzan la divisoria.

La subida es lenta y el paisaje hermoso. Al abandonar la orilla del estanque de Bigulla, se entra en zona agreste. Las montañas que de lejos dominaban, ahora encuadran violentamente. Los «monserrates» puntiagudos—no alisados por el agua de los siglos anteriores—se aproximan paso a paso. Los árboles frutales se concluyen y la carretera se hunde en un gran desfiladero. Se retuerce. Se encabrita, y luego sube hacia la altura, como en busca de los pueblos instalados sobre las cumbres, a los que sólo llegan los caminos de montaña: los mismos que siguieron los antiguos moradores, huyendo de invasiones que duraron veinte siglos o en busca de refugios destinados a abastecer a los «patriotas».

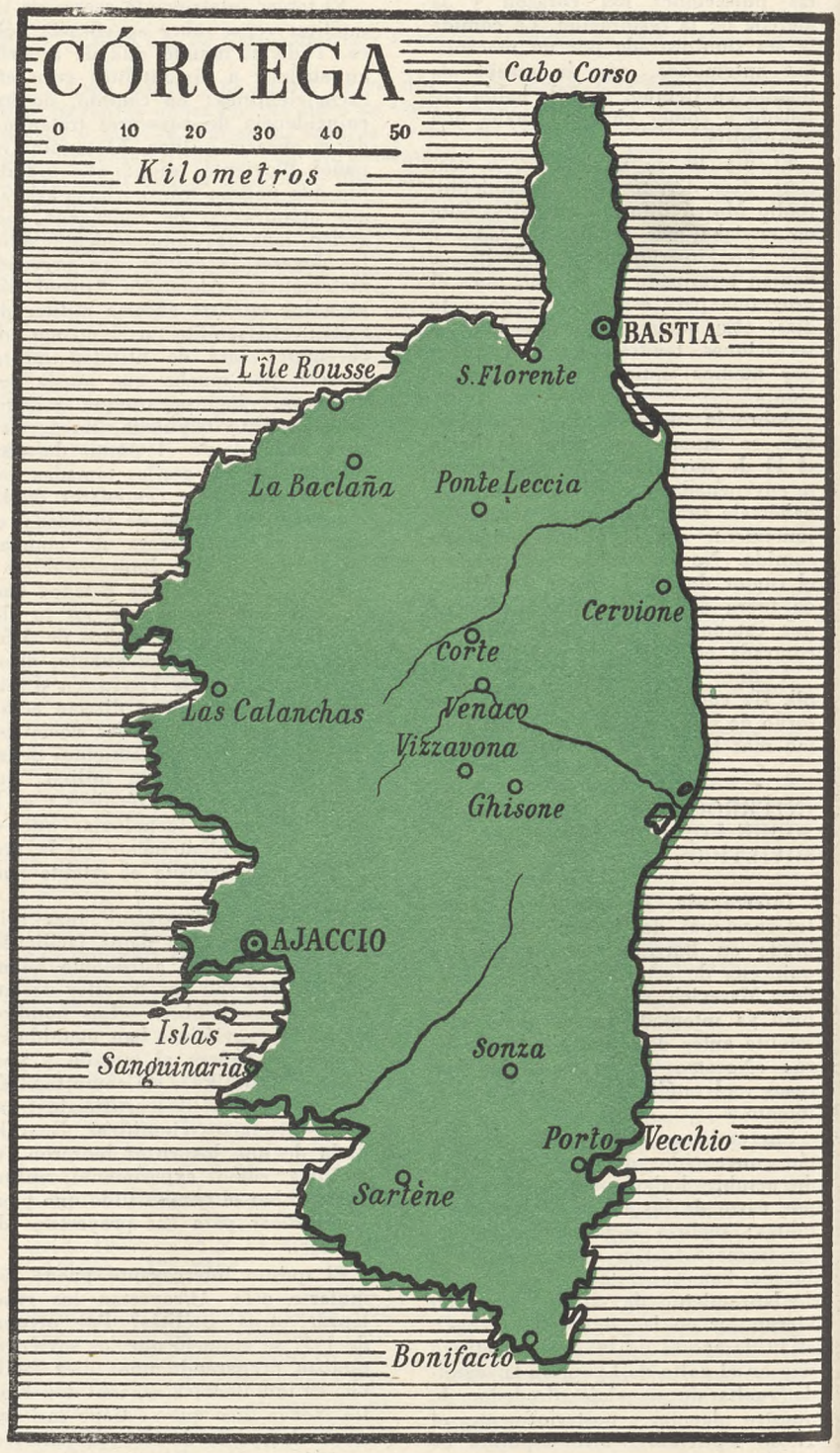
Junto a esa carretera están las poblaciones interiores, con su arriesgada ubicación y un pintoresco decorado: corte, antigua plaza fuerte y centro de las viejas «resistencias», con su ciudadela bien plantada en lo más alto de una roca vertical; Venaco, al pie del Cappezolo (2.100 metros), entre viñedos y castaños; Vizzavona, que está cerca del Renoso (2.300 metros) y del Retondo (2.625). Cuanta más altura, más poblados y pueblecillos. Muchas casas instaladas sobre un cerro, como hechas de cartón para que el viento las pusiera en sendas «cotas» de granito. Son poco mayores que chabolas. Su asentamiento es viejo; mas su blancura las destaca en forma tal, que a ciertas horas se diría que están colgadas de una estrella.

Cuesta abajo, una selva densa e inacabable: grandes pinares, sembrados de plátanos y tilos, de álamos blancos, de abedules, de hayas y nogales...; y hoteles en el bosque, a los que viene gente como huyendo del estío. Luego el camino toma el rumbo que le fija el contrafuerte, hasta que se halla un paso conveniente, y tras otros pasos menos altos, se derrumba hacia la costa. Cae sobre Ajaccio de repente, después de serpentear durante más de cien kilómetros.

¡Ajaccio! ¡La ciudad en que Bonaparte vino al mundo! ¡La ciudad que lo recuerda con fruición y con orgullo!

En Ajaccio—que es animada y parece el resultado de una invasión exótica—todo está relacionado con Bonaparte. «Le Bonaparte» se llama el cine más moderno; «Le Petit Caporal» es cierto bar que está en el centro de la plaza; «Chez Létitzia» es una tienda de sombreros; «L'Imperial», un gran bazar; «Le Roi Jérôme», un *tea-room* presuntuoso... Y tales tiendas y recreos son los más antiguos de la alegre población. Se diría, en viéndolos, que los primeros en llegar acapararon pronto los nombres bonapárticos, y que los otros —luego—se contentaron con los de héroes antiguos—Paoli, entre muchos—o con los de personajes más recientes: Gallieni, De Gaulle, marisc al Foch... Aquéllos, sin embargo, dominaron, y ahora llaman la atención. Callejeando varias horas, me pareció que estaban presentados en caracteres de mayores dimensiones: como con más orgullo o más entusiasmo. Me pareció también que su fulgor iluminaba lo demás; había, en efecto, muy pocas tiendas sin efectos imperiales. El negocio principal de los comercios populares está en la venta de algo que está conectado con Napoleón I: pisapapeles con su busto, vajillas con su efigie, objetos muy variados con su nombre, su corona, su retrato...

Los corsos quieren a Bonaparte por



sus vicisitudes personales: su historia, sus victorias, sus éxitos mundiales... Su padre, Carlos María, era descendiente de patricios de los siglos XVI y XVII, y en su juventud había ayudado a Paoli contra los genoveses. Era, pues, un «resistente». A pesar de las dificultades que él halló para casarse con Leticia Ramolino, cuya familia era de origen «conformista» en relación a los intrusos, supo inculcar a su hijo un gran amor a Córcega, logrando su adhesión a los esfuerzos realizados por el «patriota» antes citado, cuyo nombre estaba en auge, y que aun es admirado en nuestros días.

Pero Napoleón era francés. Lo fué desde la tarde de la fecha en que nació. Sólo es italiano hasta la hora en que Génova cedió sus derechos sobre Córcega a la monarquía francesa. Su padre lo sabe, y se resigna. En 1778 lleva a sus dos hijos mayores a educarse. En Brienne deja al segundo: futuro general y emperador. Muere luego, y Napoleón encauza su trabajo hacia París, donde acaba su carrera militar (en 1785).

Pero varias incidencias familiares le obligan a volver a Córcega, y ya en su isla, patrocina la orientación fijada por los revolucionarios moderados. De ese modo, a los dos años, obtuvo el título de jefe de la Guardia Nacional de Voluntarios. Mas Paoli, que estaba ausente desde el día en que dominaron los Capetos, fué autorizado a regresar, y, disconforme con la orientación bonapartista, quiso detener a Napoleón, que huyó oportunamente, siquiera viendo cómo ardía su palacio Ramolino.

En 1893, el teniente Bonaparte se marchó otra vez a Francia. Instaló a su madre en La Valette. Pasó los Alpes. Se incorporó al ejército de Italia. Venció en Lodi y en Arcola y fué nombrado primer cónsul. Pero los éxitos no le embriagaron hasta el punto de olvidar su isla natal. En 1802 envió a su consejero Miot para ocuparse de los servicios públicos. Más tarde hizo construir algunos puertos e impulsó la agricultura. Dictó disposiciones comerciales. Escribió misivas y—a última hora—premió espléndidamente a sus colaboradores más eficaces. Expuestos en forma visible en el Museo de Ajaccio, hay dos permisos concedidos a otros tantos personajes, por el propio Bonaparte—«emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederación del Rhin y mantenedor de la Confederación Helvética»—, para exportar productos a Cerdeña.

Napoleón, sin duda, se ocupó de todo o casi todo. Abandonó el idioma solamente. Lo dejó a su aire, porque no le preocupaba o porque suponía conveniente no remover asuntos espinosos. El dialecto se mantuvo, y el italiano, casi, casi. Hoy mismo todo sigue, en la materia, como estaba en tiempo suyo. Todo guarda el viejo nombre. Todo se dice con arreglo al buen saber de cada cual. Los apelativos, en efecto, son los de los tiempos en que Pisa o en que Génova eran dueños del terreno. Cambia solamente el artículo inicial. Se dice—o se lee en los cartelones—: «*le* Scudo», «*le* Belvedere»...; en vez de «*il* Belvedere» o de «*lo* Scudo». Sálese tan sólo de lo dicho lo que está relacionado con «Napoleone». No se dice «Buonaparte», como habríase pensado, sino «Bonaparte» únicamente, sin la *u*, que proporciona al apellido un cierto «deje» más mediterráneo. Y sobre este asunto acaso sea interesante consignar que el acta misma de bautismo, expuesta al público en vitrina aparatosa, en el sitio principal de aquel museo napoleónico de Ajaccio, dice claramente «Bonaparte»; y de ese modo escribe el padre del futuro vencedor de Iena, al estampar su firma al pie del acta mencionada, el 21 de julio de 1771, o sea, a los dos años casi de la fecha en que Napoleón hizo su entrada en este mundo.

No obstante, las firmas posteriores del insigne corso dicen, a veces, «Buonaparte». Es evidente, pues, que no le preocupaba dicho asunto. «¡Allá los corsos con su idioma—se diría—, en tanto que preparo un gran imperio y lo gobierno!»

CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

Corresponsales de venta de MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Calle Araoz, 864. Teléfono 54-04-35. *Buenos Aires.—BOLIVIA:* Gisbert y Cía. Librería La Universitaria, Casilla núm. 195. *La Paz.—BRASIL:* Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.—COLOMBIA:* Librería Hispania, Carrera 7.ª, números 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario número 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones Maracaibo, números 47-52. *Medellín.*—Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, números 17-36-40-44, Santander. *Bucaramanga.—COSTA RICA:* Librería López. Avenida Central. *San José de Costa Rica.—CUBA:* Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.—REPUBLICA DOMINICANA:* Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, número 86. *Ciudad Trujillo.—CHILE:* Inés Mújica de Pizarro. Casilla número 3916. *Santiago de Chile.—ECUADOR:* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.—REPUBLICA DE EL SALVADOR:* Librería Cultura Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador. — ESTADOS UNIDOS:* Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y. — FILIPINAS:* Andrés Muñoz Muñoz, 510-A. Tennesse. *Manila. — REPUBLICA DE GUATEMALA:* Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida. 12. D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.—HONDURAS:* Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Librería IDEA. Apartado postal 227. *Tegucigalpa.*—Reverendo Padre José García Villa. *La Ceiba.—MEXICO:* Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.—NICARAGUA:* Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.*—Agustín Tijerino. *Chinandega.—REPUBLICA DE PANAMA:* José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.—PARAGUAY:* Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, número 209. *Asunción.—PERU:* José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), número 264. *Lima.—PUERTO RICO:* Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1463. *San Juan de Puerto Rico. — URUGUAY:* E. I. S. A. Uruguaya. Calle Obligado, 1314. Teléf. 41 22 21. *Montevideo.—VENEZUELA:* Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.—ALEMANIA:* W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.—IRLANDA:* Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublin.—BELGICA:* Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núm. 14 à 22. *Bruselas.—FRANCIA:* Librairie des Editions Espagnoles, 72, rue de la Seine. Paris (6ème).—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.—PORTUGAL:* Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, número 119. *Lisboa.*

JOSE CAPUZ

(Viene de la pág. 41.) Entre las muchas obras que pueden servirnos de ejemplo, aparte de las ya citadas, el lector puede contemplar el retrato que hiciera Capuz al gran pintor Sorolla, y que se exhibe en el Museo de este maestro en Madrid. Yo tuve la suerte de ver este retrato cuando el gran pintor valenciano servía de modelo para Capuz en esa obra. Capuz es un gran retratista, porque es un gran escultor; con esta cualidad, Capuz logró un gran retrato de Sorolla, en el que no hay simplificaciones *sistemáticas;* en él la ciencia de las formas, con toda su expresión, de «espejo del alma» y del lenguaje, se unen por justas relaciones de valores sensibles, y no por relaciones de valores matemáticos de un método preconcebido; su gran parecido físico viene de un sentimiento de captación que penetra en lo profundo del modelo vivo.

Una voz juvenil y grata de sonoridad interrumpe mi diálogo con Capuz: es la simpática presencia de una joven, la hija del artista, de una prestancia que nos evoca a la figura central de *El nacimiento de San Juan,* de Ghirlandajo. La hija del maestro nos advierte que la *tierra rueda...*; han pasado ¡tres horas!, charlando de arte, sin darnos cuenta. Capuz no se da por cansado y acepta una nueva curiosidad de mi parte: deseo ver sus dibujos, pues, como dibujante, este gran escultor es toda una lección envidiable. A propósito del arte del dibujo, el maestro se anima y se yergue con su bien plantada figura; con sus cabellos ya plateados, de discreta y coqueta «melena de artista», cuyo marco acentúa el vigor psicológico de su mirada con una expresión un tanto de melancolía y de *humano pesimismo...*, hijo de una larga experiencia de escultor insaciable, me enseña una copiosa serie de dibujos, de los que muy brevemente deseo decir algo de lo mucho que merecen. Son dibujos que bien pudiéramos llamar de un estilo naturalista con *aire* mediterráneo. Lo que el gran escultor Joseph Bernard llamaba el «movimiento puro», en estos dibujos de Capuz se expresa con un lenguaje *autobiográfico,* de escultor que concibe lo esencial de lo escultórico; lo concreto está tallado en *lo vivo* y lo abstracto; la polifonía plástica es melodiosa, porque, como me decía mi amigo el ilustre crítico Stanislas Fumet acerca del excepcional Joseph Bernard, «es un silencio que se encarna en música». Surge una nueva sorpresa: la señora de Capuz, que me habla de su revelación como escultora; lo cuenta sonriendo y en broma, pero yo insisto queriendo conocer sus obras; sale del salón para traer un «nacimiento» de Navidad que ha dedicado a sus nietos. Mientras vuelve la señora de Capuz, éste me dice con una sonrisa de chiquillo:

—Bueno..., verás...; no es nada. No había dibujado nunca, ni modelado. Eso la divierte..., le gusta. Pero..., ¿sabes?... Ya defiende *sus ideas* y discute sobre la escultura.

La felicito y ella protesta, diciendo que no tiene importancia. Yo abandono la casa impresionado por la belleza de las obras de Capuz, por su cordialidad y modestia contagiosa y por la emoción que me ha causado ver ese precioso «nacimiento», obra de la esposa del maestro, la que más bien parece no una diversión o pasatiempo, sino el homenaje de toda una vida consagrada al amor por su marido, al camarada y al maestro, con el que comparte las más elevadas inquietudes espirituales con una riqueza de incomparable sensibilidad.

FRANCISCO POMPEY

Espaderos y damasquinadores...

(Viene de la pág. 31.) tural, así, como ésta—me dice, enseñándome una.

Le tiembla el arma en las manos. La mirada sigue el camino blanco de la hoja, y, escalándola, se detiene en la cruz, que se engalana con hilo de oro, conjunción del metal noble y el metal guerrero, en una simbiosis perfecta, de la que nace el primer del damasquino.

EL DAMASQUINO, ARTESANIA TOLEDANA

¡Figuras geométricas del arabesco! ¡Ojivas y rosetones del gótico! ¡Sierpes aladas y flores estilizadas del renacimiento! El hilo de oro se incrusta en el acero, dibujando las más caprichosas de las fantasías. El damasquino es una joya inimitable de la artesanía toledana.

Actualmente hay más de dos mil damasquinadores en Toledo. Rara es la casa en que no hay algún miembro de la familia dedicado a esta actividad. Para ser damasquinador hay que dominar el dibujo y conocer a la perfección los estilos. Y muchos años de práctica. Y el acero, sin perder fuerza, se enjoya y el oro engalana sin perder nobleza.

Los damasquinadores, con su maceta—pequeño martillo—golpeando las piezas, producen el «taptap» rítmico, como un contador del tiempo, que el turista escucha en su deambular callejero.

Cuando dejo al señor Vicente, el decano de los espaderos, comienza a oscurecer. La ciudad se recoge. De una iglesia llega el desgranar de las campanadas del Angelus. El Tajo, acero y leyenda, abraza la ciudad y la arrulla, entonando una canción sorda, canción de siglos, que llega hasta el último rincón y queda prendida en las viejas piedras de las casas antaño señoriales.

Una larga teoría de torres mudéjares se recorta en el cielo.

JOSÉ ANTONIO S. DE VILLAJOS

Biblioteca de Autores Cristianos

NOVEDADES

OBRAS DE SAN AGUSTIN.—Tomo XIV: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (36-124). Edición bilingüe preparada por el R. P. VICENTE RABANAL, O. S. A. XII + 770 págs. (BAC 165.)

Con este volumen quedan completos estos admirables «Tratados»; los 35 primeros constituyen la materia del tomo XIII. (BAC 139.)

Comprenden estos tomos una de las obras maestras de la producción agustiniana; son un prodigio de pensamiento e interpretación con el que la mente y el corazón de San Agustín se remontan hasta regiones de claridad inefable.

Aun cuando el santo compuso estos sermones para adoctrinar a su grey de Hipona, constituyen una obra clásica de exégesis; en ellos nos dejó San Agustín una magistral interpretación de los textos de San Juan llena de claridad y sabiduría.

OBRAS DE SAN AGUSTIN.—Tomo XV: *Sobre la doctrina cristiana. Del Génesis contra los maniqueos. Del Génesis a la letra.* Edición bilingüe preparada por el R. P. BALBINO MARTÍN, O. S. A. XII + 1272 págs. (BAC 168.)

Contiene los tratados más originales de interpretación bíblica y exegética. Tratados luminosos que son fundamentales para comprender el pensamiento de San Agustín, para quien constituyó la Sagrada Escritura fuente inagotable de inspiración. Más de 40.000 citas de la Sagrada Escritura pueden contarse a lo largo de su obra.

Los tratados bíblicos que se recogen en este volumen contienen una riqueza de ideas, de interpretaciones y de anticipos sorprendentes, que han sabido valorar todos los grandes tratadistas escriturarios.

El genio de San Agustín se adelantó en muchos siglos a los más insignes comentaristas del Sagrado Texto. Son tratados imprescindibles para quienes pretendan profundizar en su espíritu y en su letra.

TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES.—Tomo I: *Moral fundamental y especial*, por el R. P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. XVI + 870 págs. (BAC 166.)

Obra nueva y necesaria, de capital importancia para todo seglar culto y utilísima también para el sacerdote. Rigurosa en el método, clara en la exposición, sólida en la doctrina y moderna en sus aplicaciones actuales, reúne todo cuanto pueda interesar al lector en orden a la formación de su conciencia particular y profesional.

La gran difusión alcanzada por las dos obras del mismo autor publicadas anteriormente por la BAC, *Teología de la perfección cristiana* y *Teología de la salvación*, prueban elocuentemente la aceptación de los escritos del ilustre dominico P. Royo Marín, O. P., que de forma tan certera enfoca los problemas fundamentales.

El volumen II y último, con que se completa la exposición de los grandes principios de la teología clásica, en íntima y vital conjunción con las últimas disposiciones de la legislación canónica y civil, aparecerá en breve.

LA PALABRA DE CRISTO, publicada bajo la dirección de MONSEÑOR ANGEL HERRERA ORIA, Obispo de Málaga. Tomo IX: *Fiestas (1.º): Navidad, Epifanía, Semana Santa, Ascensión, Corpus Christi, Sagrado Corazón, San José, Todos los Santos, Conmemoración de todos los fieles difuntos.* XX + 1024 págs. (BAC 167.)

El éxito de los ocho primeros volúmenes, dedicados a las homilías dominicales del año, hace innecesario el presentar este primer tomo, dedicado a las fiestas, que sigue en todo la sistematización de los anteriores. En él hallarán los párrocos y sacerdotes amplia materia predicable para las mencionadas festividades.

El tomo X y último de esta magistral serie aparecerá muy en breve.

OBRAS RECIENTES

SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIII: *De los sacramentos en general. Del bautismo y confirmación. De la Eucaristía.* Versión, introducciones y notas de los PP. FR. SANTIAGO RAMÍREZ, FR. CÁNDIDO DE ANIZ, FRAY ARTURO ALONSO LOBO, FR. MANUEL GARCÍA MIRALLES y FR. EMILIO SAURAS, O. P. XVI + 1882 páginas. (BAC 164.) Publicados los tomos I (29), II (41), III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIV (163) y XV (145).

La obra cumbre de Santo Tomás, en edición bilingüe y con estudios de especialistas sobre cada tratado, que los ponen completamente al día. Un monumento del saber teológico al alcance de todo el público de habla española.

JESUCRISTO SALVADOR.—*La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, por TOMÁS CASTRILLO AGUADO. XII + 524 páginas. (BAC 162.)

Una exposición naturalmente lógica, brillante, densa y ágil de todo ese orden de ideas, hechos y efectos trascendentes que suponen y encierran la figura, la doctrina y la obra del Redentor.

SEÑORA NUESTRA.—*El misterio del hombre a la luz del misterio de María*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA. XII + 433 páginas. (BAC 161.)

La gracia de un lenguaje plenamente actual, con observaciones que sólo son asequibles al hombre de nuestros días, permite eludir el tópico en la consideración del misterio y ver nuestra propia vida, la interna y la social, transfigurada y vivificada por el misterio de María.

Es difícil que ningún cristiano de nuestro tiempo logre despegarse de estas páginas, llenas de originalidad, sustancia, gracia expositiva y aliento espiritual.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA.—Tomo I: *Grecia y Roma*, por el P. GUILLERMO FRAILE, O. P. XXVIII + 840 págs. (BAC 160.)

El fruto de veinte años de larga y paciente investigación del P. Fraile permite poner en sus manos esta obra magistral, asequible, por su admirable claridad, a todo hombre culto, cuyo primer volumen está ya a la venta.

Un índice general, una tabla cronológica y unos índices de nombres y materias permiten el fácil manejo de este volumen, que lleva además una amplísima bibliografía.

SAN JOSE DE CALASANZ.—*Su obra. Escritos*, por el P. GYORGY SÁNTHA, SCH. P., con la colaboración de los PP. CÉSAR AGUILERA y JULIÁN CENTELLES, SCH. P. LII + 827 págs. (BAC 159.)

Las investigaciones del autor húngaro padre Sántha han redescubierto a los mismos españoles una figura más venerada que conocida. Constituye una inestimable aportación a la pedagogía y a la hagiografía españolas.

CATECISMO ROMANO, de SAN PÍO V. Texto bilingüe y comentario. Versión, introducciones y notas de PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ, sacerdote operario. XL + 1084 págs. (BAC 158.)

De esta obra, uno de los monumentos del dogma católico, dijo Clemente XIII: «Norma de la fe católica y de la disciplina eclesiástica.»

Indispensable para todos los sacerdotes y estudiantes de centros eclesiásticos. Es libro de consulta para los seglares cultos en los temas esenciales del dogma y la moral. Indispensable a todos los catequistas.

OBRAS COMPLETAS DE DANTE.—Versión castellana de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ sobre la interpretación literal de GIOVANNI M. BERTINI, con la colaboración de JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA. VIII + 1146 págs. (BAC 157.)

El gigantesco poeta de la Edad Media cristiana, el genio providencial que supo incorporar toda la cultura antigua y comentarla en la solidez maciza de la Teología, en su primera versión completa al castellano.

La Divina Comedia, en italiano y español. *Vida Nueva. El Convite, La Monarquía, Sobre la lengua vulgar, Disputa sobre el agua y la tierra, Cartas, Eglogas, Rimas, Apéndice, Indices de nombres y de materias*, constituyen el contenido de la obra.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DEL MUNDO

OBSEQUIE CON LIBROS DE LA "BAC" EN PIEL

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. - Alfonso XI, 4 - MADRID

CUENTOS DE CIRCO

Por PINITO DEL ORO

A MANERA DE PROLOGO

EL circo está lleno de sentimientos secretos, íntimos, que hay que saber comprender y adivinar.

Lo más difícil en un artista es sentirlo vinculado a su propia alma.

Que se alborote nuestra sangre cuando, por cualquier circunstancia, estamos imposibilitados para trabajar, que se nos salga el alma del cuerpo cuando oímos su música tan peculiar. Que sintamos nervios y flojedad en las piernas cuando oímos los aplausos dirigidos a los que trabajan antes que nosotros y pensamos cómo nos recibirá el público cuando, a su vez, estemos nosotros en la pista.

Ser artista no depende sólo de lo que se hace, sino también de lo que se siente.

Si los artistas de circo mezcláramos nuestros sentimientos y nuestros problemas con el trabajo, sucumbiríamos continua y diariamente.

El circo es un espectáculo tan rebosante de variedad, que no hay fibra que no se nos mueva al contemplar el desarrollo de su función. Reímos, se alteran nuestros nervios, nos palpita fuertemente el corazón, se nos cubren las manos de un sudor frío, nos sentimos románticos, tristes o alegres; tan pronto nos divierte como nos impone seriedad, pendiente toda nuestra atención ante un ejercicio extremadamente difícil.

La variedad que se nos ofrece hace imposible todo cansancio, porque en el circo el tiempo pasa raudo, nada se encuentra pesaroso.

Siempre se ha creído que el circo es un espectáculo para niños y a ellos los llevan, como si únicamente pudieran ser los interesados en recrearse en la conjunción de trabajos que contemplarán. Es un espectáculo para todos, chicos y grandes, y, entre ellos, quien más inteligencia y cultura guarde, más deleite encontrará en el circo, porque, por encima de todo, sabrá comprender toda la intensidad del alma del circo.

Hay que escarbar en la quizá vulgaridad de sus músicas, en lo carnavalesco de sus vestuarios, en la mezcla y disparidad de sus personajes, para saber encontrar toda la grandiosidad del alma del circo.

Buscarla, encontrarla y comprenderla, y entonces el circo se convertirá en un espectáculo soberbio.

Más soberbio todavía cuando conozcan al artista que tiembla antes de lanzarse al espacio. Al clown que, sintiendo muchas veces una pena honda, hace reír. Al fracasado que, empujado por una fe grandiosa, empieza a triunfar y escuchar el dulce cascabeleo de los aplausos. Al viejo artista, retirado, que, orgulloso, sigue creyendo que «fué el mejor» y «no habrá otro igual». Al caballo cojo que, cuando oye una música, su música, estira las orejas y sale andando majestuoso, porque se siente artista, tragando un dolor que oculta porque está obligado a ello, y él adivina y siente el trascendental momento. Al león que aprecia a su amo, pero que tiene que enseñar, feroz, los dientes para que el público vea y presienta que, si le sigue molestando, se le comerá de un momento a otro. Al empleado que protesta siempre de su trabajo, pero que no se va nunca, y que, si alguna vez lo hace, vuelve diciendo que «echaba de menos las viejas lonas».

El circo es amado por todos los que hemos vivido bajo él, sintiendo sus estremecimientos de vejez y gran espiritualidad.

Historia del circo más grande del mundo a largos rasgos

EL principio lo leí en un libro viejo: *Historia de la vida de los hermanos Ringling*. Fué publicado en Chicago en 1900, treinta años antes de yo nacer, y quién iba a decir que yo conocería el final. Me fascinó su principio, que era así, aunque mi traducción no sea muy exacta: «Es una historia peculiar para escribir. Es cómo empezaron cinco muchachos sin un céntimo, creando el mayor circo y *ménagerie* del mundo. Los autores pueden escribir historias, pero sin decir nunca el nombre de los hermanos Ringling. Decir al mundo que su último capítulo es un suceso, es una gran frase envuelta en las seis letras que contiene la palabra *suceso*. Suceso, que significa para nosotros más quizá que ningún otro nombre en el vocabulario. En él está concentrado lo más alto de nuestras aspiraciones y el retrato más sonrosado que nuestra imaginación puede crear...»

Los cinco hermanos eran guapos, de facciones elegantes, aristocráticos e inteligentes.

Cuando eran niños aun comenzaron formando tiendas de lona y haciendo ellos la parada disfrazados de payasos, tocaban música y bailaban, cobrando a un centavo la entrada. Después, al obtener el primer caballo y una cabra (animales imprescindibles en el típico retrato del circo primitivo), subieron el precio a cinco centavos.

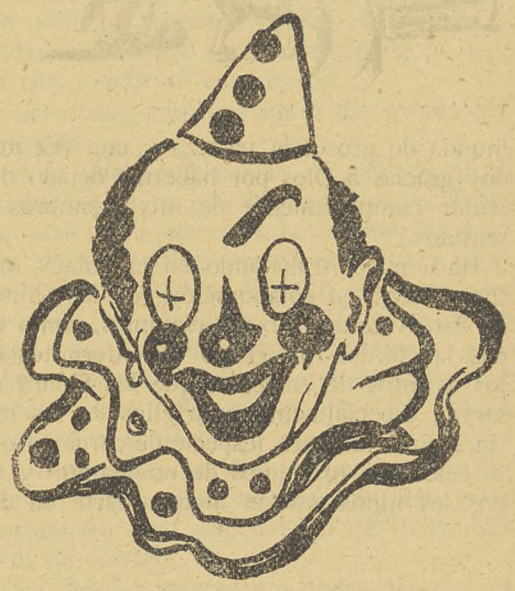
En 1884 anunciaban la cuarta temporada.

Los cinco hermanos se llamaban, respectivamente y por orden de edad, Alfred, Otto, Alf, Charles y John.

En sus rostros, de piel pálida, llamaban la atención los cinco bigotes, anchos y negros.

Ellos fueron los creadores del Mayor Espectáculo sobre la Tierra.

Cuando yo llegué, en 1950, conocí todavía la grandiosidad que ha hecho famoso



al circo en el mundo entero. La primera vez que entré en el Madison Sq. Garden, de Nueva York, sentí ese frío en la espalda que produce el miedo. Sólo una fe muy grande en Dios y en mí mismo ayudaron a fortalecerme, autosugestionándome con la idea de que tenía que triunfar.

Allí, en aquel debut, me jugaba mi carrera artística, el bienestar de mi futuro y el orgullo del nombre que mi padre creó para mí. Una nueva Pinito del Oro nacía. No hablaba inglés ni tenía dinero. Estaba perdida en la ciudad más cosmopolita del mundo. El principio es siempre lo más costoso para un artista y yo tenía que atravesar por él.

Después de mi primera actuación entré llorando a mi camarín. El público había pataleado y silbado durante mi actuación. Aquello era una mala señal; pero el director, que me seguía, al verme llorar me pidió explicaciones, riéndose después de mis temores. Lo que yo creía mi fracaso era un triunfo. Mi número había sido un suceso.

Al día siguiente, la primera página del *New York Times* contenía mi fotografía. Mi carrera artística estaba asegurada, y me lo demostraba la prórroga que hacía al final de cada año para otro más, y así siete.

El día 16 de julio de 1956 se anunció oficialmente el cierre del circo. Todo había terminado. Sólo unas palabras bastaron. Dijo: «Este circo pertenece al pasado.» Fué el día que todos los artistas lloramos en silencio por una misma cosa.

EL PAYASITO

Cuando un corazón se llena de dolor o alegría es muy difícil describir la evolución, los cambios bruscos y la resignación del sentimiento que producen tales latidos, con palabras que no estén gastadas por el exceso de novelas y cartas amorosas.

No quiero describir demasiado lo que sentí, sino lo que me ocurrió.

Yo he trabajado infinidad de veces para hospitales y más o menos estoy acostumbrada a sonreír a un grupo de enfermos sentados o acostados en camas blancas, con las piernas colgadas en posición vertical o los brazos amarrados a tablas rectas o viéndome a través de un espejo colocado horizontalmente sobre sus cabezas. Todo ello me

inunda de profunda tristeza y una vez más doy gracias a Dios por haberme dejado disfrutar completamente de mis miembros y sentidos.

Hace poco, trabajando en el Polack Brother Circus, en colaboración con los Shines, en San Antonio (Texas), teníamos, como todas las tardes, un grupo de enfermitos en los asientos de enfrente, que los Shines reservan especialmente para ellos en las matinés. Era Holliveen (especie de carnaval que se celebra a principios de noviembre) y todos los niños vestían alguna parte de disfraz, como es por costumbre. Antes de salir me fijé en ellos, llamando principalmente mi atención un niñito recostado en una cama, que contemplaba tristemente todo lo que ocurría a su alrededor. Llevaba una cinta con volantes blancos atada al cuello y un sombrerito de *clown* sobre su cabeza, que recostaba en la almohada. No parecía importarle el esfuerzo que la monjita hacía porque se fijara en el espectáculo. Cuando salí le sonreí solamente a él, pero no parecía darse cuenta, quizá por la posición alta de su cabeza. Ya en el trapecio podía verme perfectamente, puesto que yo estaba más alta, al nivel de su mirada. Desde arriba me fijé en sus ojos, grandes y oscuros, que brillaban con ese celo inocente del anormal.

Miles de pensamientos cruzaron por mí y cuando saludaba le miraba a él sólo, al payasito triste, deseando poder darle algo más que mis sonrisas. Tanta pena me infundió aquella carita seria, que cuando bajé no pude por menos de acercarme a él y besarle la mejilla. Su brazo izquierdo se movió dificultosamente. Quería subirlo hasta mi cuello.

—*How do you like the show?* (¿Cómo te gusta la función?)—le pregunté.

La monja que había detrás del asiento me hizo una seña llevándose una mano a la boca. Comprendí. El payasito tenía paralítico todo el cuerpo, salvo los ojos, y, a medias, aquel bracito izquierdo.

Me alejé transida de dolor.

Después, en el pasillo que da entrada a los artistas, les conté el caso a los dos mejores payasos del circo, con los que yo hablaba a menudo, ambos muy famosos.

Les señalé al niñito. Entonces ellos, en cada una de sus actuaciones, se paraban ante el paralítico, trabajando sólo para él, y yo creo que, por primera vez en su vida, el payasito triste sonrió de felicidad.

LA ULTIMA NOTICIA

Andrés Loyal y su madrastra discutían acaloradamente en el camarín.

El había terminado de trabajar en aquel momento, y la camiseta, empapada en sudor, se le pegaba fielmente al cuerpo. Andrés era todo un atleta, y la madrastra que lo había criado desde que era un niño enclenque y delicado, se asombraba al contemplar que aquel cuerpo bronceado por el sol de las playas se hubiese podido desarrollar tanto.

Solamente su cara, de pómulos salientes y piel pálida conservaba la infantil apariencia, que los años no pudieron reformar.

Pero así y todo no era el mismo; tal vez al hacerse artista (de esos que, sin ser grandes, atraen al público por su temeridad), la vanidad endureció el corazón, cubriéndole con la dura envoltura del orgullo, lo mismo que la musculatura había cubierto la flaqueza de los brazos.

La discusión era acalorada y definitiva. Ella había sospechado que algún día tenía que ocurrir, y aunque se sabía fracasada, discutía sus derechos, casi de madre, que él no admitía.

Andrés sólo tenía veintidós años, pero se sentía lo suficientemente razonable como para vivir solo, sin admitir siquiera la presencia de quien pudiera aconsejarlo.

Se empeñaba en dejarla en aquella ciudad, sin familiares y con escasos amigos, sin más compañía, en aquel viejo piso que acababa de serle traspasado, que la del gato y un montón de fotografías antiguas de cuando su padre trabajaba.

¿No le prometía mandarle todos los meses lo suficiente para que no se tuviera que preocupar? ¿Qué más quería? «¡Ah!, todas las mujeres eran iguales; nunca tienen bastante», pensaba él, mientras la madrastra, deshecha en llanto, trataba de convencerle de la obsesión que tenía de quedarse solo.

—Pero, Andrés, ¿cómo eres capaz de pensar eso así? Yo, que te tuve en mis brazos desde que tenías tres años y te he querido siempre como se te debía querer... Ayudé a tu padre en lo que pude, y no era artista y me daban miedo esas cosas de circo, pero tenía un poquito de voz y cantaba para ayudarle, y él me enseñó a recitar monólogos en cómico; ¡fíjate la gracia que tendría yo! Pero había que comer, y juntos los dos hemos ido por esos teatrillos de feria ganando lo suficiente para los tres, y ahora, Andrés, me quieres dejar sola; ahora que soy vieja y no me queda más familia que tú. Si pudiera decir que yo te molesto o te pido demasiado... Trato de ayudarte en lo que puedo, y más haría si me fuera posible.

Los sollozos no la dejaban terminar. El no parecía hacer mucho caso a las palabras de ella y se iba desvistiendo con la cara contraída por lo desagradable que le resultaba recordar ciertas cosas. Ella continuó:

—Y tu padre me decía siempre: «No le abandones, Isabel, y métele en la cabeza que ensaye, que con ese número que le he indicado va a ganar mucho dinero, y después id los dos juntos para que no le falten los buenos consejos, que yo sé que tú eres su madre y él lo sabe también.» Y ahora me quieres dejar sola aquí. Fíjate qué equivocado estaba.

—Ya está, Isabel; no llore más, que con el llanto no va a solucionar nada. Lo pensaré de nuevo y ahora váyase a casa. Yo me voy con unos amigos y volveré tarde.

—O no vuelves, ¿verdad?

—Aunque no vuelva soy demasiado hombre para estar en la calle toda la noche, y antes de irme por ahí tengo que hablar con ese agente extranjero. Parece que le he gustado, y si puedo conseguir algo bueno, me voy de aquí, que esto no da para más.

Sola, como se había sentido desde que su esposo «se fué», salió del camarín y atravesó las calles, llenas de gente que salía de los teatros. Todo le parecía triste y desolado esa noche.

En la esquina, antes de llegar al bar donde su Andrés la solía llevar a tomar el aperitivo cuando todo le salía bien, había un cartel anunciando la compañía de circo en el teatro y una fotografía de su hijo. En la fotografía estaba más joven y más guapo, no tenía las mandíbulas tan anchas y los colores bermejos iluminaban sus mejillas. Se paró largo rato a contemplarlo. Estaba vestido de malla negra, con un antifaz sobre los ojos. Llevaba un sombrero de ala ancha y en el extremo derecho colgaba una pluma verde hasta el hombro. Ella misma había puesto las lentejuelas en el cinturón dorado y había teñido la camiseta porque no la encontraba negra. «El enmascarado suicida», «La bala humana» y no sabía cuántas cosas más le decían al anunciarlo, antes de lanzarse desde la plataforma, de toda altura, al espacio, en un salto espeluznante, girando con pirueta en el aire al tiempo que se arrancaba el antifaz, quedando balanceándose su cabeza a unos centímetros del suelo, mientras unas cuerdas estrechas que habían sido encadenadas sujetábanlo por los tobillos, sorprendiendo al público, e impedían que el cuerpo se fuera a estrellar contra la pista.

La gente chillaba horrorizada y respiraba fuertemente cuando lo veían sonreír y engatillarse por las piernas para deshacer el nudo.

Rompían la tirantez del pecho con una ovación, y la orquesta hacía sonar estruendosa el metal de sus instrumentos.

¡Qué frágil y valiente se veía con la sonrisa ancha iluminando su cara pequeña! ¡Si el padre pudiera verlo ahora!...

Isabel le sonrió porque él le estaba sonriendo bajo el antifaz.

Isabel marchó a su casa triste y cabizbaja. Ya en ella abrió el baúl grande, traído de la Argentina por su cuñado como regalo de boda, y de allí empezó a sacar objetos inservibles, pero tan apreciados por el recuerdo y el sentimiento oculto, que cada prenda deshilachada, oliendo a naftalina, la apretaba contra su corazón.

En el fondo de todo estaba la caja de cigarros puros donde guardaba los retratos, ya amarillentos, con aquellos trajes antiguos que tanta risa le causaban a Andrés cada vez que los veía y tantas lágrimas y suspiros a ella.

Su Andresito, cuando tenía ocho años, vestido de Charlot, a quien imitaba tan bien.

Recordaba que ella lo peinaba dejando siempre el mechón negro como escapado del

sombrero de copa, que le quedaba grande. ¡Cómo sabía mover su bigotillo exageradamente negro y aquellos ojos pintados como el carbón!... De pequeño era muy cómico; después, a medida que iba creciendo, se volvió serio y de mal carácter.

...Y aquella otra foto vestido de torero, con la larga coleta, fué en aquel tiempo que su padre, no rindiendo más como artista de circo, se dedicó a dar «charlotadas» por plazas de toros con otros compañeros. Su Andresillo hacía de torero entonces y sólo contaba once años; estaba tan delgadito, que las dos piernas, enfundadas en la malla rosa, parecían dos brazos de muñeca, y causaba risa verlo volar por el aire cuando se lo tiraban unos a otros simulando una cornada.

Las fotos de su marido no quería ni mirarlas. ¡Era tan penoso!... ¡Cuánto había trabajado por ella y por su hijo! Ya no quedaba nada que él no hubiese probado; hasta cómico de zarzuela había hecho. Todavía conservaba el chaleco que había usado cuando hizo por primera vez *Don Juan Tenorio* en cómico. Los grandes artistas de la época lo llamaban «el payaso de los pobres», pero ellos también se reían con él.

Hablaba mal porque no le habían enseñado a hablar mejor; pero tenía tanta gracia, que, cuando decía «haiga», parecía que lo decía mal para hacer reír más.

Hasta cuando murió, la gente reía en su entierro recordando su última gracia.

Su Andresito tenía que haber sido cómico como él; pero un día todo su carácter cambió y de pronto se convirtió en un muchacho triste y pesimista, asombrándose él mismo de que antes hubiese hecho reír a los demás.

La madrastra sacó una cuerda vieja y rota del baúl, de cuando su Andrés empezó a ensayar aquello de lanzarse desde la altura con una cadena de cuerda de cáñamo que se iba deshaciendo en el aire.

Un día que lo probaba un poco más alto, en un corral donde su padre lo hacía ensayar y había colocado dos palos bastante largos, la cuerda se rompió y Andrés fué a caer sentado encima del bombo que usaban para las charlotadas. Sólo se fracturó unas costillas, pero días después estaba ensayando otra vez.

Ella, su madrastra, guardaba la cuerda rota tratándola con sarcasmo porque con ella su hijo había burlado a la muerte.

Una a una volvió a guardar las cosas que había sacado, recordando de nuevo y suspirando.

Andrés volvió al día siguiente, pasadas las doce.

—Isabel, tengo que darle una noticia—exclamó Andrés al entrar, sin anteriores palabras de saludo.

Ella, que preparaba la comida, lo miró, notando que se le secaba la garganta.

—Anoche estuve hasta las cuatro de la mañana hablando en el café con ese representante. Me quiere llevar a París este invierno y después hacer el resto de la temporada en Inglaterra, y muchas cosas más que irá arreglando poco a poco. Todo con un buen sueldo, lo suficiente como para vivir como un gran personaje, mandarle a usted lo que necesite y guardar algo. ¿Qué le parece?

—Está bien, es todo lo que te mereces, lo que tu padre había deseado de ti. Lo que no me sigue gustando es la idea de ir solo.

—No se preocupe, que compañía no me faltará.

—No, si lo sé; pero no precisamente la compañía que te hace falta y debes guardar, Andrés. Tú no sabes lo largos que se hacen los años cuando no se trabaja, cuántas necesidades aparecen que nunca se había pensado en ellas.

—No lo crea, que guardaré lo posible, si es eso lo que quiere decir; y lo de ir solo, de todas maneras es tarde ya, porque así lo he declarado por los viajes y demás, y habría de cambiar papeles de querer llevar a otra persona conmigo.

—Pero tú sabías que era lo que yo deseaba; ya hablamos de ello anoche. Lo has hecho con intención bien estudiada. Nunca lo hubiese pensado de ti, ni «él» tampoco.

Un mes más tarde, después de terminar el contrato del teatro, Andrés salió para París.

La soledad y la tristeza en que quedó sumida la pobre mujer no se pueden describir.

Se pasaba los días sentada ante la ventana abierta, con la mirada perdida en la calle. Constantemente esperaba noticias; pero tras la primera carta pasó un lapso de tiempo largo, y tras la segunda, más largo todavía, hasta que la correspondencia se extinguió del todo. Lo mismo ocurrió con los giros: el paréntesis que los separaba era más largo a medida que avanzaba el tiempo. Isabel temía el fin, como el de la correspondencia, y no lo quería pensar, porque era fatal para ella.

Casi sin darse cuenta, empujada por un instinto propio, comenzó a salir más a menudo, visitando a las pocas amistades que tenía, tratando de cultivarlas por si pronto tenía que necesitar un poco, al menos de influencia.

Mientras tanto, Andrés, convertido en un artista de renombre, más consentido de su valía, dilapidaba el dinero en juergas con amigos, no desperdiciando ni un minuto fuera de su trabajo y unas horas de sueño para divertirse formando fiestas en cualquier sitio y con cualquier clase de gente.

Vestía como un millonario y pagaba el sueldo de muchos días por una joya que después regalaba espléndidamente.

Su cabeza joven, aturdida por el calor del público y los malos consejos de sus compañeros, que abusaban de su generosidad, se entumecía en aquel torbellino de placeres, al que jamás antes había podido aspirar y que tan fácilmente había llegado a sus manos.

Aprendió a beber y fumar, gustaba de mujeres, las cuales fueron transformando sus sentidos y dejando en su corazón huellas de desconfianza y falsedad.

Como su madrastra perdiera la conexión con él del todo, no pudiendo escribirle, la olvidó, y dos años más tarde, después de abandonar su país, ya muy distante, perdió toda comunicación con ella, abandonándola totalmente.

La amistad que había fortalecido con visitas no le sirvió de mucho, pero le facilitaron un poco el camino para varias clases de empleo donde ganara lo justo para comer, que no era mucho.

Vendió lotería, fregó platos, lavó para fondas; pero la vida se había modernizado tanto, que ya sólo querían gente joven y enérgica, y su aspecto era tan cansado y lacrimoso, que, suponiendo que no rendiría mucho, nadie quería admitirla.

Al pasar una semana de inactividad por falta de empleo, la miseria se apoyó en su pisito viejo, obligándola a lanzarse a la calle en busca de lo que fuera.

Lo consiguió. No era mucho, pero lo suficiente, con la ventaja de no tener que trabajar más que de noche, un poco tarde, desde luego. Desde las diez a la una, a la salida de los espectáculos; así podía leer el periódico de la mañana y saber antes que nadie las últimas noticias.

No le desagradaba el empleo.

Era un puestecito del cual se ocupaba un hombre durante el día; eso sí, tendría que chillar un poco para llamar la atención a la salida de los cines y teatros que estaban enfrente. Había cantado de joven y su voz conservaba el chillido clásico de las cupletistas viejas. Tenía sus ventajas: podía estar sentada y las noches de frío liarse una manta a los pies. Además de leer el periódico gratis y enterarse de lo que pasaba por el mundo.

Muchos artistas que la conocían y sabían de su abandono, se paraban a preguntar por su vida y qué era de Andrés, y ella, que no quería hacer culpable al muchacho de la pobreza en que se veía sumida ni de la falta de noticias, contestaba dando detalles de su vida, temiendo a veces equivocarse al decir el sitio donde se encontraba.

Los demás sospechaban lo que estaba ocurriendo.

A la una de la noche, en una ciudad de Alemania, un artista de renombre terminaba su arriesgado ejercicio lanzándose al espacio de una altura considerable para luego malgastar su dinero y salud en diversiones alocadas. Y muy lejos, en otra parte de Europa, una mujer, aproximadamente a la misma hora, lanzaba al aire su voz aguda proclamando destacadamente las últimas noticias de la noche.

Ella también las leía. Repasaba el papel porque solían venir noticias de circo en el extranjero, pero nunca nada de su Andrés, y él sin escribir.

Su único consuelo era todas las noches, al regresar a casa, repasar las fotografías del joven cuando era niño, manteniendo el deber de la obediencia impuesto por su padre. ¡Qué bueno era entonces!...

...Y llegaba el tercer invierno desde que él se marchara.

Hacía frío; la estación fué cruda e Isabel se helaba en su puesto de periódicos.

Alguien le dijo que su Andrés estaba en Sudamérica y que pensaba volver a su tierra en la primavera.

El gozo de la mujer no tuvo límites, y esa noche cantó cuando recalentaba el café al volver a casa.

Una noche—acababa de llegar al puesto—el dueño la esperaba, enfadado tal vez por unos minutos de retraso que había tenido.

—Lo siento mucho—dijo ella al llegar—. Volví a tener el dolor en los riñones y mientras me liaba una bufanda caliente se me hizo tarde. No volverá a suceder.

El hombre la miró profundamente. Parecía pensativo.

—No importa, señora Isabel; si cree que no se siente bien, váyase a casa y se acuesta, y mañana también; un par de días de descanso no le vendrán mal, y yo pondré un sobrino en el puesto mientras tanto.

Ella no aceptó. Acababa de recibir la última edición de la noche con las noticias recientes. Ella empezó a colocar los periódicos en su sitio.

—Cualquiera me hace a mí estar en casa teniendo quehacer—murmuraba ella mientras tanto.

El no la dejaba de mirar, pensativamente, y la mujer se sentó, arropándose las piernas.

A las doce podía empezar con la edición nueva, poco antes de la salida de los teatros. Cogió un periódico y lo repasó.

¡Qué noticias más grandes! A un grupo de pescadores les había tocado el segundo premio de la lotería. ¡Qué alegría tendrían los muchachos! Y la artista de cine esa tan conocida que lleva siempre flequillo, porque dicen que tiene la frente fea, ha tenido un niño, el primero de su primer matrimonio. También era una suerte. Leía en voz alta. El dueño seguía allí, en pie, ante ella.

«Suecia, 28.—En el circo... (cómo iba a pronunciar aquel nombre tan raro...; además, el nombre del circo era lo menos importante) ha habido un gran accidente cuando una cuerda se rompió al dar el salto suicida el famoso artista Andrés Loyal. Se teme que la caída haya sido mortal. El público se ..»

El periódico tembló en las manos de Isabel. Abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Sus ojos estaban clavados allí, en la última noticia que le hablaba de su hijo.

El dueño le puso la mano en el hombro.

—¿Por qué no se va a casa?

Se movieron los ojos inmóviles, pero no pudo pronunciar palabra.

—Ande, Isabel.

Al fin se despegaron sus labios.

—No podría; es mejor estar aquí. Cumpliré con mi obligación.

Sus manos estrujaron el papel.

Miró la calle. Comenzaba a llover. Una lluvia fría y monótona. Cuando vió la primera pareja salir del cine, trató de llamar la atención:

—¡La artista Bety O'Nelly ha tenido un hijo! Vea fotografías.

Las primeras parejas siguieron de largo. Hacía demasiado frío para pararse a comprar el periódico.

—¡Un grupo de pescadores gana el segundo premio de la lotería! Vean historia y fotografías. ¡Cambia la suerte para unos infelices pescadores!

La cuestión era apartarse de aquello, no pensar.

Las lágrimas empezaron a temblar en sus mejillas y la voz se enronqueció. Sintió dolor en el pecho.

—¡Un famoso artista, compatriota nuestro, se mata en Suecia! Posiblemente lo conozca usted

El público, que salía en abundancia ahora, se paraba ante el puesto.

Vendió los periódicos a prisa, oyendo las mismas exclamaciones:

—¡Qué pena de muchacho! ¿Recuerdas ahora quién es?

—¡Quién hubiese dicho que se habría de matar tan joven!

—...y tan lejos de su tierra.

—Pero... ¿de verdad se ha matado un artista de circo?

—Deme un periódico.

—¿Tiene fotos el suceso?

—¡La última noticia...!

Y la voz vibraba chillona, rompiendo la serenidad del aire mojado.

Cada papel que entregaba iba manchado de lágrimas.

—¡La última noticia...!

—Se acabó el papel... ¡Pobre hijo mío!

EL HOMBRE CAÑON

Conocí a Hugo cuando estaba en todo el apogeo de su vida artística. Hicimos una amistad grande y sincera. Después le volví a ver cuando estaba cumpliendo con un ventajoso contrato en el Olimpia de Londres...

Cuando hablamos esa noche en un café del Sohó me mostró otro contrato firmado ya para el circo más grande del mundo en América. El precio era fabuloso.

Me despedí de él deseándole toda clase de venturas y aconsejándole que aprovechara la racha de buena suerte y tratara de ahorrar lo más posible para cuando se presentaran los «siete años flacos» que los artistas tenemos tan a menudo.

Era Hugo un hombre corpulento y fuerte, de cabeza grande con escaso pelo claro, frente ancha y morena, y contaría unos cuarenta años.

Sin ser un hombre guapo ni elegante, era un tanto atractivo, quizá por la dimensión de sus manos o por la blancura de sus dientes, que relucían en doble hilera cada vez que sonreía, «dientes de sonrisa italiana».

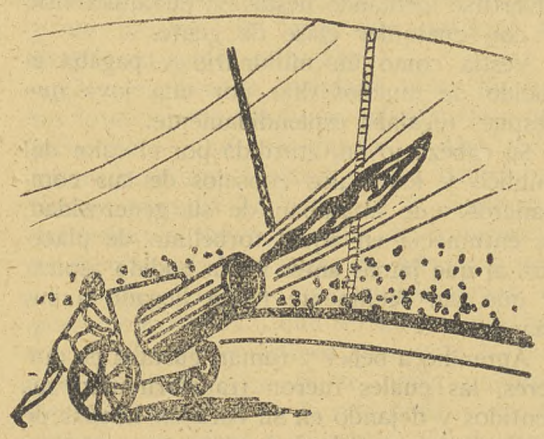
Hugo era italiano, pero su carrera le llevó por todos los ámbitos del mundo. Hablaba varios idiomas, casi todos bien, y era inteligente.

Tolerante y bondadoso tanto como desinteresado, si bien un poco distraído. Gustaba vestir de sport, no pareciendo interesarse gran cosa por su aspecto. Me encantaba su conversación porque era amena, aunque abusaba del lenguaje de los libros, usando palabras resonantes, como si quisiera demostrar que había leído.

Yo pensaba a menudo que era el marido ideal para cualquier mujer que no fuese artista.

Cuando le dije adiós aquella noche en Londres, sabía que quizá no le volvería a ver nunca más.

La niebla nos envolvía en una esquina de la calle Piccadilly Circus. Cuando me estrechó la mano, me la cubrió con la suya,



fuerte y caliente. Temí que me rompiera los dedos; tan efusivo fué el apretón.

—Hugo, ya sabes lo que te quisiera decir; no olvides que algún día el cañón se pondrá viejo y no tendrá fuerza para lanzarse al espacio. Ahorra ese dinero que ganas tan fácilmente ahora... Sé generoso, pero sólo contigo mismo, y prométeme que te cuidarás. No te pido que escribas, porque sé que no lo vas a hacer; tú nunca has estado muy sujeto a esa clase de requisitos que son a veces requeridos por amigos y familiares..., pero sé como deberían ser los hombres buenos.

Me abrazó con calor familiar, apretándome la cabeza contra su pecho.

—Me aconsejas como si fuera un niño y podría ser tu padre. Tú ten cuidado también y mucha suerte, *bambina* (siempre me llamaba así cuando estaba cariñoso).

—*Arrivedercci*...

Cuando me volví, al minuto de haberme despedido, aun distinguía en medio de la niebla sus anchos hombros de artista envueltos en la gabardina clara; me mantuve de pie y no tuve que esperar mucho hasta verlo desaparecer, porque andaba a grandes zancadas

Temí siempre por su destino. Hugo se fiaba de todo el mundo, poniendo al servicio de los demás lo que tenía, sin escrúpulos de ninguna clase. Regalaba y prestaba al que se lo pidiera. Sospeché que su vida no terminaría bien del todo, y desde el fondo de mi corazón le compadecía, porque era bueno y, sobre todo, un gran artista. La vida del circo, en el continuo deambular, me alejó de él una vez más; pero como es una marea de repetición, cuatro años más tarde fuí a América y me encontré con Hugo, por casualidad, en la feria de Vancouvert, colonia británica del Canadá.

Hugo había envejecido un tanto y su pelo ralo presentaba tonalidades cenicientas. La primera vez que le vi fué tan brutal la sorpresa, que caí en sus brazos llorando. Iba, como siempre, vestido de sport y seguido del fiel criado alemán, servidor como un perro y tan unido a Hugo como el mismo cañón.

Sonrió como acostumbraba, pareciendo el hombre más feliz del mundo.

—¡Mi cara *bambina*!

Sus palabras siempre enternecían mi corazón. Me llevó del brazo a la feria, despidiendo a su criado, que nos seguía. Nos sentamos en un banco del parque para hablar anchamente de lo que habíamos vivido últimamente.

La gente pasaba con andar tranquilo y nosotros los mirábamos alternativamente. Hablé yo primero, contándole lo que había sido mi vida desde aquel tiempo en que me despedí de él en Londres.

Cuando yo terminé, él hizo una pausa; después me puso una mano en la rodilla y dijo:

—Tienes más suerte que yo.

Otro pequeño intervalo. Yo proseguí:

—¿Sabes? Cuando me despedí de ti en Londres creí que no nos veríamos más; tú te ibas tan lejos y yo..., pues Europa y el mar queda entre nosotros.

—América me sorprendió—exclamó él con aquel fuerte acento italiano, que agradaba.

—Ya sabes que estuve aquí algunos años, hace tiempo ya, y creía que todo era igual, pero no era así. El dinero no resulta tan valioso y la vida y ese enorme circo han cambiado. Ahora familias enteras hacen el cañón; aquí se copian unos a otros como si hicieran la guerra. Dentro de poco verás muchachas tratando de imitarte a ti.

Levanté un hombro indiferentemente, como si me diera lo mismo. El sonrió con picardía y cariño.

—A ti no podría imitarte nadie. Bueno, pues mi número ya no causa la sensación que hace diez años. El público quiere ver más gente salir del cañón, y lo he pensado bien: creo que si encontrara otro que me acompañara sería ideal, y una mujer mejor todavía.

—¿No habrás pensado en mí, verdad? —dije espontánea.

Me acarició una mano.

—Tú no estarás mejor en ningún sitio que donde estás. Pensaba en otra muchacha, en cualquiera que tuviera el valor de subir conmigo y salir lanzada delante de mí. Lo he estudiado bien. He hecho los planos de la nueva mecanización que necesitaría el cañón, y creo además que es lo único que me queda por hacer si quiero seguir comiendo. El gran circo me prometió «un largo tiempo»—ya sabes cómo hablan—y sólo he estado dos años. En esos dos años reformé el aparato, lo presté a un amigo para un negocio que le falló y ahora heme aquí, en esta feria, lanzándome por encima de tres norias gigantescas dos veces al día y sin demasiadas esperanzas de un porvenir brillante, a no ser que «la encuentre».

Me dejó pasmada.

—¡Oh Hugo, Hugo! Siempre sospeché que algo así te iba a ocurrir.

—No, querida; ahora no me refiero al dinero. Si sólo encontrara quien quisiera trabajar conmigo, creo que empezaría con tanto brío como la primera vez que trabajé aquí.

—¿Quieres que hable con alguna chica del *ballet*? En el circo hay muchas.

—No; no creo que tenga ninguna las aptitudes necesarias.

Esa noche, cuando terminé mi número en el edificio donde trabajaba, oí la voz de Hugo, que me llamaba desde fuera.

—Corre, vístete pronto y ven conmigo. La he descubierto. He dado con la que buscaba; arréglate de prisa y veremos la última función.

El entusiasmo adivinado a través de la voz palpitante de Hugo, que me hablaba desde fuera, obligó a apresurarme. No vi manera de deshacerme, y, por otro lado, me alegraba de su descubrimiento y no deseaba otra cosa que todo se realizara como él quería. Al salir me cogió del brazo bruscamente.

—Ven, la vas a conocer; no he visto nada más a propósito.

Me llevaba casi arrastrando, pues yo no podía competir con sus grandes pasos de gigante. Hablaba sin parar, mostrando el entusiasmo de un niño que ha cogido un pájaro en la trampa. Atravesamos toda la feria, parando en la piscina donde se exhibía el *ballet* acuático. La carrera me había dejado sin respiración.

Hacía cinco minutos que la función había comenzado y las doce muchachas, vestidas de tela fluorescente, se zambullían en el agua con agilidad de pez y gracia de bailarinas.

—Mira ésta.

—Tres de ellas subían las escalerillas hasta el trampolín, tres cuerpos atléticos y esculturales; las tres parecían iguales, cubiertas las cabezas con el sombrerito de goma repleto de escamas verdes, que relucían bajo los focos de colores.

Una tras otra se lanzaron al agua, curvando el cuerpo en el aire en salto mortal. La última dió uno y medio, y antes de tocar el agua ocultó la cabeza en el pecho, introduciéndose en el líquido azul por los hombros, girando graciosamente hasta quedar en posición vertical, con la cabeza fuera.

—¿La has visto? Ese es el salto que necesito para la red.

—De veras que lo hace muy bien; pero no sabía que el cañón y la natación tuvieran nada que ver.

—¿Pero no te das cuenta?—exclamaba él, entusiasmadísimo—. Es lo mismo saber lanzarse al espacio y caer de cabeza, después de ocultarla y caer de espaldas; es la mejor caída la que ella hace. Le sería fácil sólo soportar el estrépito del cañón, y es todo el cuerpo en la misma posición. No sabes cuánto daría porque aceptara; me ha ilusionado tanto...

Segundos más tarde las nadadoras salían del agua para saludar, quitándose el ajustado sombrero impermeable.

Nuestra atención se concentraba en la chica del salto, cuya cabellera larga y rubia caía sobre los hombros, contenta de abandonar la presión.

No era ni bella ni atractiva, pero tenía ese sello femenino y gracioso de la mujer americana, con rasgos selectos y una suave piel bronceada por el sol.

—Me voy a hablar con ella en seguida.

Dejé marchar a Hugo con todas sus ilusiones...

—Es mejor que habléis los dos solos—le dije.

Deseé con todo mi corazón que se arreglara todo satisfactoriamente para él.

Hugo y la muchacha se habían arreglado. Ella aborrecía su oficio y le subyugó al instante la idea de algo diferente. En seguida soñó con la fama (como toda principiante) y con el dinero.

Antes de terminar Vancouvert, ellos ya estaban ensayando. Fuí a verlos un par de veces. Hugo había colocado sólo la cuarta parte de la red cerca del cañón, y la joven se tiraba desde lo alto de ésta. Después comenzó a salir del cañón en pequeños lanzamientos de un metro, después de dos... Hugo estaba borracho de felicidad. Ella parecía una buena chica, tímida y soñadora, no aspirando más que a vivir bien y tener algún nombre. Le auguré que con Hugo estaría bien, porque era educado y sensible.

Me volví a alejar de Hugo.

Meses más tarde leí en el periódico su debut con el nuevo número, lanzándose los dos al aire en un corto lapso de tiempo, cayendo ella a la red antes que él un par de metros más lejos. Mi amigo había triunfado. Inmediatamente le puse un telegrama felicitándole.

En uno de mis viajes tuve que cambiar de avión en Chicago, y, enterándome de que Hugo trabajaba allí, perdí un día sólo por ir a verle. Trabajaba en el Auditorium, y, efectivamente, el número era espectacular y emocionante.

—Tu idea fué maravillosa—le dije delante de la chica, que parecía halagada.

Me sonrió con lágrimas de felicidad. Había conseguido lo que quería: atraer la atención de periodistas y fotógrafos. También influía la personalidad de ella, que, consciente del triunfo y de que era algo más, se había superado como mujer, sabiendo que se debía al público y al hombre que la había enseñado a ser artista. Sonreía constantemente, más que de dicha, de agradecimiento por el camino que había tomado su vida.

Esa noche, después de la función, me invitó a cenar. Después me llevó a un *night-club*. Allí hablamos.

Hugo resplandecía por los cuatro costados. De vez en cuando cubría las manos de su compañera con una de las suyas, añadiendo:

—Lo que hemos conseguido algún sacrificio le habrá costado y también se habrá tragado algún nudo de miedo; pero ya está aquí, admirada como una artista y lujosamente vestida.

La joven sonrió, acariciando con la barbilla la suave piel de *mink* que llevaba sobre los hombros. Hugo la miró a los ojos. Una vez más temblé por el porvenir de su vida. Un porvenir con diferente problema y sufrimiento.

—¿No es encantadora?—dijo, mirándome.

Durante un año oí hablar continuamente del hombre y la mujer cañón. Ganaban dinero, viajaban; pero había algo que no andaba bien entre ellos, me decían siempre. Después dejé de oír hablar.

Estuve en Sudamérica dos años; al volver me ocupé de saber qué había sido últimamente de mi buen amigo.

Hugo había desaparecido; nadie sabía dónde estaba. Y es que la compañera, la muchacha rubia, se había matado.

SANGRE DE CIRCO

Al llegar la primavera pasada a Sarasota para comenzar los ensayos en el campamento del circo Ringling Brothers, lo primero que pensé fué que tenía alguien a quien visitar en los establos.

Se trataba de «Champagne», el caballo que me dieron para hacer mi introducción en la pista, en 1953, en el *ballet* aéreoindio en el que representaba a la princesa Monehaha.

Tan pronto como pude me dirigí a los enormes establos, sobre los que caía pesadamente el sol tropical de la Florida. Parada en el medio del patio, me pregunté indecisa cuál sería «Champagne» entre todos aquellos caballos que mostraban las grupas. Todos parecían iguales, porque abundaban los de castaño rojizo; pero sin desalentarme, me dirigí al grupo más parecido y pronuncié su nombre en voz alta.

Se levantó una cabeza y se irguieron dos orejas. Uno de los caballos dejó de masticar como para oír mejor la llamada que yo repitiera, y cuando volvió la cabeza vi que le brillaban los ojos como si se alegrara de ver a algún conocido.

Convencida de haberlo encontrado, me acerqué, diciéndole:

—¡«Champagne», mi niño bonito!

También «Champagne» me había reconocido y, con un relincho, saltó de gozo, dando la vuelta por venir a mí.

Con la alegría de un niño se comió el azúcar que le llevaba y que le ofrecí en la palma de la mano.

El doctor Handerson, veterinario del circo, se acercó, extrañado de aquel reconocimiento después de un año de ausencia.

«Champagne» y yo sólo nos veíamos en la temporada anterior, durante cinco minutos, dos veces al día, antes de mi número; pero nunca me le acerqué sin llevarle alguna golosina para su paladar: zanahorias, azúcar o pan.

Algunos días mi esposo tenía que recorrer más de una milla para poderle conseguir zanahorias a nuestro caballo, pues nos desvivíamos por mimarlo como si fuese un niño. Así, cuando nos sentía entrar, volvía la cabeza, presintiendo más que viendo nuestra aproximación.

Tan pronto como oía nuestra música, estiraba las orejas y se quedaba más atento que yo misma, esperando el momento de nuestra entrada.

Desde hacía mucho tiempo, «Champagne» tenía dañado un tobillo; pero al salir disimulaba su cojera ante el público, como un

viejo artista que esconde sus defectos, cual si se sintiera responsable de lo que tenía que hacer.

El doctor Handerson me contó que en sus tiempos había sido un gran caballo, que había tomado parte en un número de «Caballos de la Libertad», pero que al hacerse crónico el mal de la pata tuvo que dejarlo en Sarasota.

Cuando le conocí tenía veintidós años y una bonita estampa, coronado con una cabeza alta y delgada, donde una franja blanca, larga hasta la frente, parecía separarle las dos orejas.

En cuanto escuchaba la música, sus patas esbeltas marcaban el paso con elegancia y su andar adquiría majestad principesca.

Todo esto hizo que mi memoria se remontara a algunos años atrás.

Cuando aun yo era pequeña, mi padre compró un burro enano para enseñarlo a trabajar en el circo.

El borrico era la delicia de los niños. Los chicos le preguntaban la edad y el burro daba tres golpes en el suelo. Después le pedían que señalara a la chica más bonita, y él se dirigía a cualquiera que mi padre le señalara con un gesto, y, parándose ante ella, la tocaba con la cabeza. Con éstas y otras muchas gracias, se hacía adorar del público.

Le pusimos el nombre de «Séneca», y todos en la casa lo llegamos a querer como algo familiar. Comía de lo nuestro y lo peinábamos, y él estaba la mar de contento al ser tratado como un perrito pequinés.

Algo, sin embargo, le ocurrió a nuestro «Séneca» que nos llenó a todos de pena. Un día, al salir del circo y sin que nadie lo viese, comió de unas hierbas venenosas, que le causaron ceguera. Se probó de cuanto había y lo atendieron todos los veterinarios de la localidad, pero nadie pudo curar a nuestro burrito sabio.

Mi padre, que no quiso cargar con él al no ser apto para trabajar en el circo, lo vendió a un hortelano.

Lloramos, suplicamos, pero nada conseguimos, y el circo abandonó la ciudad para seguir al interior de la isla.

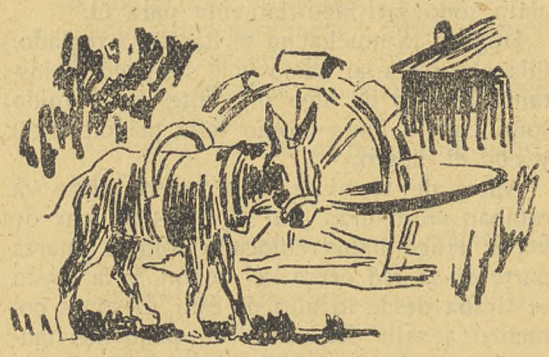
Al cabo de diez meses regresamos a la ciudad, a finales de temporada, y volvimos a montar el circo para unas funciones antes de partir. Mi padre decidió entonces llevarnos por última vez a ver a nuestro burrito.

El corazón se me partió en pedazos al verlo atado por la cabeza a un palo transversal dando vueltas a una noria. Había enflaquecido tanto, que se le podían contar las costillas.

Mi padre lo llamó en voz alta y el burro se paró en seco, levantando sus grandes orejas pardas, y volvió la cabeza hacia nosotros.

—«Séneca», ¿cuántos años tienes?—preguntó mi padre.

Al repetirle la pregunta en el mismo tono que empleaba cuando lo hacía trabajar en



el circo, «Séneca» levantó su pata derecha delantera y dió tres golpes en el suelo.

A mi padre le corrían las lágrimas, y yo, corriendo hacia «Séneca», me abracé a su cuello diciéndole frases cariñosas.

Mi padre me compró de nuevo a «Séneca», pagando el doble del precio en que lo había vendido, y nuestro burrito ciego terminó sus días rodando en el circo con nosotros.

Dicen que los animales no tienen alma; pero si es que tienen sentimientos parecidos a los humanos, los de estos dos indudablemente eran de artistas.

EL CIRCO FANTASMA

Cada hijo que pasaba a heredar el circo le cambiaba el nombre, a ver si con ello cambiaba también la suerte, que no lograban atraer con ninguno.

Se llamó La Rosa, Circo Romano, American Circus y, por último, Circo Nacional...

Por el cambio de directores y nombres se podría observar la frágil dinastía de aquel circo pequeño y desarmado, cuya grada crujía cuando la ocupaban más de cincuenta personas, aunque no era frecuente que llegaran a tal número.

Su último y actual propietario era don Dimas, un hombre pequeño, robusto, con un ancho bigote negro en medio de dos carrillos rojos, que le hacían parecer más bien un cocinero italiano.

El pobre hombre era de voluntad frágil, como la de sus antecesores, y apenas hacía lo que su mujer le ordenaba.

La dueña (como todos la llamaban) era una mujer alta y fuerte, de mandíbula ancha y boca grande. Llevaba la gruesa mata de pelo recogida por un moño sobre la nuca, que la hacía parecer más alta todavía; voz bronca y amplias espaldas, y, por último, irremediablemente, tenía bigote.

Los empleados la temían, y el mismo esposo palidecía cuando la veía enfurecerse y para hablar del hijo adoptado, el pequeño Lolo, que contaba doce años, pero tan poco desarrollado estaba, que parecía sólo tener diez.

En toda la compañía no habrían más de veinte personas, contando los cuatro músicos, un representante, que hacía de *director-régisseur*, y los tres de la casa.

Ellos hacían de todo: la taquilla, la puerta y movían el circo de un lado a otro. Tal vez era por ello por lo que el negocio iba cada vez peor; tanto, que la dueña decidió despedir al número de perros, que era el más caro, aparte de que los perros comían mucho, y, como últimamente no podían darles lo que necesitaban, habían enflaquecido demasiado y no estaba bien que el público sospechara la situación de la compañía. Prescindieron de un empleado también; así se redujeron los componentes del circo a diecisiete.

Lolo tocaba los platillos y se ponía un «mono» para ayudar a colocar los aparatos. Hacía de payaso con los demás augustos del circo y, por último, saltaba, pero tan mal, que daba pena ver aquellos huesecillos dar vueltas en el aire; y la gente, al verle, chillaba, presintiendo que los miembros caerían aparte.

El no tenía la culpa, pues nunca le enseñaron a hacer nada mejor, y la dueña no le tenía en mucha estima, a pesar de salir de ella la idea de adoptarlo, y el amo no podía hacer lo contrario, porque no le agradaba perder el bigote en manos de su terrible esposa.

Los berrinches de la mujer crecían más y más con tan poca entrada como tenían, haciéndose cada vez más temible; pero nadie se atrevía a largarse, porque ¿adónde ir en los días de invierno, cuando nadie ganaba nada? Ellos todavía comían, mal o como fuese, pero se seguían manteniendo en pie.

Lolo sentíase muy desgraciado. No tenía ni una sola mano amiga que consolara sus penas y su complejo de mal artista, que lo afligía mucho. Y con aquellos huesos... ¡Si siquiera fuese más robusto! Pero su maldita naturaleza parecía burlarse de él también.

Solía llegar el primero al circo desde por la mañana; él barría las gradas, colocaba las sillas bien y después se vestía para ensayar, no sin preguntarse: «¿Para qué, si nunca seré mejor de lo que soy, ni tengo a nadie que me diga nada? Así no se puede uno hacer artista por mucho que ensaye.»

Nadie aparecía por el circo de los que pudieran darle un consejo o enseñarle un salto nuevo.

La dueña parecía haberlo olvidado por completo. Don Dimas no se fijaba más que en lo que veía su mujer; temía ofenderla si hacía lo contrario y no quería ser blanco de sus arrebatos de cólera.

Una noche de esas tristes y frías en que no viene nadie al circo y los artistas piensan muy desagradablemente al ver venir la miseria que se acerca, tuvieron que suspender porque vendieron sólo dos entradas de general, y una era de niño, que pagaba la mitad. Los artistas hicieron la cuenta y vieron que sería más el gasto de luz, pintura e hilo para coser la punta de la alfombra que Lolo rompía siempre al saltar, al dar aquel endemoniado tropezón que le traía loco. Decidieron no trabajar; pero no fué eso sólo, sino que una de las dos leonas viejas que tenían, como pasaba tanta hambre, se comió un ratón que tan inoportunamente pasó por la jaula, y tan mal le sentó, que, antes de digerirlo del todo, se murió.

Don Dimas, que había conocido los peores berrinches de su mujer, no recordaba ninguno mayor que el que cogió esa noche.

El circo parecía que iba a estallar con los gritos y maldiciones que echaba por aquella boca.

Los artistas se agrupaban unos contra otros, sin atreverse a respirar siquiera. Lolo empezaba a ponerse morado.

—¡Qué injusticia, pero qué injusticia tan grande! ¡Ni que estuviéramos maldecidos! ¡Esos perros! No, si yo sabía que al final, el haber echado esos perros, nos iba a traer mala suerte.

Gemía la dueña, juntando las manos nerviosamente y volviendo los ojos hacia el telón. El marido trató de calmarla diciendo sencillamente:

—No, Magda, tampoco culpes a los perros, porque antes de que los echaras ya teníamos mal negocio.

—Sí, pero no se murió ninguna leona.

—Es que se murió por la rata.

—A eso me refiero, idiota, que antes tampoco pasaba ninguna rata por aquí.

El marido sacudió un pequeño temblor. Ella preguntó:

—¿Sabes si por casualidad se come la carne de león?

Don Dimas abrió los ojos desmesuradamente:

—¿No querrás decir que...?

—¿Por qué no? No hay más que sacar la rata que está dentro.

—Pero Magda...

La mujer prosiguió:

—La pelamos y le damos la carne al otro león. Algún provecho tenemos que hacer de ella.

Don Dimas respiró y Lolo también. La dueña no se entretuvo más.

—Aprovechemos que es temprano, que no hay gente y que llueve; así se evitará que se extienda el olor. Paco, tráeme el cuchillo.

Los artistas se miraban unos a otros, asombrados de ver hasta qué límites había llegado la señora Magda.

Se recogió las mangas y, sacando a la leona muerta de la jaula, la arrastró hasta un lado de la pista con la ayuda de un empleado, que puso debajo una lona vieja para que no manchara la sangre.

Sin escrúpulo clavó el cuchillo en la garganta, abriendo la piel de la fiera desde allí al ombligo; pero tal fué el tufo, que salió caliente todavía, que el ama del circo cayó desmayada.

Su marido corrió hacia ella, haciendo señas para que se llevaran la leona de allí.

Cuando la dueña abrió los ojos, respiraba con dificultad y estaba pálida; con voz débil dió orden para que enterraran el bicho bajo la grada.

Todos se sorprendieron del cambio espléndido que había tenido.

La dueña del circo enfermó gravemente; nadie sabía si por el tufo que había ingerido o por el berrinche de perder el animal, viendo, además, que el negocio había ido de peor en peor.

Se murió...

Tal era su apariencia, que Lolo no tuvo valor para besarla y le cogió una mano a modo de despedida.

Don Dimas estaba muy impresionado; acostumbrado como estaba a obedecerla, no sabía cómo empezar cuando no tuviera su voz de mando. Los artistas le consolaban, augurando mejores tiempos para el circo.

—¿Quién sabe si su espíritu puede ayudarnos y nos trae suerte?

—¡Sí, quién sabe!

—¡Ojalá!

—¡Dios te oiga!

—¡Pobre Lolo, qué solo se va a encontrar!

Lolo, en un rincón, movía la cabeza, porque creía que aquello estaba bien, pero no lloraba. Don Dimas daba largos pasos por la habitación, exclamando a menudo frases sin cabeza ni pie:

—¡Ay, Lolo, qué solos nos hemos quedado, hijo mío, qué solos! Tres días no se trabajará, como señal de luto. ¿Estáis conformes?

—¡Cómo no!

—Terminaremos este mes aquí y trataremos de mudarnos a otro sitio. Que Dios nos ayude. Magda..., Magda...

Las mujeres gimoteaban sin lágrimas en los ojos; los hombres fumaban porque el amo los había invitado.

En sus paseos por la habitación, el amo del circo se daba plena cuenta de la realidad de la vida. Había dicho segundos antes: «Acabamos este mes aquí y mudaremos a otro pueblo.» Otro pueblo. ¿Cómo partir a otro pueblo si no tenían dinero ni para los camiones? Se preguntaba si sería fácil llevar el circo a cuestas entre todos. No le parecía muy extravagante la idea: él recordaba que, cuando eran pequeños y trabajan sus padres y hermanos solos, dependían únicamente, como medio de transportación, de dos burros, y ellos cargaban cada uno con sus aparatos, aparte de un lío de ropa y enseres particulares. ¿Por qué no hacerlo ahora también? Lo pensaría despacio e iría preparando a los artistas. A todos convenía que el circo siguiera adelante.

Tres días habían pasado desde el entierro de la señora Magda, y esa noche abrían las puertas del circo para la función anunciada, en la que se rogaba al público que viniera para ayudar a la gente del circo, que se había quedado en la ruina.

Dos horas antes de la función, don Dimas y Lolo se dirigían al circo, muy optimistas los dos por la buena pinta que lucía el negocio.

El circo estaba oscuro todavía; había que economizar electricidad; sólo una bombilla pequeña, de luz amarilla y débil, alumbraba la puerta, donde ya, parados como moscas, había unos chiquillos, que recordaban entusiasmados la última representación. Cuando, de pronto, la puerta grande se abrió y por ella salieron a una velocidad enorme un empleado y el taquillero, que también hacían de payasos.

Los dos estaban inmensamente pálidos y les faltaba el aliento cuando trataron de explicar a don Dimas lo que les había ocurrido. Habían visto un fantasma. Sí, señor, un fantasma.

Estaban tan blancos, que el director del circo estuvo a punto de creerles.

—Bueno, esperad. Hablad uno por uno. Vamos aquí, al café; estáis muy excitados.

Los muchachos que estaban a la puerta del circo habían escuchado la conversación, y al oír la palabra «fantasma» salieron corriendo, gritando a grandes voces:

—En el circo ha salido un fantasma.

—Hay fantasmas en el circo.

Entre los tres se encargaron de divulgar la fatal noticia.

Lolo miraba con los ojos muy abiertos a los dos hombres, que, después de beberse un trago de aguardiente, parecían más tranquilos, comenzando a explicar las cosas con más serenidad.

—Mire, don Dimas. El señor Felipe y yo entrábamos en el circo para encender las luces y abrir la taquilla. Entonces sucedió la cosa. Cuando los dos atravesábamos la pista, parecía que el centro del salón se iluminaba, y no era luz, no, señor; era el fantasma. Sí; un fantasma que se parecía a la dueña. Con esto no quiero ofenderle a usted. Dios la tenga en su gloria.

—Amén.

—Pero era ella, ¿verdad, señor Felipe?

El otro afirmó con la cabeza.

—Estaba vestida de blanco toda, y hasta la cara era blanca y no se le conocían los ojos ni la boca, como si la tuviera lisa; hacía movimientos con las manos, como si quisiera hablarnos, y fué cuando salimos corriendo.

Don Dimas tintineaba la mesa con los dedos.

—Bueno, bueno. Esto no debe correrse; yo no creo que sea nada de eso que ustedes dicen. Posiblemente es una obsesión de los dos: puede haber sido también un reflejo de luz; hay muchas casas por aquí alrededor. Vámonos ya; yo iré con vosotros; veréis como no pasa nada.

Lolo sentía una tremenda curiosidad por todo aquello que estaba oyendo. Había leído muchos cuentos de miedo y le parecían excitantes. Además sabía que los fantasmas no hacían daño. ¡Cuánto le hubiese gustado a él haberlo visto! A lo mejor ahora salía otra vez.

Las puertas se mantenían abiertas. No había un alma por allí. Don Dimas temblaba; pero rehaciéndose y persignándose, se dispuso a entrar, para ejemplo de los otros. El circo estaba completamente oscuro. El dueño dió tres pasos en el interior y encendió una cerilla. Nada ocurrió. Atravesó la pista, llegando al cuadro de la luz; movió una palanca y el interior del circo quedó iluminado. Suspiró profundamente.

Lolo fué el primero en entrar, y después los otros dos.

Sólo cuarenta personas fueron al circo aquella noche; repartirían la mitad del dinero para la compañía y guardarían la otra mitad para ir ahorrando para los camiones.

Los artistas estaban muy deprimidos, no ya por el negocio, sino por aquello del fantasma. Ninguno se atrevía a quedarse solo en el camarín, y salían corriendo antes que se apagaran las luces. Sólo Lolo, que sentía curiosidad por conocer al fantasma, se armó de valor; rezó tres Padrenuestros (le habían dicho que la señal de la cruz alejaba los malos espíritus) por si el fantasma no venía con buena intención, y, después que todos se fueron, le dijo a don Dimas que él se quedaba, porque los empleados no se atrevían ninguno y él sabía apagar la luz.

Se quedó, pues, y cuando todos se hubieron marchado, dejó sólo una lucecita encendida sobre la pista, con intención de ensayar. ¡Le hacía tanta falta! Quizá tratándolo fuertemente, conseguiría ser algo más como saltador.

Se quitó los zapatos, estiró la alfombra y se puso a ensayar solo. Sus piernas difícilmente le mantenían, ¡estaba tan flaco! Que no; por mucho que lo intentara no conseguiría hacer el flicflac bien hecho. Su padre siempre le había dicho que llevaba la cabeza baja y las piernas encogidas, y no lograba quitarse aquellos defectos. Además, ¿cómo podía enseñarle don Dimas, cuando él nunca había saltado? Su señora, la dueña, sí que había saltado bien, pero no quería perder el tiempo enseñándole a él.

A propósito de la dueña, pensando en todo aquello de los saltos, se le había olvidado lo del fantasma.

Seguía ensayando infatigablemente a pesar de su anemia, pero no conseguía hacerlo mejor. Aburrido de sus esfuerzos inútiles, se sentó delante del bombo que había en la orquesta y, apoyando la cara entre las manos, empezó a llorar.

—No puede ser, seré un inútil siempre; pero seguiré probando hasta que me rompa los huesos, que para nada los quiero si no sé saltar bien.

Así decía en voz alta entre sollozos e hipos. Su voz, cargada por la pena del fracaso, era capaz de despertar la senbilidad de un muerto.

La lucecilla se apagó de pronto. Debía de ser un apagón general, porque el mundo entero quedó a oscuras; ni un pequeño rayo de alguna casa vecina. Era como el fondo de un pozo cubierto.

Lolo no sintió miedo, pero sí más pena por la miseria que le rodeaba. Una claridad tenue como un alborear penetraba por la abertura central del telón, que poco a poco descendía hasta la pista. Lolo se quedó mirando, sin saber lo que podía ser. Después

creyó que tal vez una nubecilla de humo de alguna panadería cercana; pero ¿a aquella hora?...

La gaseosa blancura fué adquiriendo forma alta y ancha. Lolo empezó a reconocer. Sí, indiscutiblemente, era el tipo de la dueña.

No se inmutó por eso; lo tomó con tanta naturalidad, que hasta se acercó a ella.

—¡Señora Magda!—pronunció con desconcierto—. ¿Qué hace usted por aquí?

Una voz gruesa, hueca y fría salió de aquella cabeza redonda y blanca falta de facciones:

—¡Ah, ingrato, tú fuiste el primero en alegrarte de mi muerte! Yo podría proteger el negocio del circo y demás desgracias que lo están aniquilando; pero en vista de que me recuerdan poco y no tienen un pequeño pensamiento tierno para mí, me decidí a abandonarlo por completo y aparecerme a todos para asustarlos. Pero ¿tú no te asustas? ¿Acaso no te has dado cuenta de que soy un fantasma?

—Sí, pero para mí usted será siempre la señora Magda, la dueña. No pienso que me quiera hacer ningún daño, y en eso de que no la recuerdan, está equivocada, porque todas las noches, cuando don Dimas y yo vamos a cenar, él dice: «Si estuviera aquí mi mujer, las cosas no irían tan mal. A veces chillaba un poco, pero sabía llevarlo todo por el mejor camino.» Y yo le suelo contestar: «Sí, y todo el mundo le hacía caso; lo único que siento es que no me enseñó a saltar bien antes de irse.» ¿Ve usted como sí que la recordamos?

—En eso de enseñarte a saltar, tienes razón; no me ocupé demasiado de ti y este circo necesita que atraigan al público, pero no es demasiado tarde todavía. Ponte la loncha y vamos a ensayar.

El chico sintió un alegrón tan grande, que salió corriendo a buscar la loncha. Desde el camarín gritó:

—Pero no se verá nada. ¿Llevo una vela que tengo aquí?

—¡No!—gritó enérgicamente el fantasma—. Nosotras, las apariciones, somos alérgicas a la claridad, y con la que da mi envoltura será suficiente. Date prisa.

Cuando Lolo volvió ya traía puesto el fuerte cinturón de cuero, de cuyos extremos colgaba una cuerda.

El fantasma se lo apretó bien. Lolo ignoraba que los fantasmas tuviesen tanta fuerza.

El ensayo duró hasta las cuatro de la mañana, y no estuvieron más porque el ama temía que la sorprendiera la claridad del día.

Lolo había ensayado mucho, y como había adelantado, logró dominar aquel defecto de doblar las rodillas; pero quedó tan rendido, que, apenas desapareció la blanca visión, cuando se cayó en la alfombra, durmiéndose al instante.

No le dijo nada a nadie. ¿Para qué? A lo mejor era peor y la dueña se podía enfadar; pero empezó a hablar bien de ella para que todos la recordasen un poco, que era lo que ella quería. Y los artistas, sorprendidos por el cambio de sentimientos, se miraban unos a otros; pero más sorprendidos quedaron cuando Lolo trabajó esa noche sin dar aquel usual tropezón en la esquina de la alfombra. Además no doblaba las piernas ni los brazos.

Don Dimas fué a felicitarle, abrazándolo con calor.

Algunos días más tarde, Lolo era todo un artista. El público escaso que iba se asombraba de aquel muchacho tan flaco que saltaba tan bien.

Don Dimas notó que algo raro estaba pasando, ya que su ahijado insistía en quedarse en el circo todas las noches. Además, aquel modo de progresar...

Un día Lolo le habló muy serio al dueño, proponiéndole:

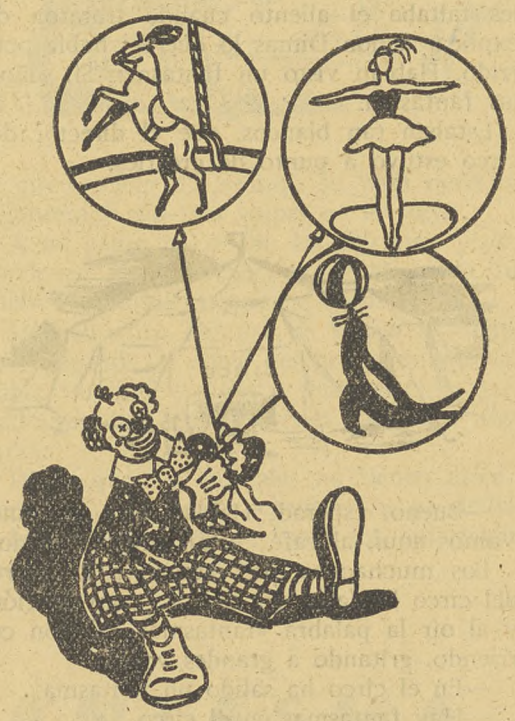
—Padrino: anoche soñé que hacíamos un final con todos los artistas vestidos de fantasmas, y gustó mucho el circo y se llenaba todas las noches. ¿No cree usted que, siendo eso tan original, atraería a la gente, y que se le debía poner Circo Fantasma?

Don Dimas no había oído una cosa igual en toda su vida. En verdad que habían cambiado mucho de nombres, pero nunca se le había ocurrido poner a nadie Circo Fantasma y vestirlo como tal.

—Lolo, ¿de dónde sacas esas ideas y qué te está pasando de un tiempo a esta parte? Cuéntame, hijo mío, que tus secretos me preocupan mucho.

Temblando un poco, porque no se podía quitar el miedo del todo, le explicó a su padrino lo que le había pasado con su mujer. El hombre abría los ojos a medida que escuchaba, estrujándose las manos nerviosamente.

—¿Y ella te ha enseñado a saltar, dices tú? Ahora comprendo por qué lo haces tan bien. ¿Y te ha dicho que si hacemos algo



en su honor nos protegerá? Es raro que un fantasma pueda proteger; pero, en fin, si ella lo dice, pues bien. Desde mañana se va a llamar esto Circo Fantasma y se hará un final con algo así como una danza macabra, con la luz medio apagada. Probaremos y que Dios nos proteja, o el fantasma, o lo que sea.

Lolo estaba muy contento, y cuando por la noche se encontraba con el fantasma de verdad, que no había faltado nunca, le contaba los adelantos que se hacían, y en unos días, en cuanto estuviese seca la pintura del cartel, lo anunciarían.

La señora Magda daba muestras de alegría, exclamando:

—¡Por fin voy a descansar tranquila! Pero la noche del debut vendré, y de vez en cuando me asomaré por el redondel del telón, pero ya no me verás, porque la luz me aniquila; pero tú sabrás que estoy arriba mirándote. ¡Cómo me voy a reír con la imitación de los míos! Tú le habrás explicado cómo voy vestida, ¿no?

—Claro, pero algunas sábanas son cortas y se les ven los pies.

—Diles que se pongan calcetines blancos y que al salir no dejen de hacer: «Buhhh...», que es nuestro idioma, y los músicos que abusen de los platillos, que es un ruido parecido al que siempre hacemos al salir.

—¿No es demasiado ruido ése?

—Las tumbas son muy espesas y ésa es la tradición. Yo no estuve muerta antes, pero me dicen que fué así.

—Haré todo como usted dice.

—Ya no nos veremos. Tú no me necesitas, saltas como el mejor y hasta has engordado, y el circo, una vez hagan eso en mi honor, será bastante y no tendré que venir a recordaros. ¡Adiós!

Y el fantasma, diciendo las últimas palabras, se esfumó ascendiendo por uno de los palos y salió por el agujero.

«Circo Fantasma», decía el letrero, en grandes colores, que estaba encima de la puerta. Bajo las letras, una mesa revuelta de artistas y payasos, riéndose con la boca muy abierta y los ojos cerrados, de donde fluían lágrimas gordas y brillantes. La taquilla figuraba dos lápidas, y la dedicatoria era la lista de los precios.

Don Dimas sabía que había ido demasiado lejos con todo aquello, pero no estaba mal del todo. La portada resultaba original.

La noche del debut alumbraron bien la portada. Don Dimas se gastó el último céntimo que tenía. Como habían estado unos días sin trabajar, parecía que el público acogía bien al circo de nuevo y se aglomeraban en la puerta desde temprano. Las tres cuartas partes del circo se llenaron; los artistas no cabían en sí de gozo, y don Dimas miraba a Lolo, pensando que todo aquello no fuera una broma pesada de su imaginación.

Antes de cada número el circo se apagaba completamente, y, después que se anunciaba al artista, se encendían las luces despacito. El público reía satisfecho de aquella innovación.

Lolo se presentó solo, dando una exhibición de acrobacia incomprensible para sus compañeros. Le aplaudieron mucho, y al terminar miró sonriente la esquina de la alfombra cosida, ya con la confianza de que nunca más la volvería a romper.

El final era todos los artistas vestidos de fantasmas, con escasa luz; las tumbas esparcidas por la pista y la música macabra con exceso de platillos.

El público chillaba, riendo histéricamente; las mujeres abrazándose al hombre que las acompañaba, despertando un encanto común.

La función fué un éxito.

El circo se llenaba todos los días y los artistas pudieron comer bien, siendo todo alegría.

Más que nunca se acordaban de la dueña, que estaba satisfecha.

La leona, bien alimentada ahora, rugía de lo lindo, expresando sus deseos de querer abrazarlos a todos, con la promesa de ser buena. Don Dimas, contento del cambio de la suerte, abrazaba a Lolo, diciéndole:

—Bien, muchacho. Ya hemos dado en el clavo. ¡Qué contento estoy ahora! Ya podemos salir de aquí, y esto vuelve a ser un circo, el «Circo Nacional»; perdóname, el «Circo Fantasma».

Y Lolo, con una sonrisa abierta, miraba hacia arriba por los agujeros de los palos y guiñó un ojo. Sabía que el fantasma estaba allí, observándole. Entonces oyó muy lejano, pero claro, un murmullo feliz, algo así como «Buhhhh»... Sabía que era la forma que tenía la dueña de expresar su alegría.

Estos cuentos de la extraordinaria trapecista española y primera del mundo, la canaria Pinito del Oro, figuran en su libro «Cuentos de circo» editado por Instituto Editorial Reus, de Madrid, que nos ha dado el oportuno permiso para su publicación en «M. H.».